

CLARA EISMAN PATÓN

AUTORA-LIBRO-TITULO

SOLA CON LOS ESPIRITUS-2001.

ESTÁ PROHIBIDA LA COPIA DE ESTE LIBRO.

## CAPITULO -1 –

Miraba por última vez revisando el armario y la mesita de noche, no haber olvidado nada.

El balcón del dormitorio estaba abierto con la cortina blanca de encaje echada.

Claire iba de un lado a otro del dormitorio dejando oír las pisadas de sus tacones. Se trasladaba a Fontaine Bleau a vivir sola, su esposo Gilbert Candrier se quedaba en el apartamento de Paris por razones de trabajo, sólo los separaba 10 kilómetros. Ella estaba escribiendo uno de sus libros, necesitaba tranquilidad y silencio. Compraron una casa antigua a un precio módico a las afueras de Fontainebleau.

Gilbert estaba apoyado en el quicio del dormitorio, la postura que tenía lo hacía más varonil. Sus ojos azules buscaban los de Claire color azabache, se besaron con pasión. Ella morena de piel, cabello negro y recogido atrás por una cinta color marrón, la hacía muy femenina.

Llevaban diez años casados, no habían tenido

Hijos. Era la primera vez que sé separaban por algún tiempo. Gilbert iría a verla siempre que su trabajo se lo permitiera, era conductor de trenes, nunca estaba en el mismo lugar.

Claire había quedado a las diez con el antiguo propietario de la casa para que la acompañara y le enseñara en qué lugar se encontraba las cosas.

Gilbert y ella se besaban. Sonó el timbre de la puerta.

-Cariño, es el señor Sapier- dijo Claire.

-¡Valla qué fastidio!- replicó Gilbert.

-Habíamos quedado a las diez, tengo que ir a sacar el coche al garaje- dijo ella.

Claire abrió la puerta, el señor Sapier le sonrió.

-¿Está preparada?- dijo.

-En diez minutos estoy lista.

-¡Buenos días señor Candrier! Vengo en busca de su mujer, habíamos quedado a esta hora.

-Sí, lo sé. Está preparada.

-¿Viene usted también?.

-Yo no puedo, empiezo mi jornada al medio día.

Hizo su presencia Claire, con el bolso colgado en su hombro izquierdo y las llaves de su coche en la mano derecha.

-Ya le dije que podía contar conmigo, para mí no es ningún trabajo acompañarla en el primer día de estancia en la casa- dijo el señor Sapier.

En la entrada habían dos maletas y una bolsa de viaje. Gilbert cogió las dos maletas y Claire la bolsa. Se dirigieron al ascensor. En la puerta de la casa estaba aparcado un Renault gris metalizado. Gilbert abrió el cofre e introdujo las maletas y la bolsa.

Gilbert y el señor Sapier hablaban de trenes.

-Pronto serán las once de la mañana, tenemos una hora para llegar a Fontainebleau. París a estas horas no se puede circular- dijo Claire.

-Es cierto señora Candrier, el tiempo lo llevamos justo. Yo le he prometido a mi esposa, que estaría en casa a la hora de la comida.

Gilbert se despedía de Claire.

-La semana que viene iré a verte mi amor ¿Tienes nuevas ideas para el libro?.

-Me vienen muchas a la mente, y cuando esté en el silencio del campo, me vendrán muchas más.

-Mañana te llamo a primera hora- dijo Gilbert- Ya me contarás cómo has dormido en el silencio del monte.

Los dos se dieron un beso de despedida.

-Conduce con cuidado, no tienes prisa para llegar, y no insultes a los otros conductores- dijo Gilbert.

-Eres un pasado, siempre me dices lo mismo.

-Es que sólo tengo una mujercita, y la quiero conservar ¿Qué podría hacer yo sin ti?.

El automóvil había arrancado, Claire se disponía a coger la calle principal. Gilbert corría al lado del coche echándole besos a ella.

-No hagas más el ganso- dijo ella reduciendo la velocidad.

-Es que necesito besarte otra vez.

Se volvieron a besar.

## CAPITULO -2 –

Claire intentaba atravesar París, la aglomeración de coches y autobuses era mucha.

-No se ponga nerviosa señora Candrier- dijo el señor Sapier- No tardaremos mucho de salir de este barullo.

-Más que nerviosa estoy indignada, de ver el poco respeto que hay entre los conductores.

El señor Sapier cambió de tema para que se calmara.

-Su esposo la quiere mucho, he visto que los dos están muy enamorados.

-Es cierto, nos mimamos mucho el uno al otro.

-¿Se conocieron muy jóvenes?.

-Con diecisiete años en la escuela de profesionales y desde entonces, no nos hemos separado.

-Lo de ustedes fue un flechazo.

-Totalmente- respondió Claire sin dejar de mirar el volante.

El señor Sapier cambió de tema.

-Dentro de la nevera encontrará algunas verduras que coquí del huerto, también fruta de los árboles de la casa. Su esposo tendría que haber venido a vivir con usted para ocuparse del huerto, la tierra hay que trabajarla.

-Es cierto lo que dice, él no puede con su trabajo y yo tampoco, hemos comprado esta casa para que yo pueda escribir en el silencio y alejada del bullicio. Quizá cuándo seamos mayores, él vendrá a vivir conmigo.

-Echaremos mucho de menos esa casa- dijo el señor Sapier- Mi mujer y yo ya somos mayores, nuestros hijos se casaron y se fueron a vivir a París, mi esposa quiere estar cerca de ellos.

-¡Uy! ¡Por fin hemos salido de Paris!- dijo Claire aliviada- Ya cogemos la carretera de Fontaine Bleau.

-La semana pasada estuve en la casa, puse en la cocina una botella de butano, hay otra vacía en el garaje, cuándo la necesite, llama a la empresa y le llevan el gas- dijo el señor Sapier.

-Me doy cuenta que es usted un hombre

Precavido. Gracias por ese detalle- dijo Claire.

-En la casa estará bien, es tranquila, está rodeada de pinos, de arbustos y sobre todo muchas flores sobre la colina.

-Necesito todo eso para inspirarme, precisamente la compramos por esa razón.

-¿Es bonito lo que escribe?.

-A mi me gusta- Dijo Claire, al tiempo que gritaba diciendo- ¡Qué hace esa niña en medio de la carretera!.

Claire paró el coche, abrió la puerta y salió. El señor Sapier también bajó. No entendía qué estaba sucediendo y preguntó.

-¿A qué niña se está refiriendo?.

-¿No la ve? ¡Está mirándonos y riendo! ¡No quiere ponerse a un lado de la carretera!.

-Por aquí hay muchos árboles de ramas largas, la sombra da en la carretera, debe ser eso lo que está viendo, Señora Candrier.

-¿Me toma usted por absurda? ¡Le digo que hay una niña en medio de la carretera!.



-Señora Candrier, no lo tome usted a mal, yo no veo a ninguna niña.

Claire avanzó unos pasos hasta llegar al lugar que se encontraba la niña, la miró con risa traviesa y perturbadora. Al instante desapareció.

-¡A desaparecido!- dijo Claire exaltada.

-Yo no he visto nada- confirmó el señor Sapier.

-Me ha sonreído antes de desaparecer.

-Es extraño lo que usted dice, si la niña hubiera estado en la carretera, la hubiera visto yo.

-¿Cree que estoy loca?- dijo Claire enfadada.

-No señora, pero es raro lo que dice que ha visto ¿Cómo era la niña?.

-Llevaba un vestido color azul, calzaba zapatos color blanco, era rubia de cabellos rizados, su mirada era transparente ¿No me cree?.

-Sí le soy sincero no. Es posible que sea producto de su imaginación. Es usted escritora, debe confundir muchas veces la realidad con lo paranormal.

-Señor Sapier, le digo que he visto una niña.

-Bueno, no quiero llevarle la contraria, hoy es el primer día que estrena la casa, espero por usted que se relaje. Volvamos al coche y olvide este incidente sin importancia.

-Tiene razón, me espera mucho trabajo, tengo que poner las cosas en orden- dijo Claire.

Los dos se habían instalado dentro del coche, habían cerrado las puertas. Claire no advirtió que detrás venía un automóvil a gran velocidad, cuándo se dio cuenta ya era tarde para moverse de sitio. El conductor del automóvil hizo un gesto brusco y cayó por un acantilado que había a la izquierda de la carretera. Delante estaba la niña con el ceño fruncido, con la mirada tensa. Claire y el señor Sapier salieron rápido para ver en qué podían ayudar. El acantilado era profundo, no podía verse el fin. La niña se quedó al lado de Claire, y con rabia en la voz dijo.

-¡Bienvenida Claire! ¿Te das cuenta que has matado a un hombre?.

-¡Yo no he sido! – dijo Claire con la cara descompuesta- ¡Quiero despertar de esta pesadilla! ¿Qué me está pasando hoy? ¿Quién eres?.

Claire lloraba suplicando a la niña.

-Señora Candrier ¿A quién le habla?- dijo el señor Sapier.

-¡A la niña! ¿La ve ahora?.

-Lo siento, no veo lo que usted me está diciendo.

-Hay que llamar a la policía- dijo Claire- Un coche ha caído y un hombre seguro que se ha matado.

El señor Sapier sacó su móvil y marcó el numero de la policía, puso al corriente de lo sucedido.

El señor Sapier se había quedado al borde del acantilado. La niña se iba acercando a él, Claire vio lo que iba a suceder y advirtió.

-Señor Sapier, vallase de ahí, está corriendo peligro.

-No señora ¿Por qué exagera?.

La niña se dirigió con amenazas a Claire.

-¡No lo vuelvas hacer, la próxima vez te tiro a ti!.

-¿Por qué querías tirarlo por el acantilado?.

-Durante un año lo he estado soportando a él y a la gorda de su mujer.

-¿De qué estás hablando?- dijo Claire.

-Claire ¿Me tienes miedo?.

-¿Cómo es que sabes mi nombre?.

-¡La última vez que estuvo en la casa con su mujer, hablaron de ti!- dijo la niña con sarcasmo.

El señor Sapier acababa de hablar con la policía, se dio la vuelta y vio a Claire nerviosa y alterada. Se acercó a ella, le dijo para tranquilizarla.

-La policía llega enseguida, ha sido un accidente estúpido.

La niña miraba al señor Sapier con gana de querer matarlo. Claire al ver las intenciones dio un grito. La niña no pudo tirarlo por el acantilado cómo era su deseo, pero lo cogió por la nuez y apretó. Él no podía tragar, se estaba ahogando.

-¡Esto, por el mal que me has causado tú y tu familia!- dijo la niña.

El señor Sapier luchaba contra algo que no veía, sentía que se ahogaba, que no tenía aire para respirar.

Claire mientras tanto seguía el hecho escabroso de ese ente. Todo terminó al oírse la sirena del coche de la policía. La niña estaba cómo loca queriéndose llevar la vida de ese hombre.

La niña se dirigió a Claire diciéndole.

-¡Dile a este, que no vuelva más por aquí! ¡Ahora te tengo a ti!.

Al terminar la frase, la niña desapareció.

El señor Sapier limpiaba con un pañuelo su cara por las lágrimas que le cayeron al no poder tragar.

-No sé qué me ha podido suceder- dijo limpiándose la nariz.

Claire no dijo nada, era tanto el terror qué sentía, que profirió estar callada.

El coche de la policía se paró delante del automóvil de Claire.

-Buenos días- saludaron los dos agentes.

Claire no estaba para responder a preguntas, le había quedado shock de la niña y también del accidente.

-¿De quién es este Renault?- Preguntó un policía.

-Es...mío- dijo Claire.

-¿Son ustedes familia?.

-No- respondió el señor Sapier.

-¿A dónde se dirigían?.

-A una casa que le he vendido a la señora Candrier a las afueras de Fontainebleau.

-Su carnet de conducir- pidió el policía a Claire.

Ella fue hasta su coche, cogió el bolso. Lo abrió y extrajo su carnet de conducir, se lo entregó al policía. Su compañero había llamado a los bomberos y a la ambulancia.

-¿Podemos marcharnos?- preguntó Claire.

-Señora, tranquilícese, no pasa nada. Tienen que esperar aquí hasta que venga el comisario.

Claire cogió su móvil y llamó a Gilbert.

-¡Hola cariño! Ha habido un accidente- dijo ella.

-¿Estás tú bien?- preguntó Gilbert preocupado.

-Sí, también el señor Sapier. Estamos en la carretera esperando a que llegue el comisario.

-¿Qué ha sucedido?.

-Un hombre joven venía a gran velocidad, y ha caído por un acantilado.

-¡Es terrible!.

-Está aquí la policía esperando a que llegue otra unidad.

-¿Quieres que valla?.

-No hace falta, creo que en media hora podremos marcharnos. Cariño, tengo que dejarte, la otra patrulla están aquí.

-Te llamo esta tarde.

Claire cerró el móvil y lo guardó.

-¿A quién llamaba usted?- preguntó el agente.

-A mi esposo.

-¿Su dirección es esta que tiene el agente apuntada?.

-Sí señor.

-Pueden ustedes irse. Estén preparados por si los llamamos para declarar- dijo el policía.

Claire y el señor Sapier subieron en el coche. Ella conducía con miedo y despacio, su temor era volver a ver a la niña y ocasionar un accidente grave en ellos. No iba muy convencida y preguntó.

-Señor Sapier ¿Cree que esta casa y el lugar son buenos para mí? Intuyo que algo va a suceder.

-Si se refiere al accidente que hemos presenciado, olvídelo y no piense más.

-No es sobre el accidente, estoy pensando en la niña que he visto en la carretera.

-¿Todavía tiene esa idea en la cabeza? Si esa niña existiera la hubiera visto yo también.

-Usted cree que no existe, pero ha estado a punto de ahogarlo.

-¡No señora! He tragado polvo de la carretera, eso es todo.

-Usted dice que no la ha visto pero yo sí.

-Yo creo en lo que veo, en lo demás no.



-¿La casa la hicieron construir ustedes?- preguntó Claire.

-Cuando la compramos hacia 50 años que estaba construida, pero la reformamos y quedó cómo nueva.

-¿A quién se la compraron?.

-A un matrimonio mayo, se habían jubilado y no podían seguir manteniendo la casa de dos pisos.

Claire le hablo directamente.

-¿A oído hablar de los espíritus?.

-¿Qué quiere decir con eso?.

-Los espíritus existen.

-Señora, no sé a dónde quiere llegar. Ya le he dicho antes que sólo creo en lo que veo ¿No es usted escritora?.

-Soy escritora y médium.

-Yo pensaba que la persona que escribe, no se dedica a estas cosas.

-No es cierto, hay médium que escriben libros.

El señor Sapier no dijo nada, sólo la

observaba. Se negaba a pronunciar palabra.

-Se ha quedado muy callado. Dijo Claire.

-No sabía que era usted médium- dijo él.

-Nací con ese don. La persona no lo busca, llega solo.

Habían llegado a Fontainebleau, Pasaban frente al palacio que hizo construir Francisco I en el año 1528. El señor Sapier cambiando de tema, dijo.

-Bonita y buena arquitectura ¿No le parece?.

-Sí, realmente es asombrosa. Cinco siglos hace que la construyeron y es digna de ver-dijo Claire.

-¿Sigue con la idea de que esa niña me quería matar?.

-Estoy segura, usted no le gusta, me lo dijo ella.

-No quiero reírme por respeto a su persona, tiene usted mucha imaginación.

-Es por eso que me dedico a escribir.

-¡Al fin hemos llegado!- dijo el señor Sapier.

## CAPITULO -3 –

Claire paró el coche delante de la casa. Salieron fuera, ella buscaba las llaves dentro del bolso.

-Aquí va a estar muy bien, es un sitio tranquilo, por las mañanas los pájaros la despertarán con sus trinos.

Claire echó una mirada al bosque lleno de pinos, de arbustos y de flores silvestres. Dijo.

-Está todo muy bonito, era lo que yo buscaba, esperemos que sea así.

-Si usted quiere complicarse la vida es asunto suyo. Nosotros hemos estado viviendo aquí treinta años felizmente.

-En invierno aquí tiene que hacer mucho frío.

-Por supuesto, la chimenea la tiene que tener encendida las veinticuatro horas- dijo él.

-¿Dónde se pide la leña?.

-En el pueblo hay de todo, en la misma gasolinera, llama y se la traen.

-Perdone señor Sapier si le hago tantas preguntas, Quiero asegurarme de cómo funciona todo.

-Para eso he venido con usted.

Claire dio dos vueltas de llave y abrió la puerta. Se había fijado en una mansión construida en cima de la colina. Preguntó.

-¿Quién vive en esa casona?.

-Creo que un señor muy rico, vive sólo con su servidumbre.

-Más que una casa parece un palacete- dijo Claire.

-Es un palacete- confirmó el.

-Bueno, entremos para mirar que todo está en orden- dijo Claire.

El salón comedor era grande, con chimenea y muebles rústicos. Una puerta a la izquierda era la cocina. Detrás otra puerta que daba al sótano, las escaleras al piso de arriba enfrente. La puerta del pequeño aseo, a la derecha.

El señor Sapier estaba mostrándole el sitio del contador de luz, de golpe se oyó un estampido. Claire se asustó.

-¿Ha oído eso?- dijo.

-¡Va! No es nada, ha tenido que ser el golpe de una puerta que se ha cerrado con el viento.

Al instante otro estampido más fuerte que hizo temblar la lámpara del salón.

-¡Algo está ocurriendo que se ha propuesto tirar la casa!.

-Señora Candrier tranquilícese. No está acostumbrada a vivir en el campo, la casa toca por los cuatro costados del viento, las puertas las tiene que tener siempre cerradas.

Claire volvió a lo que hacía pero no las tenía todas con ella, esperaba a que hubiera más zumbidos.

-¿Quién es este señor del cuadro?- preguntó ella.

-No lo sé, cuando compramos la casa estaba en el mismo sitio de ahora.

-No me gusta la manera de cómo mira.

-Si no lo quiere, lo tira- dijo él.

-¿Me ayuda a entrar las maletas por favor?.

-Ya voy yo a por ellas, quédese aquí.

El señor Sapier entraba con las maletas.

-¿Dónde la dejo?- preguntó.

-En el dormitorio primero del piso de arriba.

Al bajar preguntó.

-¿Necesita que le haga algo más?.

-Por ahora todo está bien. Lo voy acompañar con el coche hasta la estación-dijo ella.

-No es necesario, hemos tenido una mañana muy ajetreada. Usted debe de estar cansada y poner sus cosas en orden. Se lo agradezco.

-¿Quiere antes compartir la comida conmigo?.

-No gracias, he desayunado bien. Mi esposa me espera. En el armario de la cocina encontrará un paquete de pasta y, en la nevera como antes le dije, hay verdura y fruta.

Claire se disponía a coger una cacerola para cocer la pasta, de pronto se oyó un gran

Estampido. El cacharro se le cayó de la mano al suelo.

-¿Ha oído esta vez?- preguntó.

-Sí, ha sido muy fuerte esta vez ¿Me permite que suba y mire?.

-Sí, de esa manera me quedaré más tranquila.

El señor Sapier subió las escaleras, la madera crujía al ruido de sus pisadas, se oyó que entraba en un dormitorio. Decía gritando.

-¡Sal de aquí! ¡Vete! ¡Vete!.

Claire soltó lo que estaba haciendo y subió escaleras arriba.

-¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?- gritó ella.

El señor Sapier salía de una de las habitaciones- dijo.

-Un gato se ha metido debajo de un cama, voy a coger un saco para meterlo dentro. Quédese abajo, el gato está enfurecido.

Claire siguió el consejo.

El señor Sapier subía con un saco en la mano. Se encerró en la habitación con el gato dentro.

Claire desde abajo oía saltos, golpes y la voz del señor Sapier gritando al gato y maldiciéndolo. Se quejaba de una mano, se la había mordido.

Claire subió las escaleras con cautela, tenía miedo que el gato saliera huyendo y la mordiera. Llegó a la puerta de la habitación, la abrió poco a poco. Estaba viendo con estupor la lucha entre el hombre y el animal, no sé sabía quién era más animal de los dos.

-Señor Sapier ¿Está bien?- preguntó por la rendija de la puerta.

-¡Señora no entre! ¡El gato se ha vuelto loco!  
¡Pero lo cogeré!

-¿No cree que debería de renunciar a esta batalla absurda?.

-¡Está por encima mi condición de hombre! ¡El animal no va a poder conmigo!

Claire no insistió más y bajó las escaleras. Estaba nerviosa, no podía hacer nada, oía la voz alterada del señor Sapier insultando al gato y el animal rugiendo. Después se oyó la voz de él que decía – Mis ojos, se me ha tirado.



Claire volvió a subir las escalera, esta vez corriendo, se quedó en el umbral de la habitación y dijo bastante alterada.

-¡Basta ya señor Sapier! ¿Quiere que el gato lo destroce?.

El dejó escapar al animal, salió de la habitación como un rayo y después por la puerta, se había quedado abierta.

Claire miraba en las condiciones que él hombre había quedado. Los ojos los tenía ensangrentados, las manos arañadas con heridas.

-Señor Sapier, vaya al cuarto de baño y mire si hay alcohol en el botiquín, las heridas hay que desinfectarlas.

Él entró en el baño del piso de arriba y se estuvo lavando, sólo estuvo diez minutos, salió con prisa.

-Señora Candrier, tengo que marcharme, mi esposa me ha llamado por el móvil, está preocupada.

-Muchas gracias por todo y disculpe el incidente.

-Ha sido culpa mia, no se preocupe.

El señor Sapier se fue casi corriendo, quería coger el tren de las dos.

Claire había cocinado pasta, estaba comiendo. Un hombre con uniforme de guardabosque, irrumpió en el salón comedor. Ella se alarmó al verlo, era desgarrado, pequeño, rechoncho, medio calvo y el poco pelo que tenía le llegaba por encima de los hombros, de cara feo, y marcado de viruela.

-¿Quién es usted?- preguntó ella al tiempo que se ponía en pie.

-Señora, no se asuste, soy el que guarda este condado. He visto la puerta abierta y me ha extrañado, hace más de un año que esta casa está cerrada.

Claire se tranquilizó.

-Soy la señora Candrier, la nueva propietaria de esta casa.

-¿Vive sola?.

-Prácticamente sí, mi esposo vendrá cuándo el trabajo se lo permita.

-No debería estar aquí sola, este lugar es muy extraño y pasan cosas raras.

-¿Qué cosas son esas?- preguntó Claire.

-Es usted una mujer y no quiero meterle miedo.

-No soy miedosa, puede decirme qué ocurre.

-¿Se ha enterado del accidente de esta mañana?.

-Precisamente ocurrió delante de mí, al venir con mi coche.

-¿Provocó usted el accidente?.

-¡Por supuesto que no! ¿Sabe si han sacado el cuerpo del hombre que conducía?.

-Creo que no, esto llevará dos días, ese acantilado es muy profundo.

-¿A qué se refería antes al decirme que aquí se ven cosas raras?.

-No he dicho que se ven, si no que ocurren cosas raras.

-Dígame una de ellas.

-No puedo decírselo, mi vida corre peligro, aunque vea estos campos floreados, es un agujero

Oscuro. Por todos sitios hay ojos y oídos que oyen.

-Necesito que me diga algo más de lo que ocurre.

-Señora, tengo que irme, estoy seguro que me están oyendo- dijo el guardabosque.

El hombre salió sin decir nada más.

Claire miró su coche, las llaves las tenía en el contacto puestas, decidió entrar el automóvil dentro del garaje. La visita del guardabosque la dejó un poco bloqueada.

Dentro del garaje había cacharros que no servían para nada, una vieja rueda de coche, una bicicleta rota y que no servía, dos barriles de cerveza vacíos, una estantería llena de carcoma. Su coche lo metió cómo pudo y cerró la puerta del garaje.

Al entrar en la casa el móvil sonó.

-¡Diga!- respondió Claire con voz algo alterada.

-¿Cómo está mi amor?- se escuchó la voz de Gilbert.

-¡Hola cariño! Ya tenía gana de oír tu voz.

-¿Estás más tranquila? ¿Se te ha pasado el susto?.

-No estoy asustada sino inquieta. He tenido la visita del guardabosques, me ha dicho una serie de cosas que me han inquietado.

-¿Qué cosas son esas?.

-No me ha dado ninguna pista, tenía miedo que lo oyeran hablar.

-Me estoy partiendo de la risa ¿Me estás contando una de tus novelas?.

-¡Quiero que me tomes en serio! ¡Lo que te digo es real!.

-Bueno amor no te enfades, es que siempre me cuentas un trozo de tus novelas, y cría que ahora era igual. ¿Cómo es ese guardabosques?.

-Feo y desalineado.

-¡Ya está, no me digas más! ha querido impresionarte. ¿Le has dicho que vives sola?.

-He tenido que decírselo, me lo ha preguntado.

-No le digas a nadie eso, dices que vives con tu marido.

-Me ha comentado que este lugar aunque sea

luminoso, está lleno de oscuridad.

-No puede ser, yo estuve contigo, vi un sitio bonito y tranquilo, no te hubiera dejado estar ahí, si no fuera así.

-Cariño, no te he hablado de la niña.

-¿A qué niña te refieres?- preguntó él desconcertado.

-A la que vi en la carretera poco antes de que ocurriera el accidente.

-Tu imaginación siempre me ha asustado ¿Qué hacía la niña en la carretera?.

-Me estaba esperando. Él señor Sapier dijo que no la vio, y que tal niña no existía.

Gilbert guardó silencio.

-¿No me crees?- preguntó Claire.

-Cariño, se que eres médium y que ves espíritus, pero nunca has visto ninguno estando yo delante. Estoy convencido que tienes ese don, pero de eso a ver una niña en la carretera, para mí es difícil de creer.

-¡Siempre me has creído! ¿Por qué ahora no?.

-No lo sé, eso tiene otra explicación, esa niña debía estar con sus padres, y fue hasta la carretera.

-Sabía mi nombre, me llamó Claire.

-Cariño, creo que debo ir y estar unos días contigo hasta que te tranquilices, hoy pido a un compañero que me suplente por una semana.

-No quiero que lo hagas, soy yo sola que debo enfrentarme con los espíritus, siempre lo he hecho de esa manera.

-No estoy tranquilo, ¿De verdad no quieres que vaya?.

-Te estoy hablando en serio, no vengas.

-Cómo tú quieras. Mañana te llamo amor.

Se le había quedado la garganta seca. Fue hasta la nevera, dentro quedaba media botella de cerveza, se puso un vaso y la fue bebiendo.

Dentro de la casa había mucho silencio. En el bolso de Claire llevaba una pequeña radio a pilas, la sacó y la conectó, era necesario que oyera música, eso la tranquilizaba.

## CAPITULO- 4 –

Entró en el baño y tomó una ducha, eso la relajaría. El transistor lo conectó en radio Montecarlo, la mayoría de tiempo daban canciones francesas de las mejores, se oía una de Françoise Hardy – Tout les garçons et filles. Claire la iba cantando debajo de la ducha. El cuerpo lo tenía enjabonado, llamaron dos veces al timbre de la puerta, no podía salir, y siguió con la ducha. Terminó esa canción y continuó otra igual de hermosa, Jacques Brel – Ne me quitte pas.

Claire iba bajando las escaleras para abrir la puerta, no dejaba de sonar el timbre.

-¡Ya voy! –dijo ella dando un grito.

Abrió, vio que no había nadie, salió fuera y miró en el jardín, no había pista que hubiera alguien. Su vista la puso en la mansión de la colina, era enorme alzada entre pinos. Se quitó la toalla de la cabeza y se sentó en un gran troco de árbol que había en el , y que servía para eso. El pelo con el aire se secó. La radio ahora hablaba de la bolsa, de



la subida que había tenido, y después hablaron de deportes. Entró en la casa, cerró la puerta y subió al cuarto de baño para peinar el cabello, por el espejo vio la cara de la niña, la observaba cómo se peinaba. Claire dio un grito de espanto.

-¡Claire! ¿Por qué has venido a perturbar mi paz?.

-¡Vete y déjame!- gritó Claire.

La niña la cogió por la barbilla, le levantó la cabeza hasta arriba y le dijo ceca del oído con voz cascarrona.

-¡Te das cuenta lo que has provocado! ¡Cuándo me viste en la carretera, tenías que haber dado la vuelta! ¡Tuve que provocar el accidente de ese pobre hombre que no tenía culpa de nada!.

Claire la veía a través del espejo, no se atrevía a decir nada, todo lo que dijera, sería en contra de ella, era mejor guardar silencio, la niña estaba enloquecida y decidida hacer cualquier cosa.

La niña soltó la barbilla de Claire y dijo.

-¡Quiero que te vayas de aquí ya mismo!.

-¡Es mi casa, me quedaré aquí quieras o no! ¡No eres el primer ente que me he enfrentado!.

-¡Te crees lista porque eres médium! ¡Los espíritus podemos coger las formas que queramos! ¿Lo habías olvidado?.

-¿En qué puedo molestarte?- preguntó Claire.

-¿No oyes la radio lo alta que la tienes? ¡El ruido me molesta! ¡Hay más espíritus, están confusos con tanto sonido alto!.

-¿Dices que hay más espíritus? ¿Son también niños como tú?.

-¿Quieres que te lo diga? ¡Lo tienes que descubrir tú sola!.

-¿Dónde están todos los demás? – preguntó Claire si darle importancia a lo que había dicho.

-¡Tienes que descubrirlo tú, o que ellos vengán a ti! ¡Me estás provocando, para de hacer preguntas!.

La niña la miraba con desprecio, como dándole asco. Giraba alrededor de Claire, cada vez giraba más y más fuerte. La cabeza de Claire le daba vueltas, la niña de los ojos la tenía perdida, su cuerpo se balanceaba, no lo podía sostener. Estaba apoyada a la pared, sus rodillas se iban doblando

hasta llegar al suelo. La niña no se quedó conforme con eso, con la mirada la levantó y la sacó del baño, la bajaba por las escaleras como una muñeca de trapo, le pegaba golpes en la pared. Claire había perdido el conocimiento, no se daba cuenta de lo que le estaba sucediendo, al llegar al salón, la dejó tirada en el suelo. Al rato abrió los ojos, no se acordaba de lo que le había pasado. El cuerpo le dolía, lo tenía magullado. Se levantó del suelo, la niña estaba frente a ella mirando cómo se ponía de pie. Le dijo con ironía.

-¡Me querías engañar! ¿No es cierto?.

Claire no podía pronunciar palabra, la boca la tenía desencajada, los labios pegados, movía la cabeza con dificultad. Tenía que dialogar con la niña y hacerle entender lo que ella sentía y quería.

-No...quiero ...hacerte daño ni que abandones la casa- dijo Claire con voz cansada- Estoy acostumbrada a vivir con espíritus, me tendré que hacer a ti y a los demás que dices viven aquí.

La niña la miraba con curiosidad, cómo extrañada, estaba más mansa que antes. Dijo.

-¿Te has fijado en la mansión que hay arriba en la colina?, no se te ocurra subir, ¿Me has entendido?.

-Sí, de acuerdo, no subiré, ¿Puedo hacerte una pregunta?.

-¡Vale! Que sea algo que no me haga enfadar-  
dijo la niña con la voz ronca.

-¿Por qué el señor Sapier negó que te conocía?.

-Te ha engañado como un bellaco, en dos ocasiones les di dos reprimendas a él y a la gorda de su mujer ¿Por qué crees que se fueron de aquí?.

La niña fue andando por el pasillo para salir de la casa, se dio la vuelta y apuntando a Claire con el dedo le advirtió.

-¡Recuerda! Estoy por toda la casa y por los alrededores.

Claire subió a su dormitorio, buscó en una de las maletas un pijama para ponerse. Descubrió el pequeño transistor hecho trozos en el suelo, los recogió y los tiró.

Necesitaba tomar algo que la reconfortara, miró en el armario de la cocina, encontró una cajita de té con dos bolsitas, hizo una taza, se sentó en un

sillón. Conectó la televisión para ver las noticias, quería saber si hablaban del accidente ocurrido por la mañana.

El móvil sonó, bajó el volumen del televisor.

-Diga.

-Buenas noches mi amor, ¿Está escuchando las noticias?- dijo Gilbert con voz cariñosa.

-Precisamente están hablando del accidente, ¿No te parece extraño que no hayan encontrado el cadáver del joven que conducía?.

-Claire, te encuentro rara ¿Te ocurre algo?.

-Me acaban de suceder cosas que por teléfono no te las puedo contar.

-No quiero que me ocultes nada, si estás en apuros me presento rápido. Dime lo que te preocupa- exigió Gilbert.

-Cariño, no te lo puedo decir por teléfono.

-¿Qué secreto me ocultas?.

-No puedo hablar, me están escuchando.

-¿Quién?- preguntó Gilbert desconcertado.

-Cariño, no puedo hablar.

-¿Quieres decir que no estás sola?.

-Exacto.

-¿Te estás inventando algo para no decirme la verdad?- pregunto enfadado.

-Cariño por favor, no me hagas más preguntas- dijo Claire con voz cansada.

-¡Muy bien! Este fin de semana voy a verte. El lunes tengo que dar el examen, si no lo apruebo no me importa, antes eres tú.

-Prefiero que estudies y que apruebes, este cursillo es muy importante para ti.

-Mañana llámame fuera de casa, necesito saber qué te ocurre, espero tu llamada.

-Tengo que ir al pueblo, en casa no hay nada, desde allí te llamo.

-Buenas noches amor.

-Hasta mañana cariño- dijo Claire.

Cerró el móvil y lo dejó encima de la mesa, se caía de sueño, los ojos se le cerraban. Tenía muchas cosas que hacer pero solo pensarlo no

tenía gana de tocar nada. Subió a su dormitorio, el silencio era absoluto, el cric, cric de un grillo se oía de lejos. Desde el balcón se podía ver la gran mansión, fuera la iluminaba una luz espesa. Advirtió una figura oscura en forma humana, bajaba por la pradera y se dirigía a la casa de ella. Claire no era miedosa, estaba acostumbrada a vivir con los espíritus, esta figura que estaba viendo, no pertenecía a uno de ellos, era un hombre de carne y hueso alto y fuerte, dos perros lobos lo acompañaba. Los animales llegaron a la casa, eran cómo fieras arañando los cristales de la galería. Ella se aterrorizó al sentir que iba a por ella. Se agarró a la baranda del balcón como si fuera a pedir auxilio. El viento de la noche azotaba su cara, miraba a los dos perros como seguían arañando y ladrando como para devorar a alguien. Dos hombres bajaban por la colina, llevaban en la mano un palo grueso, iban gritando.

-¡Hay que darle muerte a esas dos vestías! ¡Cada noche hacen lo mismo!

Se liaron a palos con los animales. Claire veía esa escena con gran espanto. Ella gritaban a los dos hombres para que huyeran antes de ser devorados.

-¿Por qué no viene nadie a socorrer a estos hombres?- gritaba ella.

Entró en el dormitorio sujetándose la cabeza con las manos. Ella no podía hacer nada, solo gritar para que fuera alguien. Por el monte bajaban corriendo tres hombres con varas largas con aro de alambre para capturar a los dos perros.

Claire bajó rápidamente las escaleras, dio la luz de fuera para que vieran. Por los cristales de la galería veía el suplicio que los cinco hombres estaban pasando para coger a los perros. Ella llamó a una ambulancia para que fueran, por lo menos dos de los hombres estaban heridos.

Los perros estaban sujetos, ella salió de la casa, y dijo.

-Llega una ambulancia ahora.

-Señora ¿ desde cuándo vive usted aquí?- dijo uno de los hombres.

-Hoy es el primer día. ¿Por qué los perros querían entrar en mi casa?- preguntó Claire.

-Los propietarios que habían antes, se fueron huyendo de las cosas raras que ocurren aquí.



-¿De quien son los perros?- preguntó Claire.

-Del propietario de la casa de la colina, son los que guardan la entrada.

En aquellos momentos se oyó la sirena de la ambulancia que llegaba. Un médico y dos enfermeros bajaron. Dos de los hombres tenían heridas en las manos y en el cuello. Se los llevaron al hospital.

-¿A dónde llevan ahora a los perros?- preguntó Claire a los hombres que los tenían sujetos.

-A entregárselos a su dueño.

-No debe dejarlos sueltos, son peligrosos.

-Señora, le voy a dar un consejo. Váyase de esta casa, va usted a terminar como los anteriores propietarios.

Claire entró en la casa muy preocupada. Miró el reloj de pulsera, marcaba la una y media. Subió las escaleras y entró en su dormitorio, con la poca luz que daba la luna se acostó y se quedó dormida.

Se oía la respiración de cómo dormía.

A su alrededor se formaron centenares de ojos que la miraban. Uno se acercó a su rostro y la miró de muy cerca. Los demás ojos empezaron a pelearse, a decirse insultos, todos querían ser los primeros en mirarla. Claire los estaba viendo pero creía que lo estaba soñando. Ella cambió de postura y se dio la vuelta, los ojos cansados de mirarla, se fueron a través de los cristales del balcón.

La luz del día la despertó, eran las nueve, se levantó y fue al cuarto de baño, tomó una ducha de agua templada. No quiso mirarse al espejo, aún le quedaba el recuerdo de la niña.

Bajó a la cocina, calentó agua para hacerse la última bolsa de té que quedaba. Eso y una manzana fue su desayuno.

Eligió un vestido color hueso, manga larga y sin escote.

Las llaves del coche las tenía en la mano y el bolso colgado en su hombro. Salió de la casa, cerró la puerta con dos vueltas. Se giró y miró la casa de la colina unos instantes. Sacó el coche del garaje y fue hacía la carretera que daba a FontaineBleau.

## CAPITULO- 5 –

Llegó a la gasolinera, pidió que llenaran el depósito, pagó con tarjeta. Al llegar al centro del pueblo era un caos para aparcar, estuvo dando vueltas y encontró en una plaza. Todo por allí eran tiendas. Vio una de televisores y radios, eso era lo que iba buscando a parte de otros géneros.

Advirtió que la niña no quería oír música, el ruido le molestaba. Tenía qué poner radios en los cinco lugares de la casa, era posible que de esa manera la niña no volviera.

Había quedado en llamar a Gilbert esa mañana, sin salir del coche cogió el móvil y marcó el numero.

-Cariño, te llamo desde el pueblo, dentro de casa no puedo hablar, me vigilan.

-Amor, esta vez no te entiendo, nunca te has cohibido de decirme tus experiencias con los espíritus ¿Qué te está pasando?.

-Ayer la niña quiso matarme, te aseguro que estoy viva de milagro.

-Claire, lo que me dices, a mí no me sirve. ¡Quiero qué concretes quien es esa niña!.

-La que vi en la carretera, es un espíritu maligno y dueña de la casa, no está ella sola hay más.

-Dime algo de lo que te hizo, quiero saberlo.

-No es fácil explicarlo, tampoco me ibas a creer, es la primera vez que me enfrento a un ente que quiere matar a una persona, por el sólo hecho de estar viviendo en su casa cómo ella dice.

-Amor lo siento, no puedo creer lo que me estás diciendo, ¿No será todo fruto de tu imaginación?.

Claire lloraba.

-Perdona por lo que he dicho, no puedo oírte llorar. Sabes que yo en el más allá no creo, y me duele, porque te quiero, tu eres toda mi vida.

-Cariño, tengo que dejarte, voy hacer algunas compra- dijo Claire.

-Amor, pronto estaré contigo, juntos miraremos la casa desde el sótano hasta arriba, de esa manera te quedarás más tranquila.

Claire cerró el móvil y lo guardó.

Se dirigió a la tienda de electrodomésticos,

-Buenos días señora, ¿En qué puedo ayudarla?.

-Necesito cinco radios- dijo Claire.

-Le voy a enseñar los que tengo- dijo el dependiente.

Puso sobre el mostrador tres variaciones.

-Me quedo con cinco como esta- dijo Claire.

-Señora, espere un momento, voy a almacén a buscar el otro resto.

El dependiente hizo un paquete con las cinco transistores, Claire pagó con tarjeta.

Justos en frente había una tienda de alimentación, entró. En una silla se hallaba sentada una mujer de mediana edad, sobre su regazo tenía a dos perros cachorros, uno negro y el otro blanco. La mujer dejó sobre la silla a los cachorros para atender a Claire.

-Buenos días señora, ¿Qué desea?.

Claire antes de responder se quedó mirando a los perritos, los animales le gustaban, respondió.

-Buenos días, ¿Qué tiempo tienen?.

-Dos meses y medio, hay uno que quiero dar, yo no puedo ocuparme de los dos.

-¿Quiere regalar uno?.

-Eso he dicho, pero lo daré a alguien que sepa cuidarlo y que lo quiera. El negro es macho y la blanca hembra, daré ella.

-¿Puedo quedarme con la perrita?- preguntó Claire llena de alegría.

-Yo a usted no la conozco pero creo que la va a querer mucho, tiene cara de buena persona.

Claire cogió la perrita en brazos, era preciosa con una carita para comérsela, con unos ojitos que hablaban solos, se veía que era lista.

-¿Dónde vive usted?- preguntó la dependienta.

-En una casa que está en el campo a diez minutos de aquí en coche.

-¿Por dónde cae?- preguntó la dependienta.

-Hay que coger el camino ancho, en la fachada de la casa hay un rótulo que dice – Villa Clunix.

-¡Ahí vive usted!- exclamó.

-Por lo que se ve, conoce la casa- dijo Claire.

-En el pueblo no se habla bien de esa vivienda. Los antiguos propietarios venían a comprar aquí, eran muy reservados.

-¿Sabe quién vive en la mansión que hay en la colina?.

-Un señor muy rico, su nombre es Montsir. Los campos que hay a su alrededor, son suyos, tiene muchas tierras, aquí se le respeta mucho, es muy educado y servicial.

-¿Lo conoce usted?.

-Claro, yo he nacido en FontaineBleau, hace veinte años hizo construir la mansión. Quién sabe mucho de él, es el guardabosques.

-Anoche ocurrió algo terrible con dos enormes perros que tiene guardando su casa.

-Un obrero que trabajaba en la mansión, se fue por causas que aún no se conoce. Yo no quiero entrar en este tema, el señor Montsir es poderoso, muy poderoso, nadie se atreve hablar de él. Si llega a conocerlo, sea amigable con él, a nadie le interesa cómo enemigo. Hace un año murió su esposa y su hija en un accidente de coche, en la curva que hay

antes de llegar a la gasolinera. Desde ese tiempo no se le ve apenas, dicen que está recluido en su mansión.

-¿Qué edad tenía su hija?.

-Yo no la llegué a conocer, pero creo que entre seis y siete años, es lo que dijeron.

Claire se quedó sin palabra, su cara reflejaba preocupación. La dependienta se dio cuenta y le preguntó.

-Señora, ¿Le ha molestado que le hablara del accidente?.

-No, sólo estoy emocionada por lo que ocurrió.

-Ya no hablo más de este tema, creo que me he pasado, perdone.

-No se preocupe. Aquí tengo una lista de todo lo que necesito, la pongo en el mostrador para que me dé lo que hay. También póngame pienso para la perrita.

-¿Se queda usted con ella?.

-Por supuesto que sí, las dos nos necesitamos, ¿Qué le da de comer?.



-Ya come de todo, le voy a dar un pienso que es especial para cachorros, tiene todas las vitaminas y proteínas necesarias.

-Muchas gracias, la perrita va a estar muy bien conmigo, le estoy muy agradecida por todo.

Claire pagó todo el contenido que llevaba de alimento. Eran dos bolsas, la dependienta las llevó a dónde tenía el coche. Se despidió de la perrita con mucha nostalgia y le dijo dándole un beso.

-Te voy a echar mucho de menos princesa.

-Se les quieren mucho, siendo niña tuve un perrito, al hacerse mayor murió, lo pasé muy mal- dijo Claire.

-Señora, espero verla más veces por aquí.

-Cuando se acaben esta dos bolsas, vengo a por más- dijo Claire.

-Señora, tenga cuidado con todo lo que ocurre allí arriba. No quiero asustarla, sólo prevenirla.

-Vendré a contarle si hay un suceso desagradable, voy a tener en cuenta, todo lo que me ha contado

## CAPITULO -6 –

Diez minutos tardó en llegar a su casa. Paró el coche delante de la puerta, bajó con la perrita, la dejó en el jardín para que jugara. Manifestaba su alegría, corría queriendo coger una mariposa, se paraba en las flores y hacía que las mordía. Se iba alejando persiguiendo una hoja caída de un árbol.

Claire llevó las dos bolsas a la cocina, al salir de la casa se dio cuenta que la perrita iba corriendo por la pradera. No le había puesto nombre, y de pronto le salió de la garganta llamándola.

-¡Luna ven!- pensó que era un nombre bonito para la perrita.

Luna no escuchaba, iba detrás de todo lo que movía, al ser tan pequeña no la veía entre tantas flores y arbustos, ella seguía llamándola.

-¡Luna ven! ¿Dónde estás?.

Claire se desplazó corriendo por el campo, no paraba de llamar a la perrita, al fin la vio, subía monte arriba. La llegó alcanzar, la cogió en brazos, le iba diciendo.

-No puedes separarte de mí, ¿Lo has entendido?.

Se disponía a preparar arroz con verduras cuando se escuchó un golpe enorme en el salón. Luna empezó a llorar, fue hasta la cocina al refugio de Claire, se puso en pie tocando sus piernas para que la cogiera en brazos. Ella sabía que el animal tenía miedo, fue hasta el salón para verificar qué había hecho esta vez la niña. Un jerrón con flores secas estaba estrellado en el suelo hecho trocitos.

-¡No vas a poder conmigo!- dijo Claire mirando por el techo y paredes del salón- ¡Te voy a poner música hasta que te quedes sorda!.

Deshizo el paquete de transistores, enchufó uno en la cocina, le dio volumen. Otro en el salón, subió las escaleras, conectó la radio despertador, puso otro en otro dormitorio. Bajó al sótano, era la primera vez que lo hacía, dio la luz, allí puso otro. Se fijó en un baúl cerrado, estaba viejo, había una silla de madera llena de carcoma. La música se oía por toda la casa. Claire estaba enfurecida, ya no podía más aguantar ese ente impertinente y lleno de ira. Pensaba de qué manera podía atacarla más directo, tenía la idea y la iba a llevar a cavo. Volvió al salón

sobre todo lo hacía por luna, era muy pequeñita para que pasara miedo. La cogió en brazos, la radio se oía fuerte por toda la casa, de pronto, su bolso voló por el aire, un cuadro se cayó de la pared y se hizo trozos, los objetos de adorno volaban estrellándose en las paredes. Claire salió de la casa con luna en brazos, se quedó de cara a la casa, miraba con espanto lo que estaba sucediendo. La niña había enloquecido, lo estaba rompiendo todo. En la fachada se estaban grabando letras grande escritas con carbón, decía- Déjame vivir aquí, y te dejaré tranquila.

Claire leía una y otra vez aquellas frases. Se negaba a vivir con un espíritu destructor. Al instante se escucharon golpes, y los transistores cesaron de sonar. Tenía que entrar en la casa, estaba demostrando a la niña que le tenía miedo, en cierto modo era verdad, pero no lo podía demostrar.

-¡Buenas tardes señora!.

Claire dio un brinco y de su garganta salió un grito. Era el guardabosques, la miraba con ojos de ternero degollado.

- Tengo un gran problema- dijo Claire.
- La creo, pero yo no soy el adecuado para ayudarla. Siempre nos están vigilando, si lo hago, mi vida corre peligro.
- Mire lo que hay escrito en la fachada- dijo Claire.
- No veo nada ¿A qué se refiere?.
- ¿Me habla en serio?.
- Ya le dije, que aquí ocurren cosas muy raras.
- ¿Qué sabe del accidente de la esposa y la hija del señor Montsir?.
- Le ruego que me perdone, tengo que irme.
- ¡Por favor, ayúdeme! ¡Usted lo sabe! ¿Dónde están enterradas la madre y la hija?.
- En el cementerio, cómo todo el mundo.
- Dígame la verdad, necesito que me lo diga.
- ¿Para qué quiere saberlo? ¿Qué gana con eso?.
- Lo necesito.
- Si hablo me cortan la cabeza a distancia, no crea que es broma.
- ¿Están enterradas cerca de la mansión?.

-Sí- dijo en voz baja.

-¿Dónde?.

-En el cementerio. No me haga más preguntas, tanto usted como yo, lo vamos a pagar caro. El señor Montsir es cruel desde que ocurrió el accidente. Lo conozco de hace años, era un hombre feliz, amable y caritativo con todas las personas necesitadas. Ahora no quiere saber nada de nadie, sale muy poco, su coche siempre lo tiene en el garaje.

-¿Qué tiempo hace que trabaja para él?.

-Once años.

-¿Sabe algo sobre los hombres que anoche fueron atacados por los perros?.

-Señora, no debe preguntar tanto, cuanto menos sepa mejor. Estoy corriendo peligro hablando con usted.

-¿Po qué le tiene tanto miedo al señor Montsir?.

-Yo aún mí trabajo está fuera, pero los que trabajan en el interior de la casona, lo pasan mal, por nada del mundo y por mucho qué me ofrecieran, no aceptaría.

-¿Por qué no se despiden y se van a trabajar a otro sitio mejor?.

-Es fácil para usted decir esto, no conoce al señor Montsir y el poder que tiene dentro de su casa.

-Usted sabe mucho pero no quiere decir nada ¿Tan peligroso es?- preguntó Claire – En el pueblo me han hablado que es amable y servicial.

-Eso era antes de pasar el accidente, ahora cuanto más lejos se esté de él mejor.

El guardabosques no quiso decir nada más, se quedó mirando a luna que seguía en los brazos de Claire y dijo.

-No le quite ojo a la perrita, hoy la tiene pero mañana puede que no.

-Ahora sí que me está asustando- dijo Claire abrazada a luna, ¿Por qué no lo suelta todo de una vez?.

-No puedo seguir hablando, disculpe señora si la he asustado, sólo la he querido prevenido.

El guardabosques se despidió con un saludo.

Claire se quedó de piedra sin poder pronunciar

palabra. Tenía que entrar en la casa, la comida la había dejado a medio hacer, eran las tres de la tarde y tenía hambre, sólo había tomado un té por la mañana.

Fue avanzando a paso lento hasta llegar a la entrada de la casa. El pasillo estaba limpio, por ahí no había llegado la niña. El salón comedor era un desastre, había trozos rotos de radios, de tazas y vasos. Antes de nada tenía que limpiarlo todo, a luna no la podía dejar en el suelo. La sentó en un sillón de manera que no saltara.

La niña estaba frente a ella, reía con burla por todo lo que había hecho. Claire no le prestó atención, era lo mejor.

Comió con gana el plato de arroz con verdura y un filete de ternera. Luna también comió el pienso de primera calidad.

El teléfono sonó, era la voz de Gilbert.

-Amor, esta mañana me he quedado muy mal con todo lo que me has contado y, aún me puse peor al oírte llorar. No me gusta nada lo que está pasando.

La niña la estaba mirando descaradamente.



-Cariño, baja la voz, te están oyendo y voy a tener problemas. He cogido una perrita, tiene dos meses y medio, es blanca y preciosa, le he puesto de nombre luna.

-Está muy bien, ¿Por qué has cambiado de tema?.

-Por lo que te he dicho. Frente a mí está la niña esperando a ver qué decimos.

-¡Qué se vaya a la mierda la niña! ¡Quiero que me hables de lo que te está pasando!.

-Sí en verdad me quieres, no me hagas preguntas, esta mañana no me has creído.

-Amor, perdóname por lo que digo a veces, es que me siento impotente porque no estoy ahí contigo. Creo que vas a necesitar otra médium para que te ayude a sacar los espíritus que hay en esa casa.

La niña seguía mirándola con una sonrisa maliciosa y perversa. Claire se resistió y dijo.

-¡Lo voy a resolver yo sola! ¡ Te aseguro que acabo con la niña y con los otros! ¡Quién manda soy yo, ellos en la tierra están muertos!.

-El asunto es delicado- dijo Gilbert.

-Mucho, más que ningún otro de los que he tenido, voy a llegar hasta el final. La niña me mira y se ríe, cree que no voy a poder hacerlo yo sola.

Gilbert confiaba en su esposa, sabía que había salido de muchas y muy fuertes, veía en ella una mujer muy valiente. Él sentía mucho no creer en los espíritus. Cambió de tema y dijo.

-Me gusta que tengas una perrita, te va hacer compañía, los animales ven también a los espíritus, eso es lo que dicen.

-Cariño, tengo que dejarte, voy a meter el coche en el garaje, no me gusta que se quede fuera.

-Amor, deseo que pases un feliz día y que duermas bien, te mando un beso muy fuerte.

Claire colgó el teléfono. La niña seguía con sonrisa sarcástica y desafiante. Claire Pensó no prestarle atención e ignorarla, de esa manera iría perdiendo fuerza al ver que no le prestaba atención. Se dirigió al garaje y entró el coche.

Un cuadro de un hombre qué miraba, lo descolgó y lo rompió. Luna la observaba, seguía todos sus movimientos. Claire se acercó a ella y la acarició.

## CAPITULO -7 –

Llamaron al llamador de la puerta de hierro con forma de mano. Claire miró el alboroto que había en el comedor y mucho desorden, no le daba tiempo para arreglarlo un poco, dejó todo como estaba y abrió la puerta. Delante de ella había un chico y una chica de aproximadamente veintitrés y veinticinco años. El joven se adelantó diciendo.

-¡Buenas tardes señora!

La joven la miraba y sonreía con inocencia.

-¿Qué deseáis?- preguntó Claire.

-Nos envía la señora Bardelec, buscamos dos habitaciones para vivir un tiempo- dijo el joven.

-¿Quién es esa señora?- preguntó Claire.

-La señora de la tienda, nos ha dicho que esta mañana ha ido usted a comprar.

-Entrar y explicarme qué queréis- dijo Claire.

Entraron los jóvenes, Claire estaba incomoda por lo desarreglada que tenía la casa.

-Perdonar el desorden que hay, me mudé

ayer y no he tenido tiempo de poner cada cosa en su sitio. Sentaos en el sofá.

Claire se sentó en un sillón frente a ellos.

-¿Sois estudiantes?- preguntó.

-Yo estudio empresariales- dijo el joven.

-Yo arte – contestó la joven.

-¿Estudias todas las ramas?- preguntó Claire.

-Me gusta todo, pero me tiro más por la pintura.

-¿En qué eslabón pones a Leonardo Da Vinci?.

-Creo que en el más alto, es increíble que no fuera reconocido en vida con todo lo bello y hermoso que hizo.

-Así es la vida, muchas veces es cruel- dijo Claire-  
¿Qué piensas de Miguel Ángel.

-Uno de los mejores artistas. Tenía mucha personalidad y hacía lo que más le convenía. Los dos tenían un talento excepcional.

-No me he presentado, mi nombre es Claire.

-Yo Marie Lembrier.

-Perdone Claire, teníamos que habernos

presentado antes, me llamo Pierre- dijo el joven.

-Muy bien Pierre y Marie. Yo vivo sola con mi perrita, tengo marido pero no está aquí, trabaja en Paris. Soy escritora, he elegido este lugar apartado para escribir en el silencio, pero hay algunos inconvenientes que esto tratando de arreglar.

Los dos jóvenes la miraban sin comprender qué razones eran esas.

-La casa tiene cuatro habitaciones arriba y un cuarto de baño, es grande para mí sola. No había pensado alquilarla, no lo necesito.

-No le íbamos a dar ningún trabajo, tampoco hacemos ruido, estamos todo el día fuera, solo venimos a dormir- dijo Marie.

-Los fines de semana yo le ayudaría a mantener limpio el jardín- dijo Pierre.

-Me doy cuenta que sois muy majos, pero aquí hay un movimiento un poco raro, a eso que me estoy refiriendo.

-¿No puede decirnos de qué se trata?- dijo Marie.

-¡Imposible!- respondió Claire tajante.

-Sí tiene problemas serios tiene que ir a la policía y contárselos- dijo Pierre.

-¡Pobre angelito! No tienes ni la menor idea de qué se trata- dijo Claire riendo.

Los jóvenes la miraban extrañados.

-Sé lo que estáis pensando, ¿Creéis que estoy loca?.

-No, se lo aseguro- dijo Pierre.

-¿Cómo se llama la perrita?- preguntó Marie.

-Se llama luna, es un encanto.

-Claire, nosotros podíamos ayudarla a muchas cosas- dijo Pierre.

Claire reviso a los dos de la cabeza a los pies.

-¿Habéis oído hablar de los espíritus?- dijo ella.

Pierre se removió en su asiento mientras trataba poner las manos en algún lugar de su cuerpo para protegerlo. Marie tenía cara de asombro pero se mantuvo firme.

-Pierre ¿Tienes miedo?- preguntó Claire.

-No estoy acostumbrado a oír hablar de este

tema, los espíritus me causan respeto ¿Ha hablado en serio?.

-Totalmente, ¿Sabéis que es un hechicero?.

-Sólo lo conozco por el nombre- respondió Marie.

-Me doy cuenta que no estáis preparados para vivir en esta casa- dijo Claire- ¿Os apetece tomar un té o café?- les preguntó desviando la conversación.

-¡Puedo hacerlo yo!- dijo Marie poniéndose en pie.

Claire le señaló la puerta de la cocina.

-En los armarios encontrarás todo- dijo ella.

Pierre no sabía cómo ponerse, miraba a Claire con mucho respeto.

-¿Eres de París?- le preguntó.

-No, soy de Nemours- respondió Pierre.

-Eso pertenece al Loiret, se conoce esta región por su gran fauna ¿Son agricultores tus padres?.

-Lo fueron, pero ya están retirados, viajan con la tercera edad, ahora tienen una vida buena.

-¿Entonces, tu madre te tuvo ya mayor?.

-Mi madre tenía cuarenta y cinco años, soy el menor de seis hermanos- dijo Pierre- ¿Conoce Nemours?.

-En una ocasión estuve con mi marido, fuimos a una exposición de plantas y flores- dijo Claire.

Marie salía de la cocina sosteniendo entre sus manos una bandeja, dentro había una cafetera ancha de cristal, tres tazas y un platito con galletas, lo depositó sobre la mesa del salón.

Claire la miraba con ternura, sentía el amor maternal, ella no había tenido hijos. Ella se inclinó para poner café en las tres tazas. Dijo.

-Comer galletas, son de buena marca.

Mientras bebían el café a pequeños sorbos, Claire preguntó a Marie.

-¿Dónde trabajas?.

-En la zapatería que hay en la gran avenida, muy cerca de la tienda de muebles dónde trabaja Pierre.

-¿Dónde viven tus padres?.

-En Vitry – sur seyne, toda la familia hemos nacido allí.



-¿No te gusta París para trabajar? Vitry está al lado.

-Tenía problemas con mi padre, me regañaba cuando llegaba tarde a casa, es un hombre muy recto.

-Eres mayor de edad y puedes hacer lo que quieras- dijo Claire – Sí os quedáis a vivir en esta casa, no podéis llegar tarde, no lo digo por mí, hay otras cosas que lo impiden.

-¿Qué hay de malo que un fin de semana volvamos a las tres de la madrugada, damos una fiesta en casa de unos amigos- dijo Pierre.

-No hay nada de malo, lo peor es llegar aquí de madrugada- dijo Claire.

-¿Qué puede suceder si una noche venimos a las dos o a las tres de la madrugada?- preguntó Pierre.

-Pueden sucederos cosas y malas. En el camino ancho que llega aquí, no hay luz, en el bosque tampoco, de noche los animalitos salen, los perros de la casa de la colina se escapan, los sueltan de noche para que vigilen los campos.

-Tengo coche, del pueblo aquí hay diez minutos.

Claire se puso de pie, llevaba entre sus brazos a luna, se había dormido en su regazo. Se dio la vuelta y dijo.

-Queréis quedaros a vivir aquí porque ignoráis lo que sucede, bajo todas estas paredes se esconden formas, pero solo yo puedo verlas y oírlas.

-Desde que hemos llegado nos está hablando de espíritus y de hechiceros ¿Trata asustarnos para que no nos quedemos?- dijo Marie.

-Yo no creo en nada de eso- aclaró Pierre.

-Soy responsable de todos mis actos, es por esa razón que os digo, que no podéis quedaros aquí- dijo Claire.

Marie se acercó muy cariñosa a ella, le cogió una mano y dijo.

-Claire, le aseguro que no se arrepentirá tenernos de huéspedes, sabemos que trata de asustarnos. Ya tenía yo gana de vivir en una casa en medio de la naturaleza.

-Está bien, acepto – dijo Claire.

-Mañana traemos las maletas y nuestras cosas- dijo Pierre.

## CAPITULO – 8 –

Claire había salido a despedir a Pierre y a Marie, en la puerta estaba el coche de él, subieron y se fueron.

Al darse la vuelta para entrar en casa, se encontró de cara con la niña. Luna estaba dentro llorando.

-¿Qué le has hecho a mi perrita?- le preguntó Claire muy enfadada.

-Entra a buscarla ¿No tienes valor para hacerlo?- dijo la niña bastante rabiosa.

-Yo no te he hecho nada para que me persigas de este modo ¿No tienes bastante con invadir mi casa?.

-¿Has olvidado el pacto qué hicimos?- dijo la niña.

-¿A qué te refieres?- preguntó Claire con sangre fría.

-¡Tienes poca memoria! ¿Te estás burlando de mí? ¡Eso sería malo para ti! Sé que eres buena médium, pero lo peor no lo sabes.

Claire dio la vuelta a su alrededor buscando algo que hiciera desaparecer a ese espíritu insolente.

Luna seguía llorando, no podía verla, no sabía cómo estaba el pobrecito animal, de dónde ella estaba no la podía ver.

-¿Por qué estás enfadada conmigo?- preguntó Claire.

-¡No me digas que no lo sabes! Te dije que me dejaras vivir tranquila en esta casa y, yo a cambio no te molestaría.

-Soy consciente de ello y lo llevaré a cabo.

-¡No te creo! ¿Te crees más lista que yo? He estado de pie junto a la chimenea escuchando a esos dos imbéciles que van a venir mañana. ¡ El trato era tú y yo solas! ¡ Esperaba que los echaras fuera! - dijo gritando y arañando la puerta de la casa.

-Te aseguro que no te van a molestar, ellos no saben que existes- dijo Claire.

-¡Se van a enterar de que existo! ¡Les voy a destrozar sus vidas! ¡Luna te está llamando!

¿No la oyes?- dijo la niña con sarcasmo.

Era cierto, luna con su llanto la estaba llamando, no podía quedarse parada, sé tenía que armar de valor y entrar en la casa. Levantó el pie derecho para subir el escalón, al instante la niña se lanzó sobre ella desgarrándole el chándal mientras que daba gritos. Claire trataba deshacerse de ella, intentó quedarse fuera pero la niña no la dejaba, la entró dentro y la tiró al suelo. La niña era rápida como el rayo, tenía a Claire cogida por el cuello, la lanzaba de un lado a otro del pasillo. Se escucharon gritos que procedían de otros entes, estaban presenciando lo que ocurría.

Claire ya no podía más, su cuerpo no soportaba tanta violencia de ese espíritu perdido, y gritó.

-¡Fuera de esta casa! ¡Estás muerta y tienes que encontrar la luz! ¡Fuera de aquí!.

La niña clavó sus ojos nublosos en los de Claire, no la dejaba ponerse en pie aunque ya no la tocaba, su fuerza iba disminuyendo al gritarle que estaba muerta. Claire no se fiaba, podía saltar sobre ella de un momento a otro y lo hizo todo con cautela. Se puso en pie, y fue al encuentro de luna, la cogió

entre sus brazos y la besó para calmarla. La niña la miraba con odio, se dirigió a la puerta del sótano, la abrió y bajó las escaleras dando un portazo.

Claire ahora sabía dónde se escondía. Necesitaba salir fuera para coger aire. Fue a sentarse con luna en brazos sobre el tronco de árbol que había en el jardín. Cerró los ojos para relajarse y tomar aire. Hacía diez minutos que se había tranquilizado, sonó el teléfono. Fue hasta el salón y descolgó.

-Diga.

-¿Qué estás haciendo ahora mi amor?- se escuchó la voz de Gilbert.

-Cariño, te echo mucho de menos, y me doy cuenta lo mucho que te quiero- dijo Claire.

-Algo desagradable te ha vuelto a ocurrir ¿No es cierto?.

-Sí cariño, esta vez también ha sido fuerte, pero ya sé dónde la niña se esconde, pronto voy acabar con este espíritu desamparado.

-¡Me estás asustando! ¿Puedes contarme algo?.

-Es mejor que no sepas nada. El día que vegas te

diré todo y te pondré al corriente de los entes que habitan la casa.

-¿Quieres decir que son muchos?.

-Sí, eso he dicho. Esta casa tiene más de un siglo, aquí han sucedido muchas cosas desagradables.

-No lo parece estando en el sitio que está, soleado y repleto de vegetación.

-Voy a darte una noticia.

-Espero que sea buena.

-Mañana viene a vivir aquí un chico y una chica, son estudiantes, pero trabajan en FontaineBleau para pagarse los estudios. Le he alquilado dos habitaciones.

-¿Por qué lo has hecho?.

-Me han convencido, son buena gente.

-Te van a dar trabajo, tú necesitas tranquilidad y silencio para escribir.

-No te preocupes, estoy segura que todo irá bien.

-Espero que sí. Amor te deseo felices sueños.

-Yo te deseo buen viaje esta noche en el talgo.

## CAPITULO -9 –

Claire salió de la casa con luna en brazos, se dirigió al huerto, los árboles frutales estaban cargados de su fruto y a punto de coger. Los albaricoques tenían un color amarillo tenso, Las cerezas rojizas para comer, estaba cogiendo un ramillete, una voz varonil la sorprendió.

-¡Buenas tardes señora!.

Claire se dio la vuelta, delante de ella había un señor bien vestido, de una estatura alta, piel morena, facciones agradables, pelo canoso. Ella creía de quién podría tratarse, pero no estaba segura. Él pidió excusas.

-Perdone señora que la haya asustado, mi nombre es Arthur Montsir. Soy el propietario de la casa de la colina, somos vecinos. Vengo a pedirle disculpas por lo que anoche ocurrió con mis perros.

-Mi nombre, Claire Candrier, hoy es el segundo día que vivo en esta casa.

Claire lo observaba con detenimiento, no parecía ser tan malo y cruel como había contado



el guardabosque. Frente a ella había un hombre amable y educado, no daba el perfil de lo que se contaba de él.

-Se comenta que es usted escritora- dijo él.

-¿Quién se lo ha dicho? Nadie de aquí me conoce.

-Un día paseando por el bosque me encontré con el señor Sapier, él me lo dijo.

-No puede hacer mucho de esto, puesto que la casa hace 15 días que la hemos comprado. Creía que usted no habla con nadie y que no sale de su casa.

-Quién la haya informado no lo ha hecho bien. ¿Qué escribe si se puede saber?.

-Me interesa todo, pero lo que me gusta es, la novela intriga y fantástica.

-¿Qué clase de intriga?.

-Indago en todo hasta que acierto.

-¿Se puede saber qué está escribiendo ahora?.

-Es sobre la infancia de una persona que acabó mal.

-¿Dice que terminó mal?.

-Así es.

-¿No puede revelar algo más?.

-Es sobre las drogas y otras cosas que la llevaron al suicidio.

-El tema es delicado.

-Mucho, esa es la razón por la que he venido a vivir aquí, para encontrar tranquilidad y silencio, pero no lo hay.

-¿Qué quiere decir?- preguntó Arthur frunciendo el entrecejo.

-Creo que lo sabe- dijo Claire muy convencida.

-Por favor señora, si lo supiera no se lo hubiese preguntado, soy un caballero.

-Estoy segura que sabe usted de qué le hablo. Todo el pueblo sabe el mal que hay en esta casa.

-Señora, no sé a qué se refiere ¿Ha visto u oído algo que esté fuera de lo normal?.

-Sea usted sincero señor Montsir.

-Prefiero que me llame Arthur, de esa manera me siento más cómodo con usted, puesto que somos vecinos

-Es difícil para mí contarle con pelos y señales, lo que ocurre dentro de mi casa. Estoy segura que el señor Sapier tuvo que hablarle de los problemas que hay es, por esa razón que él y su esposa se fueron.

Arthur observaba a Claire, el cabello, los ojos y todo su cuerpo, ella se sintió incomoda y dijo.

-¿Por qué me mira de ese modo?.

-Estoy admirando su belleza.

Claire sonrió agradecida.

-Claire, perdone si soy indiscreto, he observado un morado que tiene al lado derecho de la sien, y otro en el mentón ¿Se ha caído?.

-Es a todo esto que me estoy refiriendo. Dentro de la casa me han ocurrido cosas muy extrañas y luchas insostenibles.

-¿Quiere darme a entender que no es usted quién se ha caído?.

-¿No me cree verdad?.

-No voy a decir eso, puesto que estoy delante

de una señora, jamás diría algo que fuera nefasto para ella.

-Ya lo voy entendiendo, usted utiliza la galantería con las damas ¿Me equivoco?.

-Creo que va usted por el buen camino. Tiene que pensar que vivimos en el campo y tanto de día como de noche, hay ruidos de los animales que viven.

-No se trata de animales, sino de personas que ya no existen- dijo Claire al fin.

-Usted ¿No es médium? ¿Y si se tratara de un espíritus que busca la luz?.

-¿Quién le ha dicho que soy médium?.

-No lo recuerdo bien, puede que fuera el señor Sapier- dijo Arthur sin darle importancia.

-No es posible que se lo haya dicho él, no lo sabía.

Arthur utilizó su galantería.

-Claire, me gustaría conocerla más a fondo, es usted esa clase de mujer que a un hombre le cuesta olvidar.

-Le quiero recordar que tengo esposo, los dos

nos amamos y nos amaremos hasta el fin de nuestras vidas en la tierra- dijo Claire cómo recordatorio.

-Perdóneme si en algo la he podido ofender, quizá he utilizado palabras poco adecuadas para el tema que nos lleva. Nuevamente le pido disculpas y me pongo a sus pies- dijo Arthur con naturalidad y modestia.

En esos instantes se escuchó el maullido de un gato que mostraba su rabia e ira. Pasados unos minutos era varios gatos que maullaban. Luna dormía tranquila, y se despertó.

-Claire, no tenga miedo, sólo es un gato- Dijo Arthur para tranquilizarla.

-No es sólo uno, son muchos, me han dado un susto de muerte.

-Ellos están más asustados que usted. Tenga mi tarjeta- dijo Arthur extendiéndosela- Sí tiene miedo en la noche me llama.

-Gracias- dijo Claire cogiendo la tarjeta, la metió en el bolsillo de su chándal.

-¿Ha hablado usted con alguien de este entorno?.

-¿Por qué me lo pregunta Arthur?.

-Pesará que me meto en cosas que no me importa. Tengo algunos empleados que hablan mal de mí.

Claire pensó antes en lo que le iba a decir.

-Si tiene la conciencia tranquila, no debe temer a los comentarios de los demás.

-Ayer la vi qué hablaba con el guardabosques, no es hombre de fiar ¿Se ha fijado en el aspecto que tiene?.

Claire no dio mucho crédito a las palabras de Arthur y pasó a preguntarle.

-Anoche un hombre alto vestido de negro, me observaba con un catalejo cerca de su casa ¿Es posible que fuera usted?.

-¡No! Yo soy un señor, no espío a una dama con semejante catalejo a distancia ¿Pudo ver el color de sus piel?.

-Era de noche, pero si vi que vestía de negro. Quiero preguntarle ¿Por qué tiene miedo que hablen mal de usted?.

-No le voy hablar con rodeos. Hace un año y medio tuve la desgracia de perder a mi esposa y a mi única hija en accidente de coche. Desde ese tiempo, sufro mucho, pienso en mi esposa, no la puedo sacar de la cabeza, vivo atormentado, daría parte de mi fortuna por saber quién fue el mal nacido que provocó el accidente y luego se dio a la fuga.

Claire vio cómo lloraba con la cabeza baja.

-¿Qué edad tenía su hija?- preguntó ella.

-Siete años. Todavía están en el armario sus vestidos y sus zapatos, también sus muñecas, era con lo que ella jugaba. Daría todo lo que tengo por ser cómo antes era.

Había anochecido. Un coche color blanco se paró en la puerta. Arthur miró detenidamente a los dos jóvenes que descendían del auto, luego miró a Claire y dijo.

-Veo que tiene visita ¿Son familiares?.

-Les he dejado dos habitaciones para un tiempo, pero no los esperaba hasta mañana.

Pierre y Marie vieron que Claire estaba hablando con un señor en el huerto, se desplazaron hasta allí, iban sonrientes y contentos.

-¡Hola Claire! Hemos venido antes de lo previsto para colocar nuestra ropa en los armarios- dijo Marie.

Arthur miraba sonriente a la joven que todavía no le habían presentado.

Pierre y Marie. El señor Montsir o Arthur- dijo Claire al presentarlos.

-Podéis llamarme Arthur, me gusta rodearme de gente joven- dijo muy jovial y alegre.

Claire lo miraba con recelo, hacía diez minutos estaba llorando por su esposa e hija. Se dio cuenta que al ver a Marie, lo hizo sonreír y sentirse joven.

-Perdone Arthur, tengo que enseñarle las habitaciones, todavía no las han visto- dijo Claire alejándose con Pierre y Marie.

Arthur los alcanzó, se dirigió a Marie y le dijo.

-Aquí tienes un amigo. Un día voy a dar una fiesta, estáis los tres invitados, soy el propietario de la casa de la colina.



Pierre se fijó en las miradas de Arthur y de Marie. Claire se dio cuenta que Pierre se sintió incomodo ante esa situación incomodo para él.

Pierre no quiso quedarse en casa de Claire, eso que Marie había hecho, dejó sus ilusiones por el suelo, se dirigió a Claire y dijo.

-Le doy las gracias por querer acoger en su casa, pero no puedo quedarme, lo siento.

-¿Qué dices?- preguntó Marie extrañada.

A Claire no la cogió por sorpresa, dijo.

-Me hago cargo de la situación que estás viviendo, si cambias de idea vienes.

-¿Qué mosca te ha picado?- preguntó Marie.

-Marie, espero que aquí seas feliz- dijo Pierre despidiéndose.

Claire y Marie quedaron solas.

-Marie ¿Te has parado a pensar por la noche cuando vengas de trabajar sola? – dijo Claire.

-¿Por qué ha hecho eso Pierre? No comprendo su comportamiento- dijo Marie.

-¿ Se ha declarado alguna vez a ti?.

-Nunca he visto que Pierre estuviera enamorado de mí, sólo somos amigos.

-Se ha dado cuenta que le gustas a Arthur, yo también me he fijado la manera en que te miraba y tú lo mirabas a él.

-¿Usted cree que le gusto?.

-¿Te gusta a ti?.

-Creo que sí.

-Entonces darlo por hecho ¿Has tenido novio alguna vez?- preguntó Claire.

-No, solo amigos para salir- dijo Marie.

-¿Eres virgen?.

-Totalmente ¿Por qué me lo pregunta?.

-Porque estoy segura que Arthur se ha dado cuenta, he visto que es muy hábil con las mujeres y tiene mucho ojo para ver si una joven como tú está tocada. Ten mucho cuidado con él, yo como mujer no me fiaría.

-¿Me está advirtiéndome de algún peligro?-  
preguntó Marie algo asustada.

-Quiero que sepas, que un hombre si realmente quiere a una mujer, no busca la virginidad de ella.

-Se parece usted a mi madre dándome consejos.  
¿De qué conoce a Arthur- preguntó Marie.

-De nada, hoy lo he conocido, sólo hace dos días que vivo aquí.

Claire tenía que hacer algo para cenar, era posible que Marie quisiera hacerlo y meterse en la cocina.

-Vamos a comer algo- dijo Claire- Mañana tienes que madrugar, recuerda que no tienes coches, hay media hora de aquí al pueblo.

-Me gusta la pasta con salsa de tomate ¿Me deja que la haga yo?.

-Sí claro, aquí estás como en tu casa, puedes hacer lo que quieras.

Marie se metió en la cocina e hizo espaguetis.

Las dos cenaron. Marie subió a su habitación, tenía que sacar la ropa de la maleta y ponerla en el

almario, colocar sus cosas y dejarlo todo preparado para el día siguiente.

Eran las siete de la mañana, estaban desayunando. Se oyó el ruido suave del motor de un coche que se paraba, seguidamente llamaron a la puerta con el llamador de mano. Claire abrió, Marie se había quedado detrás de ella.

-Buenos días señora, soy el chofer del señor Montsir, vengo para llevar a la señorita Marie a su trabajo, a la noche la recojo allí y la dejo aquí, esas son las ordenes que tengo.

Marie miró a Claire riendo y con cara de satisfacción. Sus ojos brillaban de la emoción, era la primera vez en su vida que le sucedía algo tan especial. No cabía en el vestido color azul cielo que llevaba puesto, del mismo color de sus ojos, sus cabellos dorados y peinados a lo largo del rostro hacía de ella una mujer bella. Se quedó que no sabía qué decir, estaba esperando a que Claire diera el visto bueno.

-Marie, si lo que quieres es ir, puedes hacerlo- dijo Claire, a la noche hablaremos.

## CAPITULO -10 –

Después de ducharse, se arregló para salir. Claire tenía que ir a la gran mansión y preguntarle a Arthur por qué razón había enviado a su chofer, sabía a ciencia cierta que estaba tramando algo y seguro muy fuerte, cogió las riendas de la vida de Marie para ser él su dueño.

A luna la dejó sobre un sillón hasta que ella volviera.

Había atravesado un camino de cruces, se disponía a subir por entre los pinos, ese camino era más corto para llegar a la gran mansión. Pensaba en las preguntas que le iba hacer a Arthur sobre Marie y el por qué hacía eso, necesitaba escuchar su respuesta. Subía la pendiente pensando en todo esto. De pronto escuchó un ruido de ramajes que venía de un árbol, se paró y miró. Un pino se movía de un lado a otro, era grueso para que el viento lo hiciera. Ella giraba la mirada a todos lados, estaba muy asustada aunque no lo hacía ver. De pronto escuchó a la niña que le preguntó con voz chillona.

-Claire ¿A dónde vas?.

En esos instantes se puso muy nerviosa, no sabía qué decir. Recordó que la niña le advirtió que no fuera a la gran mansión, no sabía si continuar o volver a su casa.

-¡Se que me tienes miedo! ¿Por qué no me haces caso? ¡Eres mala, muy mala!.

Claire pensó que lo mejor era volver y olvidar todos los apuntes que tenía en la cabeza. Se dispuso a bajar, sintió que algo muy fuerte la agarraba por la cintura, se echó mano a esa parte de su cuerpo, era una rama larga y gruesa que la sujetaba con fuerza, hacía esfuerzos para escapar pero era imposible, la rama tenía la fuerza de cinco hombres juntos, la estaba asfixiando, no podía respirar. La rama la llevó hasta el tronco del árbol y la ató a él.

-¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude!- gritaba Claire.

-¡Estas lejos para que te oigan! ¡Voy a dejarte atada para que aprendas a obedecer!- dijo la niña.

Claire trataba quitarse las tres vueltas de rama

que la oprimía y le estaba causando dolor en el pecho hasta el punto de no poder respirar.

-¡Por favor!- imploró llorando.

-¿A qué ibas a la gran mansión?- preguntó la niña con voz rota y ronca.

-Quiero hablar con el Señor Montsir- dijo Claire con voz apagada.

-¿Acerca de qué?- preguntó la niña con voz chillona.

-Son asuntos privados.

-¡No quieres decirlo, pero de todas maneras lo iba a oír, paso ratos de mi tiempo allí.

-No se trata de ti.

-¿Por qué te portas tan mal conmigo?- dijo la niña.

-¡Basta ya! ¿Todavía no te has dado cuenta que estás muerta?.

-¿Sabes quién es el señor Montsir?- dijo la niña sin darle importancia a lo que dijo.

-No, pero me gustaría saberlo y en ello estoy.

-No es bueno, déjalo todo cómo está, de lo contrario lo vas a pagar caro, esto que yo te estoy haciendo, no es nada para lo que te espera con él.

-Quítame esta rama que me oprime- dijo Claire con voz cansada.

La niña desvió el tema.

-Me gusta tu perrita.

-¡No te acerques a ella! ¡Sí le haces daño, te aseguro que acabo contigo y te mando al infierno!.

-Cuando te has ido ahora, la he cogido entre mis brazos, ella me ve. Me ha ladrado para que la dejara en el sillón- dijo la niña para fastidiarla más.

Claire se enfadó mucho.

-¡Nadie te ha querido! ¡Es por esa razón que no tienes sentimientos!.

-¡No vuelvas a decir eso! ¡Te voy a travesar con otra rama!- dijo la niña chillando.

-¡Espíritu perdido, vete a la luz!- gritó Claire.

La niña cambió totalmente.

-No sé bien lo que ocurrió el día que iba con mi madre en el coche. Sé que entré por un lugar



oscuro y siniestro, era un laberinto por el que no podía salir.

-Antes te he dicho que estás muerta, no tienes físico, sólo puedo verte yo porque tengo esa facultad.

-Mi sitio es este, aquí vivía antes, ¿Por qué mi padre no me presta atención? Cuando le hablo no me escucha, sólo observa a mi madre, está obsesionado con ella.

-Quieres decir ¿Qué sabes dónde está tu madre? ¿Por qué no vas con ella?- dijo Claire para ver si decía la verdad.

-No quiero ni puedo ver cómo está, prefiero vivir en el sótano de tu casa- dijo la niña con algo de temor.

-¿Me estás diciendo que tu madre está en la gran mansión?- preguntó Claire comprendiendo algo de esa historia.

-No puedo hablarte de eso, tienes que ser tú quién lo descubra por estar viva en la tierra. Sé que soy un espíritu perdido y que nada puedo arreglar, me gustaría estar con mi madre pero es imposible.

-¿Por qué tienes tanto miedo a tu padre? Cuando te hablo de él te transformas en figura rara.

-Vuelvo a decirte que no puedo decírtelo. Tú eres humana al igual que él, tu deber es averiguarlo.

-Entiendo que no quieras aclararme nada. Te perdono todo lo que me has hecho. Por lo menos dime cómo te llamas.

-De nada sirve que te lo diga, seguro que mi padre lo va proclamando con su pena falsa.

-¿Por qué le tienes tanto miedo y odio al mismo tiempo- preguntó Claire.

-Ya lo descubrirás por ti misma. Has dicho que me ibas ayudar ¿Lo harás?- dijo la niña como un favor que pedía.

-Desde luego que lo haré, mi condición de médium lo exige.

-¿Vas ayudar también a mi madre? ¡Te lo suplico! ¡Su espíritu está sufriendo mucho, más que yo!.

-Te prometo que haré todo lo que pueda- dijo Claire con la voz casi apagada.

La niña se puso a desatarla. Claire estaba casi liberada cuando apareció por entre los árboles el guardabosques. La niña cogió miedo y subió al árbol como si de un gato se tratara, se quedó entre las ramas para oír si hablaban de ella.

El guardabosques quedó impresionado al ver a la nueva vecina tratando liberarse de unas ramas que cubrían su cuerpo, fue rápido a ayudarla.

-Señora ¿Qué le ha ocurrido?- preguntó mientras la desataba.

-Nada, estoy bien, no se preocupe, gracias por ayudarme- dijo Claire.

-¿Qué hacía usted aquí?.

-Daba un paseo.

-¿Se ha caído?.

-Sí, he tropezado con una piedra.

-Si va a la gran mansión, tiene antes que llamar por teléfono para ser recibida por el señor Montsir- dijo el guardabosques informándola.

La niña desde la rama del árbol prestaba atención a lo que se decía de ella.

-No sabía que había que pedir cita para hablar con el señor Montsir- dijo Claire.

-¿Le gustaría conocer la gran mansión?.

-Sería curioso saber cómo es por dentro- dijo Claire para despistar- Me imagino que debe haber mucho lujo.

-En vida de su esposa y de su hija, más que lujo era lujazo y derroche de buena comida, de buenos vinos y buen champagne. La meseta que hay alrededor de la casona, todos los fines de semana estaba llena de coches, de gente que iban a las fiestas que el señor Montsir y su esposa organizaban. Ahora no viene nadie, no recibe a ningún amigo, ellos tampoco hacen por venir.

Al instante de acabar el guardabosques de hacer ese comentario, un gato pardo grande y gordo saltó del árbol y se clavó en su cabeza. Él luchaba con el animal para quitárselo, le estaba arrancando el poco pelo que le quedaba. Gritaba y maldecía estirando con fuerza del animal enfurecido.

Claire miraba con terror la lucha que había entre el hombre y el animal.

Claire se dirigió a la niña, y con enfado le dijo.

-¿Por qué has hecho esto?.

-¿Prefieres que te lo hiciera a ti por escuchar sus comentarios?- dijo la niña con sarcasmo.

-¡Te gusta hacerle daño a las persona! ¡Me pides que te ayude pero tú no haces nada para ayudar a los demás!.

-Nunca pude soportar a ese hombre desalineado, sucio y torpe. Ha recibido lo que merecía, siempre ha pasado el tiempo hablando mal de mi familia.

El guardabosques pudo ponerse en pie. Sacó del bolsillo de su pantalón un pañuelo, se lo llevó a la cabeza para limpiarse la sangre que el gato le había hecho, y sin decir nada fue bajando la pendiente.

Claire fue corriendo hasta alcanzarlo, preguntó.

-¿Es la primera vez que le ocurre este percance?.

-Sí señora, pero le puedo asegurar que no es culpa del gato, hay otros detrás de todo esto, no les importa matar a quién se les ponga por delante.

Claire sabía que tenía razón, había presenciado que la niña quería vengarse por hablar de ellos.

## CAPITULO -11 –

Claire había pasado toda la tarde escribiendo su novela en su ordenador portátil.

Luna dormía sobre de una silla que Claire puso cerca de ella para vigilarla. La noche se había echado encima sin que se diera cuenta. Tenía que hacer cena, Marie no tardaría en llegar en el coche del Arthur, su chofer la dejaría en la puerta. De súbito se levantó mucho aire, era estremecedor el ruido y silbidos que hacía, las ramas de los árboles pegaban fuerte sobre los cristales de los grandes ventanales. Luna se asustó y quiso ir con Claire para que la protegiera. Ella la cogió en brazos, le habló para que se calmara.

-Luna, no pasa nada, es el viento que hoy está furioso, pero pronto pasará.

Sobre los ventanales se agruparon muchos gatos maullando con desespero, estaban rabiosos, arañaban los cristales para poder entrar en la casa y protegerse de vendaval que se avecinaba. La lluvia caía con fuerza, parecía que iba a romper los cristales de un momento a otro. En ese instante se

paró en la puerta el coche de Arthur, su chofer traía a Marie de su trabajo, rápidamente Claire abrió la puerta para que no se mojara.

Marie venía contenta y feliz.

-Hoy he tenido un día maravilloso- dijo Marie- ¿Sabes quién ha venido a la tienda y a comprado dos pares de zapatos?.

-Me lo supongo- dijo Claire asintiendo- ¿Ha ido Arthur?- dijo con ironía.

-Sí ¿Cómo lo sabía?- preguntó Marie con inocencia.

-Intuición que tengo- dijo Claire.

Marie no la entendía y la siguió para preguntarle.

-¿Por qué no le cae bien Arthur?.

-Todavía no puedo responderte a lo que me preguntas ¡Quiera dios que esté equivocada!.

-Claire, no la entiendo. Arthur es un hombre bueno, al entrar en la tienda, los dueños les han hecho un buen recibimiento, fue la dueña que lo atendió, pero él se negó y dijo con amabilidad.

-Quiero que sea Marie.

-Es normal- dijo Claire.

-Claire, estoy segura que no la entiendo. Arthur es amable, galante y guapo, ¿Qué defecto le ve usted? ¿Se refiere a que es un hombre rico?.

-No. Es normal que pienses de ese modo porque eres joven y no tienes malicia, tu inocencia te hace pensar eso.

Marie lo veía todo de color de rosa.

-Creo que estoy enamorada de él, no sé si es por su físico o por lo caballero que muestra ser.

Claire desvió el tema.

-¿Has podido hablar con Pierre?.

-Lo he visto a la hora de la comida, los dos vamos a un pequeño bar que hay cerca del trabajo. No he visto que era el momento de decirle nada- Seguidamente repuso- Voy arriba a tomar una ducha de agua templada.

-Está bien. He hecho para cenar arroz hervido y carne en filetes ¿Te apetece?.

-No tengo mucha hambre pero comeré un poco.



Claire sabía que con tanta emoción, el apetito se le había ido. Esperó a que bajara para cenar juntas.

-Claire ¿Cree que Arthur pedirá que me case con él?- dijo Marie con los ojos brillantes por el amor.

-Es posible. Te ha enviado a su chofer para que te lleve y te traiga, eso lo hace un hombre cuando está enamorado de una mujer. Aún con eso, te advierto que tengas cuidado, si te lo pide, no le des el si inmediatamente, deja que pase un tiempo, todavía eres joven y guapa.

-No la entiendo ¿Cómo voy a dejar pasar esta oportunidad?.

-Marie, se lo que digo. Hay cosas que no puedo decir.

La tormenta seguía con más fuerza, los relámpagos y los truenos hacían temblar la casa. Marie dio las buenas noches para irse a dormir, se dispuso a subir las escaleras y cuando iba por la mitad, empezó a dar grades chillidos. Claire fue rápido para ver qué sucedía. Encontró a Marie tratando de mantener el equilibrio para no caerse. Centenares de cucarachas grandes, negras y rojizas

cubrían la mitad de las escaleras, bajaban de una manera rápida para llegar al comedor. Claire miraba aterrorizada tanto bicho salir de entre las rejillas de las escaleras. Marie seguía en puro frito, no sabía si subir o bajar. Luna se acercó para ver qué sucedía, la curiosidad era grande. Las cucarachas gordas y largas habían llegado hasta el comedor, subían por las patitas de luna, en poco tiempo su cuerpecito estaba inundado de todos esos insectos asquerosos, Claire trataba quitárselos, por los pies de ella también iban subiendo. Marie seguía saltando de escalón en escalón.

Claire oyó carcajadas burlonas procedentes de la niña. Miró y vio que estaba en lo alto de las escaleras, decía riendo.

-¡Cómo me gusta veros sufrir! ¡Esta que tanto grita y que se quiere convertir en la segunda esposa de mi padre, le voy a dar lo que se merece!.

-¡Vete de esta casa miserable ente!- gritaba Claire.

Marie había perdido el control de sí misma, temblaba de miedo. Claire seguía con luna

quitándole las cucarachas que le quedaban, todavía eran muchas que se habían escondido en su cuerpecito.

Marie había enloquecido, sólo hacía que gritar , se armó de valor y subió las escaleras, quería llegar hasta su habitación y encerrarse dentro. La niña la estaba esperando, la empujó con rabia y cayó rodando por las escaleras, el cuerpo de Marie fue a parar a los pies de Claire. Tenía tantos nervios que sin saber qué hacía se puso de pie, abrió la puerta de la casa y salió fuera. Pedía socorro sin darse cuenta que allí no había nadie para socorrerla. Se puso a correr bajo la lluvia, los relámpagos y los truenos hacía la gran mansión. Claire la llamaba a gritos para que volviera, no la oía con la tormenta. Claire entró y cerró la puerta, la lluvia estaba entrando dentro de la casa. La niña la estaba esperando para burlarse de ella.

-He estado trabajando en tu ordenador, mirando lo que estás escribiendo y corrigiendo tus faltas.

-¡Fuera de esta casa asquerosa embustera! ¿Qué estás tramando ahora?.

La niña enfureció y empezó a correr por toda

la casa como una loca, se subía por las paredes, cruzaba el techo y volvía a bajar, sus gritos eran tremendos y agudos.

Claire lo sentía más por Marie, prefería que no hubiera ido a vivir allí. La niña seguía subiendo y bajando por las paredes. Claire le gritó.

-¡Baja de ahí niña tonta! ¡Eres despreciable!  
¡Estás ridícula y fea!.

La niña se dio cuenta que estaba perdiendo fuerza, Claire no le temía y estaba burlándose de ella. Bajó con la cara oscurecida, los ojos blancucios y la mirada hundida. La niña se iba transformando en un esqueleto vestido. Claire sintió pena de ese espíritu perdido, tenía una razón de vivir en esa casa, ella la estaba encontrando.

Hacía más de una hora que Marie había salido hacia la gran mansión para pedir ayuda, nadie había ido. Su preocupación aumentó, no sabía si llamar por teléfono a Arthur para preguntarle o esperar. En ese instante el teléfono sonó.

-¡Diga! Dijo Claire con voz intranquila.

-Claire, soy Marie- se oyó la voz de la joven tranquila y serena.

-¿Dónde estás?- preguntó Claire.

-En casa de Arthur, esta noche me quedo aquí. Me ha aconsejado que no vuelva ahí, le ha dado órdenes a su servicio para que preparen un dormitorio para mí, ¿Cómo está usted? ¿Se ha tranquilizado de la tormenta?.

-Escúchame Marie ¿Le has dicho a Arthur lo de las cucarachas?.

-Sí, cuando llegué y pude hablar con él, no le dio importancia, dijo que ya se irían. Esta noche me quedo aquí, mañana hablaremos de todo esto.

Estas fueron las últimas palabras de Marie. Arthur estaba junto a ella, cogió el teléfono y dijo con voz suave.

-Buenas noches Claire, no tema por Marie, está en buenas manos.

-Arthur, dígame a Marie que se ponga, tengo algo más que decirle- dijo Claire algo decepcionada.

-No está, se ha ido a su dormitorio- dijo él firmemente.

-¿Qué quiere decir con eso? ¿Ella tiene un dormitorio ahí?.

-Claire, no se ponga nerviosa y tranquilícese, el sábado próximo doy un fiesta, está usted invitada, espero que venga, también puede traer un acompañante- dijo Arthur con voz tranquila y seductora.

-Está bien, procuraré estar. Seguidamente colgó.

En el monte dónde se alzaba la gran mansión, se veía todo negro, la luz se había cortado en todo ese lugar, las dos casas se quedaron a oscuras. Claire se estaba alumbrando con la llama que daba la chimenea, luna estaba sentada en su regazo.

-Tenemos que ser valientes- dijo Claire a luna- Pronto volverá la luz.

Dejó a luna sobre el sillón, Fue a poner más leña. En un lateral de la chimenea habían troncos secos, puso dos sobre la llama que ardía, la noche era fría, la tormenta había cesado pero dejó ramas tronchadas de árboles en el suelo y muchas hojas que el viento se las llevaba.

Las cucarachas seguían en las escaleras, Claire

no podía subir a su dormitorio, era tarde y tenía que irse a dormir. Ella quería acabar con todos esos insectos que de solo verlos repugnaban. Le vino una idea, se aproximó a la chimenea, cogió un troco fino que ardía con una llama, se dirigió a las escaleras, puso la llama del tronco sobre las cucarachas, esos insectos se rebotaban, saltaban unos con otros, todas a la vez buscaban las rendijas de las escaleras para introducirse dentro, las que pudieron entrar se salvaron, pero las otras que eran más, se quemaron, parecían carboncillos retorcidos. Claire barrió las escaleras de arriba abajo, las dejó limpias.

La casa estaba rodeada de gatos, los animales después de la tormenta querían entrar en la casa, el viento que hacía era fuerte, las ramas de los árboles azotaban los cristales, crujían como para romperse. Desde dentro se oían los grandes maullidos que los gatos deban. De pronto escuchó el motor de un coche, las luces iluminaban la entrada de la casa, se acercó a una de las ventanas para ver qué sucedía, la voz que oyó era conocida, su cuerpo saltó de alegría, se dirigió a la puerta y la abrió, su ansiedad había desaparecido.

## CAPITULO- 12 –

Gilbert salía del coche, cerró la puerta con llave, Claire lo estaba esperando con los brazos abiertos. Los dos se abrazaron y se besaron cómo si hiciera mucho tiempo que no se habían visto. Era la primera vez que se habían separado, habían pasado días y para ellos parecía que fuera un eternidad. Los dos seguían besándose apasionadamente.

Luna con lo pequeñita que era se puso a ladrar a Gilbert, estaba defendiendo a su dueña de un intruso que se había colado en la casa.

-¿Qué bolita blanca es esta?- preguntó Gilbert acariciándola.

-Es luna, te hable de ella ¿Lo recuerdas?.

-Sí, no me la imaginaba tan pequeña- dijo él.

-Tiene dos meses y medio, pero no va a crecer mucho, es una raza pequeña.

-No hay luz en todo el pueblo- dijo Gilbert- Aquí en casa tampoco, tiene que haber velas y cerillas en la repisa de la chimenea. Voy a tantear para encontrarlas.



Gilbert rápido encontró lo que buscaba, encendió una vela y la dejó sobre la mesa, al fin había un poco más de luz más.

-Tengo muchas cosas que contarte- dijo Claire.

-¿Te han asustado los gatos?- se adelantó Gilbert a preguntarle- En la puerta del garaje habían muchos.

-Era para cogerles miedo, estaban enfurecidos, querían entrar en casa, la tormenta ha sido horrible, también tú hubieras temido de que entraran.

-¿No estás exagerando?- dijo él mientras besaba sus labios.

-¿Para cuantos días vienes?- preguntó ella.

-Para dos, no he podido obtener más, es un cambio que he hecho con un compañero para estar contigo.

-Tienes que meter el coche en el garaje, no puede quedarse fuera.

Gilbert salió de la casa y entró en su coche para conducirlo dentro del garaje. Hacía cinco

minutos que había salido. Claire oyó que gritaba diciendo.

-¡Malditos gatos!.

Claire salió y vio que daba patadas por debajo del coche de ella, se habían amontonado muchos gatos, se resistían a salir del garaje. Gilbert metió la mano para sacarlos, los gatos lo arañaron y le dejaron las manos ensangrentadas. Sin luz no se podía hacer gran cosa. Claire no quería que siguiera.

-Cariño, sal de ahí, los gatos te van a destrozar.

Gilbert dejó el asunto como estaba, tenía que desinfestarse las heridas, se podían infectar.

Dentro de casa.

-¡Mira las manos que me han dejado los gatos!- dijo Gilbert mostrándoselas a Claire.

-Lávate bien en el grifo de la cocina, arriba sin luz no podemos subir.

Al poco tiempo Gilbert salía de la cocina.

-Bueno, he lavado bien las manos, ya están desinfestadas.

-¡Al fin la luz!- exclamó Claire con alegría.

-Sí al fin, ahora me doy cuenta lo mal que debieron pasar nuestros abuelos- dijo Gilbert.

-Cariño, tengo que decirte algo- dijo Claire.

-¿Qué es?.

-Hoy ha venido una joven para vivir aquí, esta es su maleta, no le dio tiempo de subirla arriba. En realidad había también un chico, pero ocurrió algo y no se quiso quedar.

-No tienes necesidad de alquilar habitaciones a nadie- dijo él negándose.

-En realidad no la he alquilado, no hemos hablado de precio.

-¿No está aquí la joven?- preguntó Gilbert.

-Se fue huyendo al empezar la tormenta, buscaba ayuda y se dirigió a la gran mansión, el propietario es el señor Montsir. Salían cucarachas por las escaleras, había centenares.

-Mi amor, me estás contando una historia rara, rarísima, no sé por dónde cogerla ¿De qué cucarachas estás hablando?.

-No me ibas a creer si te lo cuento, incluso para mí es difícil de asimilar.

-Quiero saberlo todo- dijo Gilbert.

-No sé por dónde empezar, son muchas cosas.

-¿Hay algo que yo pueda arreglar- dijo él.

-No cariño, son los espíritus que mandan todo eso, y sobre todo la niña, es la peor de todos.

-Ya sabes que no creo en los espíritus, no es posible que ellos puedan mandar cucarachas, la casa tiene que estar infestada de todos esos bichos.

-Es posible lo que dices, pero lo que no puedes negar es, que veo a una niña con mucha maldad y ganas de hacer daño. Me ha tirado dos veces por el suelo, mira los dos morados que tengo.

-Te has caído- dijo Gilbert.

-No, me han tirado y me han arrastrado. Ahora es posible que la niña nos esté oyendo, pero me da igual, ya sé mucho sobre ella.

-Háblame de ese señor ¿Cómo dices que se llama?.

-Arthur Montsir, hoy lo he conocido.

-¿Ha venido a verte?- preguntó Gilbert con recelo.

-Sí, yo estaba fuera en el huerto, es correcto y galante pero esconde algo que no me gusta. Marie se ha quedado a dormir en su casa esta noche.

Gilbert se sorprendió.

-Amor, esta historia no la entiendo, parece un cuento chino que me estás contando.

-Es real, no hay nada inventado- dijo Claire.

-¿Qué edad tiene el señor Montsir?.

-Cariño, estás celoso?.

-Ya sabes que tengo celos de todo lo que te rodea, incluso de quién te mira.

Claire no le dio importancia.

-Cariño, mira la hora que es- dijo ella mostrando su reloj de pulsera.

-Las dos de la madrugada no es nada para ti, muchas noches te has ido a dormir a las cinco.

-¿En qué trabaja el señor Montsir?.

-Cariño, no lo sé, creo que en nada, es muy rico.

-No me gusta estar lejos de ti- dijo Gilbert.

-Su deseo no está en mí sino en otro lugar, yo no le gusto como mujer para él.

-Más le vale, puesto que mi mujer sólo es mía ¿En qué lugar dices que está el deseo de él?.

-Cariño, el tema es muy delicado, pero estoy segura que ha conseguido engañar a Marie, es muy inocente y, no conoce la maldad de los hombres, sobre todo él que es un viejo zorro- dijo Marie.

-Amor, me dejas de piedra ¿Estás segura que no está enamorado de Marie?.

-Totalmente segura. Aunque es un hombre atractivo, su manera de mirar da escalofrió.

-¿Crees que Marie está enamorada de él?.

-Mucho, aparte de verlo atractivo, piensa que a su lado se ha labrado una vida llena de comodidades y lo tendrá todo.

-¿Le has hablado a ella de él cómo lo estás haciendo conmigo?- preguntó Gilbert.

-Le he dicho algo, pero tan claro no, me expongo a mucho, está muy enamorada y se lo puede decir.

-¿Cómo sabes tanto sobre el señor Montsir?.

-Todo lo que sé, me lo ha contado el guardabosques- dijo Claire bajando la voz.

-¿Por qué bajas la voz?- preguntó Gilbert.

-No sabes nada de lo que aquí ocurre, ni de lo que está sucediendo en esta casa- dijo Claire mirando por todos lados esperando ver que algo se moviera.

-Amor, me estás asustando, tengo miedo por ti, por lo que te pueda suceder. Mañana vuelves conmigo a París.

-No cariño, voy a llevar toda esta trama hasta el final. Lo que el señor Montsir está haciendo, no tiene nombre ¿Sabes que ha traído un hechicero negro de África?.

-¡Uy...¡Uy...! Esto ya no me gusta nada ¿Para qué lo ha hecho venir?.

-Eso es lo que quiero descubrir y lo haré.

-¿Aunque pongas tu vida en peligro?- dijo Gilbert enfadado- No quiero oír más hablar de esta historia macabra ¿Cómo sabes lo del hechicero negro?.

-Anoche me miraba con un catalejo, me estaba

espiando para ver qué hacía, aunque era de noche pude ver que se trataba de un hombre negro, alto y fuerte.

Luna dormía plácidamente en un extremo del sofá, ajena a todo lo que se estaba hablando. Claire la miró con ternura, y señalándola dijo a Gilbert.

-Este pobrecito animal ha padecido ya lo suyo, se le engancharon a las patitas y al cuerpo, montones de cucarachas, estaba envuelta en ellas.

-Amor, lo tuyo es surrealismo puro. Sabes que puedes abandonar y no quieres ¿No me amas?.

-Más que a nadie y tú lo sabes, pero esta obra macabra hay que acabar con ella lo más pronto posible.

-¿Lo vas hacer tú sola sin ayuda de nadie?- dijo enfadado- Mira son las tres de la madrugada y quiero dormir un rato.

Claire estiró de la mano de Gilbert.

-Cariño, vamos a dormir, los dos necesitamos estar juntos y amarnos.



## CAPITULO -13 –

Marie había sido muy bien acogida en casa de Arthur, para él era un caramelo que vino solo para meterse en su boca.

El mayordomo, hombre alto y delgado de pelo canoso y bien peinado hacia atrás, y de mirada fría. Fue anunciar a Arthur la visita de Marie. Él no se hizo esperar y se presentó en el salón en un instante. Ella estaba asustada y temblorosa por el suceso de las cucarachas. Para ella era la primera vez que entraba en una casa tan lujosa. El tapizado de las paredes y el techo era dorado, el suelo no podía verse porque estaba tapizado color nácar. Cuadros de mucho valor adornaban el salón y muebles de época hacía resaltar un salón de reyes.

Marie estaba estudiando arte, miraba todas aquellas obras auténticas pintadas en óleo, estaba leyendo la filma cuando de pronto, la voz de Arthur la sacó de lo que hacía.

-¡Buenas noches mi encantadora Marie!- dijo con una gran sonrisa.

Vestía como de costumbre, con traje negro hecho a medida, camisa también negra, zapatos negros de charol brillantes.

-Marie, perdóname que no me haya puesto corbata para recibirte cómo tú te mereces- dijo con voz tierna y amable.

-No importa, eso es lo de menos, estoy aquí porque necesitamos ayuda rápidamente- dijo tratando poner sus cabellos mojados en orden.

Arthur mantenía una sonrisa de oreja a oreja.

-Esta noche te quedas a dormir aquí, con esa tormenta infernal que hay, no se puede salir de casa- dijo Arthur al mismo tiempo que estiraba de un cordón grueso y dorado para llamar a su servicio.

Se presentó una sirvienta vestida de riguroso negro, de aproximadamente cincuenta años, pelo canoso, ojos oscuros y hundidos. Se quedó a un metro de Arthur, no lo miraba de frente, esperaba recibir una orden de él.

-Gertrudis, prepara una habitación de invitados, esta noche la señorita Marie se queda a dormir- dijo con voz potente y seca.

-Sí señor, inmediatamente- respondió la sirvienta con voz recia.

Arthur se había sentado junto a Marie en un sofá de tres asientos estilo Luis XVI. La rodilla de él rozaba con la de ella, se había dado cuenta que él le gustaba, cogió la mano de Marie, y preguntó en tono delicado.

-¿Has cenado?.

-Sí, estoy preocupada por Claire, se ha quedado sola con las cucarachas, son grandes y muchas.

-Ella es una mujer fuerte, hoy la he observado, suele salir de todas ¿La has oído al teléfono lo fuerte y entera que estaba? Ella no hubiese venido a pedir auxilio aquí.

De repente la luz se fue.

La puerta del salón se abrió, era otra sirvienta, llevaba en su mano derecha un candelabro de plata con cuatro velas gruesas encendidas, lo dejó sobre la mesa del mismo estilo del sofá.

Marie se fijó en el aspecto de esta sirvienta, seguro que pasaba de los sesenta años, de rostro largo y dos arrugas en la comisura de la boca.

Se quedaron solos.

-Es necesario que me conozcas bien, es por esa razón que quiero te quedes a vivir aquí- dijo Arthur sin parar de mirarla.

-Estoy de acuerdo contigo, mañana voy a casa de Claire a coger mi maleta y otras cosas mías.

-No es necesario, aquí hay vestidos y zapatos que son de tu medida, todo lo puedes utilizar- dijo él acariciando el rostro de ella con suavidad.

-Mis padres tienen que estar al corriente de todo esto tan bonito que me está pasando.

-Les mandaremos una invitación para el sábado próximo. No te preocupes por nada, todo estará bien hecho.

-Nunca pensaba que tanta alegría me iba a pasar a mí, estoy llena de felicidad- dijo ella con los ojos iluminados.

-Mi adorable Marie, quiero que nos casemos, mi amor por ti es grande, a mi lado tendrás todo lo que me pidas, joyas, vestidos, todo. Porque tú eres mi verdadero amor.

Marie pensaba que su vida era un sueño en el que no quería despertar. Estaba tímida de escuchar las palabras de Arthur, nadie le había hablado de ese modo como él lo hacía con tanto cariño y amor.

-Querida, no tienes que sentir pudor cuando hablemos de amor, es lo más bello que puede haber entre dos personas que se quieren.

-Siento vergüenza por lo que me dices, nunca he tenido novio, tú eres el primer hombre que va a ocupar mi corazón.

-Querida, lo sé, si no fuera de ese modo, no te pediría que te cases conmigo.

-¿Es cierto que estuviste casado y que tu esposa y tu hija murieron en accidente de coche?- preguntó Marie con inocencia.

El rostro de Arthur cambió, soltó la mano de ella, la miró a los ojos con desprecio. Marie no supo ver este cambio tan brusco en él, y siguió hablando. Él trató sonreír para no levantar sospecha, quería casarse con ella lo más pronto posible.

-Querida, has hecho bien de preguntarme por mi pasado, yo no puedo hacer lo mismo contigo. Sólo

quiero saber si eres virgen.

Marie volvió a sonrojarse.

-Por supuesto que lo soy- dijo tímidamente.

-Esto me tranquiliza más- dijo él.

En esos instantes ella recordó las palabras de Claire al decirle que un hombre si quiere a una mujer, le da igual que sea virgen o no.

-Si no lo fuera ¿Te casarías conmigo?- preguntó Marie.

-Querida, claro que sí. Eres igual que ella, cabello dorado, ojos azules, boca grande y labios carnosos. La medida de pecho y de cintura igual, también de estatura, parecéis gemelas.

Marie no sabía de quién estaba hablando.

-No entiendo lo que dices- dijo ella.

-Querida, no importa, sólo te pido que me ames.

Marie se acercó a él con intención de besarlo. Arthur hizo un gesto y se desvió de la boca de ella, se puso en pie y dio unos pasos, fue hasta el balcón

para mirar si aún llovía. Marie lo observaba sin entender nada. Lo veía de pie, se recreaba en la silueta atractiva de él.

-Cuando nos casemos quiero que sea por la iglesia- dijo Marie- Tu vida pasada no me interesa, sólo quiero estar a tu lado y amarte.

-Querida, me doy cuenta que eres romántica, casarse por la iglesia representa eso, es parte de la elegancia pero, perdona que te contradiga, nuestro matrimonio será por lo civil.

-¿Por qué razón?- preguntó desolada.

-Mi primer matrimonio fue por la iglesia, el segundo no quiero que lo sea.

-Estás viudo, se puede hacer- dijo ella muy contrariada.

-Querida, necesitas descansar, voy a llamar para que te acompañen a tu aposento.

Se dirigió al cordón dorado e hizo una llamada. A los cinco minutos la puerta del salón se abrió y apareció la criada que llevó el candelabro. En ese instante la luz se dio, el salón quedó iluminado. Marie hizo un gesto de alegría.

Arthur se acercó a la vieja sirvienta, le habló algo por lo bajo. Marie los observaba, estaba muerta de cansancio pero sonreía.

-Querida, sigue a Berta, ella es la que se va a ocupar de ti. Te deseo que pases una feliz noche, mañana nos veremos en el desayuno- dijo él cogiendo la mano derecha de ella y besándola.

-Gracias Arthur, mañana te contaré lo que he soñado- dijo Marie contenta y sonriente.

La sirvienta cruzó el ancho y largo vestíbulo iluminado de falsas antorchas que embellecían las paredes tapizadas color marfil. Subió las anchas escaleras de mármol rosado, la seguía Marie no daba crédito a tanto lujo que se iba encontrando. Al llegar al primer piso, había dos pasillos largos que se cerraban y quedaba en redondo. La sirvienta fue por el pasillo de la izquierda. Marie la seguía distraída, miraba la riqueza de esa casa, nunca había visto nada igual.

Berta se paró en una de las puertas, cogió el pomo y abrió, ella esperó a que Marie llegara, seguía admirando cada detalle.



Marie se quedó delante de la puerta del dormitorio, sabía que la iba a sorprender el lujo que había dentro.

-Señorita, entre por favor, son las dos de la madrugada y tiene que descansar- dijo Berta.

Marie obedeció y entró. Se quedó de pie mirando el lujo y confort que había en el dormitorio, estaba hecho para reyes. Ella creía que estaba en otro mundo y que estaba viviendo algo que no era real.

Berta cerró la puerta y se quedó dentro con Marie. Se dirigió a la puerta del cuarto de baño, la abrió y dio al interruptor de la luz. Empezó a preparar la bañera para que se llenara, echó sales perfumadas, cuando estuvo en el nivel para el baño, fue a por Marie que aún seguía descubriendo detalles en el dormitorio.

-Señorita, el baño está preparado- dijo Berta.

-¿Para quién es?- preguntó sorprendida.

-Para usted.

-Yo no quiero bañarme ahora- dijo Marie muy precisa.

-Lo siento, pero lo tendrá que hacer señorita.

-¡Le digo que no insista, no quiero bañarme ahora! Tengo un sueño que me caigo.

-Yo solo cumplo las órdenes que me dan.

-¡Quiero hablar con Arthur rápidamente!- dijo Marie bastante nerviosa.

-El señor está durmiendo, no se le puede despertar, se enfadaría mucho- dijo Berta.

-Yo si puedo, pronto nos vamos a casar.

-Señorita, hágame caso, quítese la ropa que lleva puesta y me la da.

-¿Qué está sucediendo?- gritó Marie con desespero, mientras que intentaba abrir la puerta del dormitorio para salir.

-Señorita, la puerta está cerrada, no puede salir- dijo Berta mientras que sacaba de uno de los armarios un vestido con aire juvenil.

Marie miraba por dónde iba a salir, quería irse de la gran mansión, se dirigió al balcón y lo abrió, se agarró a la baranda de granito para pedir auxilio, con la oscuridad de la noche y la lluvia pequeña que

aún estaba cayendo, no se veía nada. Un aire fino y frío le vino de repente, se quedó casi sin respiración y le dejó la garganta seca. En ese instante escuchó un grito desgarrador, no podía distinguir si era de mujer o de niña. El terror se apoderó de ella, el miedo iba aumentando cada vez más, quería gritar pero no podía, sólo salía vaho de su boca por el frío que hacía fuera. Los perros se alarmaron al oírse el grito, ladraban sin parar como locos. Marie seguía de pie con los pelos alborotados por el viento que hacía. Pasó por delante de ella la figura de una mujer que volaba, sintió un miedo espantoso, su cuerpo y su mente no los podía dominar.

-¡Quiero irme de aquí! ¡Que alguien me ayude!- gritaba desesperada.

Los ojos los tenía desencajados, las lágrimas le caían por las mejillas, no podía controlarse, por la boca le salía espuma, su nerviosismo era tanto que gritaba sin saber lo que hacía.

-¡Que alguien venga en mi ayuda!- seguía gritando.

En ese instante sintió que la cogían del brazo. El histerismo superó todas sus fuerzas, se dio la vuelta

Y gritó de terror mirando a Berta que era la que la estaba sujetando.

-Señorita, cállese y deje la locura para otra ocasión, aquí nadie la puede oír.

Los perros no cesaban de ladrar y de dar grandes aullidos.

Marie lloraba desconsoladamente. Berta la miraba, era fea y vieja con la cara arrugada. Ella trataba sacarla del balcón de la manera que fuera.

-¡No me toqué! ¡Me está haciendo daño!- dijo Marie gritando.

-Señorita, va a despertar al señor, créame que se va a enfadar mucho. Necesita un baño de agua caliente para que se tranquilice, venga conmigo.

-¿Ha oído ese grito desgarrador?- dijo Marie- Esta es la segunda vez que se oye.

-Señorita, recuerde que estamos en medio del bosque, por la noche se escuchas gritos y lamentos de los animales.

-¡Esos gritos no son de un animal!- dijo Marie mirándola de frente.

-Hágame caso y venga al baño, son las tres de la madrugada, yo también tengo que descansar.

-¡No quiero bañarme! ¡Ni tampoco quedarme aquí a dormir! ¡Usted me pone enferma!.

-Lo siento, yo solo cumplo órdenes señorita.

-¿Para quién es esa ropa interior y el vestido que ha sacado del armario?- preguntó Marie.

Berta no respondió a la pregunta.

-Señorita, son más de las tres de la madrugada y aún se tiene que bañar.

-¿De quien es este camisón blanco?- dijo Marie gritando, lo cogió de un puñado y lo tiró al suelo.

-Señorita, esto que acaba de hacer, al señor no le va a gustar.

-¡Me tiene sin cuidado que le guste o no! ¡Es más, quiero que se despierte y venga aquí y me dé una explicación de lo que está pasando!.

-Es mejor que el señor no vea esta noche por el bien de usted.

-¿Quiere decir que Arthur es violento?- dijo Marie acercándose al rostro de Berta.

-Señorita, está luchando contra una fuerza desconocida. Si es usted inteligente, puede vivir aquí sin que haga preguntas.

-Está usted al corriente de todo ¿No es cierto?.

-Aquí las preguntas no se responden, si su vida vale para usted, déjese llevar y viva rodeada de riquezas, es un consejo que le doy.

-Berta, usted sabe toda la vida de Arthur, por lo que se ve hace muchos años que trabaja para él y le tiene miedo ¿Por qué razón?.

-Yo no sé nada acerca del señor, solo cumplo órdenes.

-¿Cómo era la esposa de Arthur?.

-Le ruego que no siga preguntando, no voy a responderle.

-Le tiene miedo ¿Verdad?- dijo Marie habiendo acertado.

-El señor es todo un caballero- dijo Berta recogiendo el camisón del suelo para ponerlo sobre la cama.

-¿Era hermosa la señora Montsir?.

-Por supuesto- respondió Berta a media voz.

-¿Se parecía a mí?.

-En el carácter por supuesto que no.

De pronto se abrió una puerta que había en una de las paredes del dormitorio pero no se veía, estaba bien disimulada. Apareció Arthur vestido igual que Marie lo dejó. Tenía el semblante serio la mirada mezquina. Marie no esperaba que en la pared hubiese una puerta y gritó alarmada.

-¡Aaaahhhh!.

-Querida, eres desagradable y poco disciplinada. La futura señora Montsir tiene que obedecer las órdenes que se le impone y respetar el protocolo de esta casa, no se puede gritar cómo una arrabalera- dijo Arthur con voz ronca.

Marie rompió en sollozos.

-¡Arthur, me has ofendido e insultado! Yo quiero ser una chica normal, ahora me doy cuenta que las riquezas no me importan, quiero casarme con un trabajador como yo. Mi felicidad está ahí, junto a los míos.

Arthur cambió de gesto y de palabras, su tono de voz era suave. No podía dejarla escapar, era la mujer perfecta para su logro. Marie sólo tenía veintidós años y sin ninguna historia que contar, su experiencia de la vida era nula.

-Querida, todo esto que hago es por tu bien, pronto te presentaré en sociedad cómo la futura señora Montsir.

Berta seguía de pie escuchando la conversación con la mirada baja. Entró en el cuarto de baño, a los dos minutos salió y dijo.

-Señor el agua de la bañera se ha enfriado ¿La vacío y pongo otra caliente?.

-Por supuesto, la señorita tiene que tomar su baño para que duerma mejor.

Marie era rebelde por naturaleza, no quería someterse a las obligaciones que Arthur le imponía.

-Me estás tratando como a una niña- dijo Marie- Soy yo quién tengo que decidir lo que quiero o no, ese baño no lo voy a tomar.

El rostro de Arthur se transformó en cólera. Su mirada era perversa, tanto fue que Marie



retrocedió unos pasos y temió por su vida.

-Querida, ya es tarde para retroceder, no me contraríes más, si lo haces, haré que te vuelvas loca. Te encerraré en un manicomio, tengo poder para hacerlo.

Marie estaba llena de terror, se dio cuenta que no podía hacer nada, ella sola se había metido en la ratonera. En esos instantes pensaba en Claire, daría todo por estar en su casa con ella y también Pierre, deseaba con todas sus fuerzas estar a su lado y reírse de las historitas que él le contaba.

Se oía el agua caer dentro de la bañera.

Marie se había sentado en uno de los sillones lujosos del dormitorio, lloraba por lo bajo con el rostro cubierto con sus manos.

Arthur la observaba con desprecio. Se acercó a ella, le dijo con sequedad.

-Querida estás ridícula, no te pareces en nada a la Señora Montsir. Ella tenía porte, elegancia, porque era una señora con clase.

-¡Arthur por favor, quiero irme de aquí!- decía llorando- ¡Necesito ver a mis padres!.

-Claro que si querida, los vas a ver y hablar con ellos. Mañana te pondrás al teléfono, les dirá lo que yo haya escrito en una hija de papel ¿Me has entendido ahora? Si no lo haces, ellos corren peligro.

Marie se rebotó

-¡Yo no quiero casarme contigo! ¡Cuando hable con mis padres les voy a decir toda la verdad!.

-¿Estás segura de lo que dices? ¿No los quieres?.

-¡Arthur, me has engañado! ¡No me amas!.

-Por supuesto que no ¿Quién crees que eres? Yo sólo he amado y seguiré amando a mi esposa hasta el final de mis días.

-Señor, el baño está preparado.

Marie observaba con recelo a Arthur y su actitud. Él simplemente la miraba, se iba a enfadar mucho si no hacía su voluntad.

-Señorita, entre al baño por favor- dijo Berta.

Marie se levantó del sillón sin prisa, fue a paso lento y entró en el cuarto de baño, Berta la estaba esperando para quitarle la ropa.

-¡No me toque!- gritó Marie.

-Señorita, tengo que ayuda a lavarla y cuando esté bañada, vestirla para dormir.

-¡Qué está pasando aquí!- gritó.

Arthur oyó cuando entró en la bañera. Metió la mano en el bolsillo de su smoking negro y sacó una llave, la introdujo en la cerradura de la puerta principal del dormitorio, abrió y salió cerrando la puerta. Bajó las escaleras y entró por otra puerta escondida que había en el gran salón y detrás de las escaleras. Había otras escaleras en forma de caracol, las bajó. Era un estudio bastante grande para trabajar las esculturas, en el fondo había un hombre de raza negra, estaba de espaldas sentado en un taburete. Delante de él había una figura de mujer que estaba trabajando con arcilla. A su derecha había una foto en grande de una bella mujer, su parecido físico era muy parecido al de Marie.

-Lumba, ¿Queda mucho para terminarla?- dijo Arthur mirando la figura de cerca- Necesito que esté pronto. De día también puedes trabajar.

## CAPITULO- 14 –

A Lumba no le gustaba que Arthur le diera órdenes, él era dueño de lo que hacía, se dio la vuelta y dijo.

-De día no puedo trabajar, la naturaleza vigila cada palabra que se dice y cada gesto que se hace, por la noche duerme a excepto del señor de las tinieblas que manda en la oscuridad.

-¿Podrías hacer que se mueva y ande mi bella esposa?- preguntó Arthur.

-El señor de la oscuridad para todo pide un precio, eso ya lo hablamos antes- dijo Lumba.

-Sí, y estoy de acuerdo. Tengo ya reservada una joven virgen para él, es muy parecida a mi esposa.

-El señor de la oscuridad, exige auténticas vírgenes ¿Está seguro que esa joven lo es?.

-Sólo con mirarla, se sabe que si, también ella me lo ha confirmado, me ha dicho la verdad porque cree que me voy a casar con ella.

-Espero que no te equivoques, el señor de la

Oscuridad te lo hará pagar caro si no es cierto.

-¿Lo has visto? ¿sabes cómo es?.

-¿Realmente lo quiere saber?.

-Me gustaría saberlo- dijo Arthur.

Lumba dejó de trabajar la figura de Elene. Miró a su alrededor observando que alguno de los obreros del señor de las tinieblas lo estuviera vigilando.

Arthur lo seguía con la mirada, se daba cuenta que la inquietud lo perseguía y también la confusión. Quiso rectificar lo que había pedido pero se dio cuenta que ya era tarde al ver que Lumba se puso de pie y avanzó unos pasos hacia él.

-El señor de la oscuridad coge muchas formas, se puede aparecer vestido de negro con apariencia de un señor, adopta esa forma de hombre educado para que nos fiemos de él.

Arthur se quedó parado y preguntó.

-¿Puedo yo parecerme a él?.

-También tú tienes semejanza con su naturaleza.

-¿Qué más formas coge?- preguntó Arthur.

-Puede presentarse como un mendigo pidiendo limosna. A la persona que se acerca absuelve su energía y la deja sin fuerzas. Otra de las formas es la peor y la que yo conozco, no puedo decirlo por el miedo que siento al recordarlo y porque me pueden oír sus vigilantes.

Arthur estaba endiabladamente emocionado escuchando el relato del hechicero. Se quedó sorprendido al dejar de hablar y volver al trabajo que estaba haciendo con la figura de Elene.

-Lumba, quiero oír más- dijo Arthur.

Él lo miraba pensativo, también los negros se ponen blancos cuando hay algo que los atemoriza. Arthur no entendía su reacción, venía de África vivía con hechiceros y había aprendido de ellos todos los poderes que sabía.

Lumba se puso otra vez de pie, y frente a Arthur le preguntó.

-¿En verdad quiere saberlo?.

-Sí.

-Amigo mío, esto es largo de contar pero voy

hacer que sea más corto. Cuando yo era niño, me gustaba andar por la selva buscando serpientes. Les cortaba la cabeza con un machete que llevaba. La cabeza la dejaba tirada maleza y me llevaba el cuerpo colgando en mi cuello. Las vendía a los traficantes de pieles. Había un brujo anciano, hacía tiempo que me iba observando, un día salió a mi encuentro. Me causó miedo por el aspecto que tenía, pelo blanco y largo, sólo llevaba de atuendo un tapa rabos. El entorno de los ojos los había pintado en color rojo, la dentadura la tenía perfecta, y el cuerpo de un hombre de treinta años, estoy seguro que tenía más de cien. Yo lo miraba embelesado y le pregunté.

-¿Quiere esta serpiente?.

-No, te quiero a ti- respondió.

-¿Qué quiere de mí- pregunté.

-Hacer de ti un gran hechicero- dijo.

-¿Eso qué es?- pregunté con inocencia.

-ya lo verás, todo depende de ti si te gustan las riquezas, las mujeres guapas y vírgenes, todo lo que desees lo tendrás.

-¿Qué tengo que hacer?- pregunté entusiasmado.

-Ven a verme lo más pronto posible a la cueva que hay debajo de esa montaña, es mi residencia. De esto no digas nada a nadie.

-¿Por qué?- pregunté.

-Para que no se rompa el maleficio.

Tardé varios meses en ir a verlo, me daba miedo por lo que me pudiera encontrar. Un día estaba yo cerca de la cueva haciendo mi trabajo y salió a mi encuentro, la larga barba cubría su garganta, el pelo la mitad de su espalda.

-¿Todavía no te has decidido venir a verme?- me preguntó.

No sabía qué responderle, ya no me acordaba de lo que hablamos, me armé de valor y lo acompañé hasta la cueva, entramos. Yo estaba dispuesto a aprender lo que fuera para sacar a mi familia de la miseria. Dentro era lo más parecido a la cueva de un hechicero, con los manuales que ellos usan. Me dio un brebaje para beber y empecé a ver visiones raras y feas, esa droga me duró un



Rato, no recuerdo el tiempo. Al despertarme no sabía cómo había entrado, perdí la memoria del pasado.

Arthur intervino diciendo.

-Déjate la época de la niñez y dime qué fue lo que te enseñó el brujo.

-Te estoy contando al volver en sí. Ya no era el mismo de antes, alguien me había trabajado la mente, me sentía igual que un dios, creía que era dios. Al poco tiempo empecé a crecer con rapidez, tenía una gran fuerza física y mucha musculatura. Yo tenía catorce años, las mujeres venían a mí para que yo las consolara de su tristeza y soledad. Aparte de hacerlo, yo exigía que fueran vírgenes, había un poder en mí que lo pedía. Las mujeres me colmaron de riquezas, ganaba en todos los premios de apuestas, llegué a recoger una gran fortuna.

Mi madre tuvo una larga y dolorosa enfermedad, murió reprochándome cosas que yo no había hecho bien. Me decía que yo era el responsable de su enfermedad extraña, los médicos no daban con lo que tenía, yo por mi parte no pude hacer nada para salvarla. Las desgracias fueron llegando a mí

familia hasta que murieron todos de dolorosas enfermedades, me quedé sólo. Este precio tuvieron que pagar mi familia por mi culpa.

Llamé al señor de la oscuridad para que parara todo aquél sufrimiento. Vino, era horrible sin piernas, con el tronco del cuerpo feo y grueso, brazos y manos grandes, físico barbudo y greñado cómo el que nunca se lava. Le supliqué que no siguiera haciendo más daño. Me dijo que dejaría de hacerlo si cada noche le llevaba un cuenco de sangre para que él la bebiera. Yo iba buscando un perro para matarlo y llevarle lo que me pedía. En África había muchos perros en la calle, cogí uno y le saqué la sangre, la llevé a la cueva que yo compartía con mi maestro el hechicero. Iba de madrugada, la bebía y me pedía más. Llegó un tiempo que me dijo que no quería más sangre de animales y me pidió de jóvenes vírgenes. Yo no podía hacerlo, no le dije nada y maté otro perro cortándole la yugular con mi cuchillo de hechicero. Por la noche llegó vestido de riguroso negro, parecía un señor amable y educado. Empezó a beber la sangre, cuando iba por la mitad se dio cuenta que no era la de una joven virgen. Se enfureció mucho, daba aullidos aterradores, hacía

unas transformaciones horribles. Yo fui a cobijarme a un rincón de la cueva, temblaba de miedo. Cuando hablaba le saltaba las babas salpicando todo lo que había cerca de él. Esa noche me armé de valor y le hablé, me negaba a seguir siendo su esclavo, estaba haciendo de mí un asesino, prefería estar muerto antes que ser una gamuza en sus manos. Hice un pacto con él, le entregaba todas las riquezas que me había dado a cambio que me dejara ir y salir de ese tormento.

Arthur estaba perplejo por toda esa historia que le había contado Lumba.

-Contacté contigo porque me aseguraron que eras uno de los hechiceros mejores de las Antillas de san Martín. ¿Has perdido tus poderes al desconectar del señor de la oscuridad?- dijo Arthur.

-Los poderes los sigo utilizando al igual que antes, pero no puedo exigir una gran cantidad de dinero. Me llamaste y aquí estoy.

-¿Para qué pide ahora una virgen el señor de la oscuridad?- preguntó Arthur.

-No lo sé, cuando se la entreguemos lo sabremos.

Arthur miró la hora en su reloj de oro, marcaba las seis de la mañana. Subió las escaleras de caracol para ir al dormitorio de Marie. En su mente llevaba si ella era realmente virgen, después de lo que había oído decir Lumba, su mente se trastornó. Encontró a Marie en el balcón con el camisón que Berta puso sobre la cama, estaba descalza, y cogida a la baranda de granito, su cuerpo se balanceaba de un lado a otro cómo si no lo sintiera. Arthur llegó por la espalda, le habló suave para que no se alterara.

-Querida, vamos dentro, aquí hace frío y podrías enfermarse.

Marie no replicó. Todo le daba igual, prefería morir antes que sufrir en la gran mansión el terror por el que estaba pasando. Una vez dentro, ella se sentó en uno de los sillones sin hacer aprecio a su secuestrador.

Arthur se fijó en la cama, había señales de que ella se había acostado, entró en el cuarto de baño, todo estaba en orden, aun había aroma a flores de los

minerales que Berta había echado en el agua. Volvió al dormitorio y apretó el botón de llamada, a los cinco minutos apareció Berta con los ojos casi cerrados por el sueño.

-Berta ¿A qué hora te has ido del dormitorio de la señorita?- preguntó Arthur.

-Señor, eran las cinco, me caía de sueño.

-¿Dejaste a la señorita durmiendo?.

-No señor, pero estaba acostada- respondió Berta con los ojos que se les cerraban.

-Tenías que haberte quedado con ella.

-Señor, pensé que no era necesario.

-¿Desde cuándo piensas tú en esta casa?- dijo Arthur mal humorado.

-Señor, soy vieja y torpe, pido que me perdone. Nunca más volverá a suceder.

-Está bien, por esta vez te perdono, pero si vuelve a suceder que no haces lo que te mando, te castigo, te encierro en una habitación en el sótano.

-Señor, lo he entendido, gracias por perdonarme.

-Quiero que en una hora estés aquí con Gertrudis, bañadas y con otro uniforme.

-Sí, señor.

Marie estaba aterrorizada, sentía un miedo incontrolable. Miraba a Arthur de reojo, no se atrevía a decir nada. Ya no era el hombre educado y galante de antes, ella trataba no cometer ningún error, estaba segura que también sería castigada severamente por él.

-Querida, no me tengas miedo, dentro de poco vas a ser la señora Montsir ¿No era eso lo que querías?.

Marie no respondió, pensó que era lo mejor.

-¡Querida, quiero que me respondas cuando te hablo! ¿Por qué permaneces callada?.

-Me dan pena esas dos mujeres- dijo sin levantar la voz.

-Son nuestras criadas, tuya y mía. Gertrudis es el ama de llaves, hace veinte y cinco años que trabaja aquí. Berta es tu doncella, ella está para servirte en todo lo que le pidas.

-¿Es cierto que la castigarías si comete un fallo más?.

-Por supuesto que sí, ella sabe que habló en serio.

Marie no quería terminar como una de las criadas de Arthur, cambió de idea y sonrió disimulando. Se sentó delante del espejo, pellizcó sus mejillas para tener color, peinó su cabello con el cepillo blanco nacarado que había en la mesita de la coqueta. Arthur la observaba sorprendido por el cambio que había tenido en pocos minutos. Él se puso detrás de ella con las manos encima de sus hombros.

-Querida, estás radiante, tus ojos me hace recordar el cielo en un día de verano- dijo él posando su barbilla sobre la cabeza de ella.

Marie hizo un esfuerzo y cogió la mano de él.

-Me gusta tu galantería, sabes conquistar a una mujer- dijo ella mirándolo por el espejo y sonriéndole.

Por la puerta entraron Berta Y Gertrudis vestidas de riguroso negro, bien peinadas y aseadas cómo él

quería que fuera, después de revisarlas, se dirigió a Marie y dijo.

-Querida, no te extrañes por lo que voy a mandar que hagan Berta y Gertrudis. En ellas deposito toda mi confianza.

-¿De qué se trata?- preguntó Marie asustada.

-Es una prueba que para mí tiene mucha importancia, es necesario que la haga. Échate sobre la cama boca arriba y te abres de piernas.

-¿Para qué?- preguntó Marie con la voz quebrada.

-Quiero estar totalmente seguro que eres virgen, para mí es muy importante- dijo él.

Marie no insistió y fue a paso lento hacia la cama, hizo lo que Arthur le dijo. Él seguía de pie observando que el proceso funcionara. Marie aunque no lo hacía ver, estaba horrorizada. Cada una de las sirvientas le separó las rodillas y la abrieron totalmente de piernas. Arthur lo seguía todo en silencio, todo duró unos minutos. Gertrudis anunció.

-Señor, es virgen.



## CAPITULO- 15 –

El despertador radio anunció las nueve de la mañana. Claire seguía durmiendo plácidamente boca abajo. Gilbert hacía rato que estaba despierto. Se levantó y abrió los postigos de la puerta de la terraza, se quedó mirando el paisaje que había quedado después de una noche de tormenta. Ramas de árboles yacían tiradas en el suelo, había quedado un cielo limpio. Volvió a la cama y se acostó con cuidado para no despertar a Claire. Cogió la postura boca arriba y las manos cruzadas por detrás de la nuca. Miraba al techo pensando en la noche tan ajetreada y de pesadillas que Claire había tenido. Lo sacó de estos pensamientos luna con su lloro, trataba coger con su boca los cabellos de Claire para que se ocupara de ella. Gilbert la cogió y la subió a la cama, la dejó encima de su pecho para que jugara, luna seguía los juegos con sus ladridos hasta que Claire despertó.

-¿Qué hora es?- preguntó ella.

-Mi amor, las nueve y media ¿Qué tienes que hacer hoy aparte de escribir?- preguntó Gilbert besando los labios de ella.

Ella sonrió, tenía el rostro de Gilbert muy cerca de su boca, le gustaba la olor que desprendía a limpio, volvieron a besarse.

-¿Para qué quieres saber qué voy hacer hoy?.

-Quiero que salgamos a comer fuera- dijo él.

-Estoy de acuerdo ¿Pagas tú? - dijo ella siguiendo la broma.

-¿Qué te ha ocurrido esta noche? Me he quedado intranquilo. Gritabas diciendo - ¡No la toquéis dejadla en paz! ¡Marie, sal de esa casa!.

-¿Gritaba yo de esa manera?- preguntó Claire extrañada.

-Sí, entre sueños. Te levantaste dos veces fuiste hasta el balcón. Yo estaba detrás de ti por si te sucedía algo. ¿Qué te preocupa?.

-Creo que es la primera vez que me levanto dormida- dijo ella con pesar.

-El fin de semana próximo trabajo- dijo Gilbert-

Me quedaría más tranquilo si te vienes conmigo a Paris hoy.

-Aquí tengo muchos asuntos que resolver, aparte estoy escribiendo en el libro- dijo ella.

Claire se levantó de la cama, buscaba una de sus zapatillas, luna jugaba con ella, la mordisqueaba.

-¿Por qué no quieres que te ayude?- preguntó Gilbert algo contrariado.

-Cariño, no me puedes ayudar en nada, quiero que lo entiendas, el asunto de los espíritus lo llevo yo sola, tú no lo entiendes ni crees.

-Desde luego no entiendo nada de lo que nos está pasando. Cada uno vivimos en un lugar diferente.

-Cariño, es que no quiero darte problemas- dijo ella.

Claire entró en la cocina dispuesta hacer el desayuno, a la una del medio día irían a comer a un restaurante en FontaineBleau.

Gilbert se entretuvo en encender la chimenea.

-¿Crees que no te he contado la verdad de todo lo que me está pasando?- dijo Claire tomando el

Desayuno junto a Gilbert.

-Eso es lo que creo, me estás ocultado la mayor parte de lo que te está sucediendo. Soy tu marido y tengo derecho a saber qué te pasa.

-Cariño, te propongo que vengas a vivir aquí conmigo ¿Estás de acuerdo?- dijo ella.

-¡Me parece fatal la idea! ¡ Vivimos al lado de la estación, el trabajo lo tengo al lado de casa!.

-¿Por qué estás enfadado?.

-Porque me he pasado toda la noche despierto pendiente de ti, tengo miedo que te ocurra algo y yo no esté cerca.

-¿Realmente quieres saber qué me ha sucedido?.

-Exacto, tengo derecho a saberlo.

Esta madrugada cuando dormía o creía estarlo, oí que llamaban a los cristales con fuerza, yo estaba en trance. Recuerdo haber salido al balcón para ver quién era. Habían mujeres bastante desaliñadas, con los pelos alborotados. Gritaban desesperadas, eran espíritus que viven en la

oscuridad y me pedían luz para pasar al otro lado.

Gilbert escucha el relato de ella con bastante terror, no la dejó terminar y preguntó.

-¿Por qué no los vi yo? Estaba detrás de ti.

-Cariño, tú no tienes esa facultad, no los puedes ver ni oír.

-¿Esto que me estás contando lo viste esta madrugada en el balcón?.

-Esa es una parte pero hay más ¿Está preparado para escuchar lo que dijeron?.

-Adelante, no creo que sea peor de lo que he oído.

-Eran todos de mediana edad, hombres y mujeres, gritaban mirándome- ¡Venimos a buscar lo nuestro! ¡Nos lo prometiste! ¡La niña es la que quiere encargarse de ti! ¡Pero queremos nuestra parte!.

Gilbert tenía los ojos como platos, las orejas encendidas, las manos temblorosas, no pudo oír más y preguntó.

-¿Por qué dicen que quieren lo suyo?.

Claire lo miraba, luego dijo.

-Son trucos que ellos utilizan cuando están enfrentados entre sí.

-¿Las dos veces que saliste al balcón te dijeron todo eso?.

-Esta fue la primera vez, la segunda me prevenían del peligro que está corriendo Marie en la gran mansión.

-Yo estaba a tu lado, sólo veía el bosque, y los árboles, se oía algún animalillo chillar en la noche ¿Qué esperan ellos de ti?- dijo Gilbert.

-No me lo han confirmado, tanto ellos como la niña están viviendo en los bajos astrales, no se resignan a eso.

Gilbert miró su reloj de pulsera y exclamó.

-¡Amor ¡ son las doce y media! ¡ Tenemos que ducharnos y vestirnos!.

-Nos duchamos juntos- dijo ella.

La ducha fue rápida.

Cerraban la puerta. Claire vestía traje pantalón verde oscuro abotonado hasta dónde empieza el canalillo. Gilbert para ese día se puso un pantalón gris con un jersey blanco de sport.

Luna se quedó sentada en un sillón llorando. Claire volvió a por ella y la metió en el coche.

-Cariño, no la podemos dejar sola, tengo miedo que le pase algo. La niña está ya molestando, luna llora porque la ha visto- dijo Claire.

Gilbert mostró enfado.

-¡No hace veinticuatro horas que estoy aquí y sólo haces qué hablarme de los espíritus! ¡Sé que los ve y te hablan, también que hacen fechoría! ¡Este día quiero que lo pasemos tranquilos! ¿Podrá ser?.

-¡Está aterrado por todo lo que te he contado!.

-¿Quién yo aterrado? ¡No hagas me hagas reír!  
¡La perrita se va a quedar dentro de la casa, la tienes muy mimada!.

Claire se enojó.

-¡Se acabó! ¡No voy contigo a ningún sitio! ¡Vete sólo a comer!.

Gilbert rectificó.

-Amor, siento mucho lo que ha sucedido, tú sabes que yo no soy así, el miedo mío es que te suceda algo irreparable.

Claire lo miraba con ternura, posó su cabeza en el pecho de él y abrazada a su cintura dijo.

-Hacía mucho tiempo que no nos discutíamos de esta manera.

-De antes de casarnos- dijo Gilbert- ¿Te acuerdas de Germán?. Fui más listo que él, si me descuido, hoy estarías casada con él. ¿Recuerdas la que le lié porque estabais a punto de daros un beso?.

-Yo tenía los ojos puesto en ti, fui yo quién lo provocó para darte celos ¡ Pobre Germán ! Iba detrás de mí como un perrito faldero. Estaba segura que me casaría contigo, también tú eras otro perrito faldero. Ese tiempo lo recuerdo con mucho cariño.

-¡Amor que mal lo pasé! Veía a Germán como enemigo mío- dijo Gilbert recordando ese tiempo.

-Hace dos día, nuestra historia me lo hizo recordar Pierre- dijo Claire.



-¿Quién es Pierre?- preguntó Gilbert.

-Un joven que venía para quedarse con Marie a vivir en casa.

-¿En qué se parece a lo nuestro?.

-Pierre está muy enamorado de Marie pero ella no. Lo quiere igual que a un amigo. Él es tímido, no se atreve a declarar su amor a ella. A las mujeres nos gusta que el hombre nos seduzca y nos demuestre que nos quieren.

Claire advirtió tristeza en el rostro de Gilbert.

-¿Qué te ocurre- le preguntó algo inquieta.

-Las ideas me atormentan la mente, pienso mucho en ti y en lo que te ocurre. Prefiero que te vengas conmigo a París pero tú no quieres.

-El sábado próximo el señor Montsir da una fiesta, estoy invitada, le dije que iría- dijo Claire.

-¡No entiendo por qué vas a ir!- dijo él no gustándole la idea.

-No creas que me gusta asistir a esa fiesta, mayormente lo hago para ver a Marie. Tengo la intuición que no la voy a ver más.

-¿Por qué piensas eso?.

-Él señor Montsir es muy posesivo y engañoso, la cara que hace de buena persona y de caballero, todo es una máscara para que no se le reconozca, pero yo me he prometido a mí misma que lo voy a desenmascarar.

-Amor, estás entrando en terreno peligroso, es mejor que abandones ahora que estás a tiempo. Yo no puedo estar aquí para ayudarte- dijo él.

-Aunque quisieras no podrías, no entiendes la situación- dijo Claire.

Decidieron no salir, se había hecho tarde, Claire iba hacer algo rápido para comer, y en ese instante llamaron a la puerta, Gilbert abrió. Era un joven, tenía en sus manos una caja de metal, venía en motocicleta de un restaurante de FontaineBleau.

-Señores, aquí tienen la comida que han pedido- dijo el joven.

-No hemos pedido nada- dijo Gilbert.

-¿Es usted el señor Candrier?- preguntó el joven mostrando la factura con la dirección.

-Sí, ¿Quién ha pedido esta comida?.

Claire intervino.

-¿Qué ocurre?- preguntó.

-Alguien ha pedido comida para nosotros- dijo Gilbert.

-¿Cogen la comida o qué?- dijo el joven presentando la factura- son 120 francos, ¿Me pagan?.

-¡No hemos pedido ninguna comida!- recalcó Gilbert.

-Cariño, págale y que se lleve la comida, no la queremos- dijo Claire.

Gilbert sacó su cartera y pagó.

-Es la primera vez que me devuelven la comida- dijo el joven llevándose la caja de metal.

Gilbert miró a Claire sin entender. Consultó su reloj y dijo.

-Son las dos, aún podemos comer en un restaurante. Nos llevaremos a luna, de esa manera estarás más tranquila.

## CAPITULO- 16-

Después de estar en varios restaurantes y no poderse quedar por estar al completo, tomaron la opción de ir a uno que era de dos menús a elegir. El restaurante era mediocre, pero era lo único que había para comer. Cogieron asiento en una mesa, la dueña del local se acercó para preguntar qué iban a comer.

-¿Qué menú elegimos?-Preguntó Gilbert a Claire.

-El que tú elijas, lo dejo a tu elección.

-¿Cogemos las lentejas y el beef con patatas fritas?.

-Sí, me gusta, hace tiempo que no comemos lentejas- dijo ella.

La dueña se fue con el pedido hecho.

-Amor, no era a este lugar donde yo quería traerte, estoy realmente desolado- dijo Gilbert.

Por detrás del mostrador se escuchó al dueño que decía con voz áspera y gruesa.

-¡Fuera de aquí chucho!.

Claire se giró y vio a luna que había llegado hasta la mitad del local. Rápidamente se levantó y fue a por la perrita, la cogió en brazos. Gilbert se dio cuenta después.

-¡Señora, aquí no puede estar con ese animal!- dijo el dueño.

Gilbert se había puesto de pie y se acercó a la barra, estaba enfadado.

-¡No le hable en ese tono a mi esposa!- dijo.

-¡Se lo digo a usted!- dijo el dueño un poco chulo- ¡Salgan de aquí con ese perro!.

-¡En eso estoy de acuerdo! ¡Este local está sucio!.

Tanto Gilbert como Claire no comprendían que luna hubiera salido sola del coche, la dejaron en el asiento de atrás con una rendija abierta en la ventanilla. Al llegar al sitio vieron que la ventanilla estaba de la misma manera, era imposible que luna saliera por esa rajilla.

-¿Entiendes algo de esto?- preguntó Gilbert sin poder darle crédito al suceso.

-Sí lo entiendo- dijo ella- La niña cariño, la niña.

-¿Quieres que me crea que una niña que está muerta ha hecho esto?.

-Lo creas o no es así.

-Amor, no quiero pensar que estás delirando ¿Lo dices en serio?.

-Totalmente.

Gilbert negaba manteniendo en su boca una leve sonrisa.

-¿Crees que no es verdad lo que te digo?.

-Amor, de ti me lo creo todo, pero lo otro me cuesta creerlo. No te enfades, sabes que yo no creo en los espíritus.

-La niña puede hacer más cosas de las que yo me imaginaba- dijo Claire con el semblante serio y preocupado.

-¿Qué te ocurre?- preguntó él.

-La niña está pasando por delante de nosotros, ha tratado matarme, venía a por mí.

-Debes hablar con la policía y contarle todo- dijo Gilbert muy preocupado.

-Cariño, la policía en estos casos no pueden hacer nada, no hay cuerpo de delito, es un espíritu.

-Tienes que recapacitar y venirte con migo a París, sigo insistiendo en lo mismo. Allí no te sucederá esto y yo estaré más tranquilo.

-Cariño, no les tengo miedo, ellos están enrabiados porque no pueden mandar, están muertos.

La niña salió de entre la gente, se acercó a Claire y con las manos sucias y las uñas largas, le hacía un ademán de pedirle algo. Claire tenía a luna abrazada y la estrechó más fuerte.

-¿Qué ocurre?- preguntó Gilbert exaltado.

-¡Vete, no te voy a dar nada!- gritó Claire a la niña.

-¿Quieres decirme de una vez qué está sucediendo- gritó Gilbert inducido por los nervios.

La niña estaba junto a Claire, ella no le perdía ojo, en cualquier momento podría hacer una fechoría irreparable. La agarró del brazo y estiró de ella, le gritó diciéndole.

-¡Quiero que des algo de ti!.

-¡No voy a darte nada ni te quiero escuchar!.

Gilbert estaba asombrado.

-¡Exijo que me digas qué está sucediendo! ¡Estoy a punto de volverme loco!.

-¡La niña está delante de nosotros!- dijo Claire muy enfadada.

-¡Señálame dónde está!- gritó Gilbert.

-¡Es inútil que te lo diga, no la vas a ver!.

-¿Le has preguntado qué quiere?.

-¡Me pide algo pero no sé que es! ¡Solo quiere hacerme la vida imposible!- dijo Claire.

-¡Pregúntale de una vez qué quiere y que se vaya!.

-¡No es como tú crees, no se trata de una persona!.

-¿Por qué has tenido que venir a vivir aquí?- dijo Gilbert muy enfadado- ¡Sólo nos están dando problemas!.

-¡Me los están dando a mí! ¡Tú no los ve ni los



Oyes! ¡Son espíritus que no has encontrado la luz!

Cuándo Claire miró a la niña, ya no estaba. La gente iba por la calle, unos a su trabajo otros de compras.

-Cariño, vámonos- dijo Claire más relajada.

-¿A dónde quieres que vayamos a esa casa maldita? ¡Quiero que nos vayamos hoy a París!.

-Deja de insistir, si no quieres regresar a casa, déjame allí.

Gilbert se puso al volante de mala manera.

-¡Cariño te cuidado, has estado a punto de atropellar a esa señora!.

-¡No comprendo tu manera!- dijo él volviendo al tema de antes.

-Cariño, es mejor que no insistas. Aquí tengo muchas cosas que solucionar y voy a llegar hasta el final- dijo ella.

-¿Aunque eso te cueste la vida, y yo me muera de pena porque no te tengo a mi lado?.

-Estás exagerando, tengo que acabar el libro.

## CAPITULO- 17 –

Habían llegado a casa, Claire introdujo la llave en la cerradura y le dio dos vueltas para abrir. La puerta estaba encajada y por más que ella empujaba, no se abría. Gilbert probó, dio un fuerte empujón y la puerta cedió. Había ocurrido un desastre, los muebles estaban esparcidos por el salón y algunos ajustados en la puerta para que no se pudiera entrar. Gilbert entró en cólera, se dirigió a Claire diciendo.

-¡Ahora mismo nos vamos de esta casa! ¡Voy arriba hacer tus maletas, no aguanto más!.

Claire corría tras de él para impedirlo. Rápido subió al piso de arriba, Abrió el armario y empezó hacer las maletas de ella.

-¡No voy a irme!- gritó Claire.

-¡Aquí no puedes quedarte, no lo voy a consentir! ¡Han roto la televisión! ¡Te han vaciado los armarios de la cocina! ¿Qué más quieres que te ocurra?- dijo Gilbert mientras metía ropa de Claire en las maletas.

-Cariño, deja todo como está- dijo ella tratando de tranquilizarse.

-¡Sí no quieres venir, yo me voy! ¡ Esta casa es un infierno!.

Gilbert se dispuso a bajar las escaleras, ella lo seguía hablándole para que viniera a razón. No quería que se fuera enfadado. Él cogió su maletín y fue hasta la puerta. Claire tenía un lio muy grande en la cabeza que no la dejaba pensar. Él llegó hasta el coche seguido de ella. Se despidieron con un beso, seguidamente Gilbert arrancó y se fue.

Claire trataba poner su ropa en los armarios y que todo estuviera en orden. A Gilbert lo tenía metido en la cabeza, lo quería mucho y sabía que se fue intranquilo por ella. No podía abandonar esa casa y todo el mal que había dentro, estaba segura que la habían llevado allí para que se ocupara de espíritus descarriados que desde hacía años la habitaban.

Después de colocar su ropa en los armarios bajó a la cocina, estaba que daba pena. Los paquetes de pasta y de arroz estaban esparcidos por el suelo.

Se fijó en la televisión, el cristal estaba roto y tirados por el suelo. Antes de nada tenía que encender la chimenea, dentro de la casa hacía frío, después se haría algo para cenar, en el estómago tenía un hueco que le pedía comida.

Entró en la cocina y se disponía hacer un filete con patatas fritas. En ese instante llamaron al llamador de la puerta. Frente a ella habían dos policías.

-Buenas noches señora- dijo uno de los agentes- ¿Es usted la señora Candrier?.

-Sí.

-¿Podemos entrar?.

-Sí por supuesto, vallamos al salón, aunque está que no se puede andar por el suelo.

Los dos agentes se quedaron de pie y le anunciaron.

-Señora, tiene que ser fuerte para lo que le vamos a decir. Antes de las diez de la noche, su esposo ha tenido un accidente con su coche, la muerte asido instantánea, lo sentimos mucho.

Claire se quedó sin reaccionar, miraba a los dos

policías como si con ella no fuera el asunto. Se había quedado helada por fuera y por dentro. Hacía sólo dos horas que habían despedido.

-¿Dónde está su cuerpo?- preguntó ella con la voz apagada.

-En Paris en la morgue. Mañana a partir de las nueve tiene que ir para reconocer sus cadáver.

Claire se sentó y pidió a los policías que se sentara también.

-¿Saben cómo ha sucedido?- preguntó ella con los ojos encharcados en lágrimas.

-Hay varios testigos que lo han presenciado, corría a mucha velocidad por una carretera que no podía. ¿Venía de aquí?.

-Sí, habíamos discutido, él quería que yo me fuera a París esta noche con él.

-¿Había bebido su marido alcohol?.

-Ni siquiera apenas habíamos comido, tuvimos un día muy ajetreado y terminamos en discusión. Se fue muy preocupado por mí.

-¿Podemos saber la razón?.

Claire se secaba las lágrimas con un pañuelo de bolsillo. Luna hizo un gesto para subirse en sus rodillas, la cogió, luego dijo.

-¿Creen en los espíritus?.

Los policías se miraron extrañados.

-¿A qué viene eso ahora?- preguntó uno de ellos.

-¿Ustedes quieren saber por qué se fue enfadado?.

-Sí.

-En esta casa hay espíritus- dijo Claire.

-¿Cómo lo sabe?.

-Tengo la facultad de médium, los veo y puedo hablar con ellos ¿Ven toda la extorsión que hay por el suelo? Lo han hecho ellos mientras estábamos en FontaineBleau para comer en un restaurante. Al volver nos hemos encontrado con todo roto y tirado por el suelo, la televisión también rota.

-Por lo que entiendo, su marido se fue por no poder soportar más la situación ¿Es cierto?.

-El les cogió temor porque no sabe lo que es, yo los veo y los oigo desde que era una niña.

Uno de los policías escribía en un bloc la declaración de Claire.

-¿Aquí dónde estamos ahora hay espíritus?- siguió preguntando el agente.

-La casa está llena, están por todos sitios- dijo Claire.

Los dos policías miraban con miedo el techo y las paredes del salón.

-¿A usted le gusta vivir aquí?- preguntó el agente.

-No me gusta ni me deja de gustar, elegí esta casa alejada del pueblo buscando el silencio para poder escribir.

El policía preguntó por otra cosa.

-Señora ¿Quién vive en la casa que se alza en lo alto de la colina?.

-El señor Arthur Montsir, pertenece a la alta sociedad, es muy rico.

-Perdone que haya cambiado de tema, esto también es preocupante por el accidente de su esposo. Al venir hemos visto a un hombre mirando su casa con un catalejo. No es normal que lo haga,

es como si supiera lo del accidente ¿Este señor con quién vive?.

Claire rompió en sollozos.

-Señora, si no se encuentra con ánimos lo dejamos para otro día.

-Sí, lo prefiero por favor. Aunque no me importaría decirles lo que sé, pero no es nada agradable.

-Si quiere continuar puede hacerlo- dijo el agente.

-Hace algo más de un año, su mujer y su hija murieron en accidente de coche en FontaineBleau.

-Sí, lo recuerdo, yo iba en patrulla que mandaron para este caso. Fue horrible ver a esas dos criaturas aplastadas entre chatarras.

Claire continuó el relato.

-El señor Montsir vive sólo con personal a su servicio, y hasta aquí puedo llegar ¿Me entiende?.

-No señora, tiene que ser más explícita ¿Le está escondiendo algo al señor Montsir?.

-No señor, estoy esperando que salgan a la luz otras cosas para hablar.



Claire cortó la conversación.

-Señor agente perdone pero no puedo seguir. Es necesario que llame a la familia de mi esposo y a la mía.

-Si señora, no faltaría más. Sentimos mucho lo sucedido.

-Gracias, han sido ustedes muy amables.

Claire al quedarse a sola lloraba desconsoladamente. ¡No es posible! Repetía una y cien veces, sólo hacía unas horas que se habían despedido. Esperaba escuchar el teléfono sonar y oír la voz de él diciéndole - ¿Cómo está mi amor? - Recordaba la noche tan maravillosa que habían pasado amándose hasta el frenesí. Ella se culpaba del accidente, se fue muy enfadado y nervioso por temor a que a ella le sucediera algo malo.

Deseaba verlo, lo buscaba por toda la casa, iba llamándolo y llorando al mismo tiempo. ¿Tan enamorada estaba la muerte de él que esa noche fue buscarlo?.

De pronto el teléfono sonó, el corazón le palpito, pensaba en él, podría ser Gilbert que la llamaba para decirle que había llegado a París y que estaba bien. Se dio prisa para coger el teléfono, esperaba escuchar la voz de Gilbert, descolgó con mano temblorosa, no le dio tiempo a decir nada.

-¡Hija mía! ¿Cómo ha podido sucederle eso a mi hijo? ¡Quiero morirme con él!- decía la madre de Gilbert llorando con mucha pena.

-Janette, tranquilícese- dijo Claire con voz apagada- Mañana a las 9 tenemos que estar en la morgue. Tiene que ser fuerte, aunque yo procuro serlo pero es imposible, mi amor por él era absoluto.

-Hija ¿Cómo estás tú?- preguntó sin dejar de llorar.

-¡Muy mal! ¿Cómo quiere que esté? No me esperaba este golpe tan tremendo.

-Hija, necesitaba hablar contigo. Sé que ayer estuvo ahí, me llamó para decírmelo.

-Ese es el recuerdo que me queda de él.

Seguidamente colgó el teléfono.

## CAPITULO- 18 –

Todo transcurrió con normalidad. Al acto religioso fueron toda la familia y amigos íntimos de Gilbert y de Claire. El cuerpo de él fue incinerado por decisión de Claire, las cenizas se las entregaron a ella. Esperaba un día especial para echarlas al río Sena, siempre quiso quedarse en París.

Había pasado dos días. Claire en la soledad de su casa lloraba buscando a Gilbert. Ella veía otros espíritus que nunca había conocido y se manifestaban ¿Por qué Gilbert no lo hacía?. Estaba segura que había ido a verla pero ella con su llanto no pudo conectar con él. Tenía que serenarse y llevar la pena desde dentro.

Era el penúltimo día del mes de abril y sábado. A la tarde empezarían a llegar coches a la gran mansión, ese día daba la fiesta Arthur. Ella tenía que asistir con todo el dolor de su corazón lo hacía. Tenía que ver cómo era la gran mansión por dentro

Y hablar con Marie, hacía 5 días que vivía allí y desde la primera noche que la llamó por teléfono, no sabía nada más de ella.

Esa tarde Luna se quedaría sola en casa. A Claire la idea no le gustaba pero no tenía más remedio que hacerlo.

Desde las 5 de la tarde no paraban de pasar automóviles en dirección a la gran mansión.

La fiesta que Arthur iba a dar incluía también cena por todo lo alto, anunciaba el enlace matrimonial de él y de Marie.

Claire se vistió sencilla y muy clásica, con un vestido color marrón plisado, calzaba mocasines. Sus cabellos largos y negros los había recogido en la nuca por ancho pasador.

Luna iba detrás de ella lloriqueando, sabía que Claire se iba y se quedaría sola. La cogió en brazos y le dio besitos para que se calmara, seguidamente la dejó sentada en un sillón. Salió de la casa y cerró la

Puerta, se dirigió al garaje y sacó su coche.

La puerta de la entrada a la gran mansión se componía en dos partes, era de madera maciza trabajada por un escultor que había dejado su huella artística, tenía bonitos dibujos tallados. En la entrada estaba el mayordomo con semblante serio, vestido de negro, alto y delgado.

La iluminación que había dentro era grande.

Arthur al ver a Claire aparecer se dirigió a ella con amabilidad esforzada, se hallaba con un grupo de personas, Marie estaba con ellos, vestida cómo una reina, con vestido color rosa pálido y acampanado, sus cabellos estaban recogidos con rizos. Lucía una gargantilla de diamantes y pendientes del conjunto. Había tres camareros llevando copas de champagne y de whisky.

-Buenas tardes Claire- dijo Arthur al saludarla- Pensaba que no vendría por lo sucedido a su esposo. Siento su pérdida, perdóneme que no la haya llamado, he estado muy atareado con esto de la fiesta.

-Entiendo, no se preocupe. Le dije qué vendría

Y aquí estoy- contestó Claire serena.

-Es una mujer fuerte, desde que la conozco eso es lo que pienso de usted- dijo Arthur para quedar bien.

Claire y Marie se miraban, ninguna se atrevía a ir al encuentro de la otra. Arthur vigilaba para que no sucediera, encontraba a Claire peligrosa. Él se dirigió a ella y dijo.

-Son los padres de Marie. Mi chofer ha ido a buscarlos para que nos conozcamos, pronto vamos a contraer matrimonio.

-¿Ella es feliz?- preguntó Claire.

-¡Por supuesto que lo es! ¿ No ha visto la cara de felicidad que tiene?.

-Yo no lo veo de esa manera. Está radiante de elegancia y su cuerpo cubierto de joyas, pero eso no quiere decir que sea feliz, la mirada la tiene apagada y el semblante serio, ese perfil no es el de una joven que se va a casar con un hombre muy rico cómo usted.

-No habrá venido a investigar ¿Verdad? Yo no la he invitado para eso.

-Ya lo sé. Tengo que hablar con Marie para que me diga si realmente quiere casarse con usted.

-Claire, es usted muy confusa. ¡Si es una mujer inteligente y creo que lo es, no pregunte nada.

-¿De qué tiene usted miedo, Arthur?.

-De las mujeres meticonas cómo usted que quieren saber la vida de los demás.

-Señor Montsir ¿Por qué me tiene miedo?.

-Señora Candrier, no haga gestos o intenciones de acercarse a Marie. No me obligue a que sea grosero con usted delante de mis amigos, ellos me respetan.

-Señor Montsir ¿Qué está escondiendo para que yo le de miedo?.

-Señora, está usted acabando con mi paciencia.

-Usted sabe que Marie tiene su ropa en mi casa, su maleta está sin abrir ¿Por qué no la ha dejado a que vaya a por ella?- dijo Claire mirándolo de frente.

-La razón es porque aquí tiene mucho que ponerse, vestidos caros y joyas.

-¿Todo esto que me menciona es de su difunta

Esposa? ¿No es cierto?.

-Señora, le pido que se marche inmediatamente de aquí- dijo Arthur con el semblante agresivo.

-Si me da una razón convincente lo haré.

-No tengo que darle ninguna, lo único que quiero es que se vaya de mi casa.

Claire fue directamente a por él.

-¿Está su difunta esposa enterrada aquí en su casa?.

-¿Qué quiere decir?- preguntó Arthur con el semblante blanco.

-¿Quiere que se lo vuelva a repetir? Me ha oído bien ¿La ve en algún lugar de la gran mansión?.

-¡Me niego hablar de tal tema! ¡Me está haciendo preguntas sobre el más allá! ¿Por qué razón lo hace?.

-Usted también está vinculado con lo sobre natural. Hábleme de su hija, quiero saber si viene a verlo y si le reprocha algo que usted no hace bien.

-Señora Candrier ¡salga de esta casa!.



Claire seguía cómo si con ella no fuera.

-Su hija viene y ve lo que hace, está muy enfadada con usted y lo está pagando conmigo.

-¿Cómo sabe eso?- dijo Arthur muy indignado- ¿Quién es usted?.

-Soy médium desde que nací. Contacto con los espíritus o mejor dicho, ellos vienen a verme y me cuentan sus desgracias.

Arthur se dio cuenta que Claire sabía más de la cuenta, era posible que dijera la verdad.

-¿Ha visto a mi hija? ¿Ha hablado con su espíritu?.

-Sí.

-¿Dónde está? ¡Quiero saberlo!.

-Tiene cogida mi casa, está por todos lados. Se pone agresiva conmigo cuando no la entiendo, me pide ayuda para ella y su madre.

El rostro de Arthur cambió de color, no se atrevía a decirle a Claire que se fuera, era posible que el espíritu de su hija la hubiera puesto al corriente de todo lo que se llevaba entre manos.

Claire se armó de valor, dejó a un lado a Arthur y fue a encontrarse con Marie.

-Buenas noches Claire, tenía ganas de verla y hablar con usted. Le presento a mis padres- dijo Marie algo tímida, estaba bajo vigilancia de Arthur.

-Encantada de conocerlos- dijo Claire.

-El gusto es nuestro- respondió el padre de Marie sosteniendo un vaso de whisky en la mano.

Arthur dejó a unos de sus invitados y fue a reunirse con ellos.

-La señora Candrier o bien dicho, la viuda del señor Candrier, ha venido para despedirse de ustedes, ya se iba- dijo Arthur con una sonrisa esforzada.

Marie lo miraba sorprendida, aunque de él se esperaba de todo. Estaba obligada a callar, de lo contrario su vida corría peligro.

La mirada profunda de Marie estaba puesta en la de Claire, quería advertirla de algo que no podía decir.

-¿Conoce a nuestra hija?- preguntó la madre de Marie a Claire.

Arthur intervino, tenía un tic en la mano derecha, hacía que la copa de champagne que sostenía temblara. Se dirigió a Claire diciendo.

-¡Acaban de llamar de su casa para que vaya lo más pronto posible!.

-¿No se ha confundido con otra persona?-  
respondió Claire.

-No señora, quiero que se vaya de aquí- dijo por lo bajo.

Arthur hizo una señal al mayordomo para que se acercara, cuando estuvo allí dijo.

-Acompaña a la señora hasta la puerta.

Claire sabía que no era el momento de actuar, la situación no lo requería, se dirigió a los padres de Marie y dijo.

-Vivo en la casa que hay más abajo, pasen para que les de la maleta de su hija y otras pertenencias.

El padre de Marie iba a decir algo, pero Arthur se adelantó diciendo.

-Mañana pasa mi chofer a por la maleta.

-Es mejor así- dijo la madre de Marie.

Marie cogió una de las manos de Claire y dijo.

-No me olvide, y recuerde que estoy aquí.

La madre de Marie quiso alegrarla.

-Hija ¡ Alegra esa cara, hoy es un día muy importante para ti!.

-Señor Montsir, quiero que sea usted quien me acompañe hasta la puerta- dijo Claire.

-Sí desde luego- dijo con cortesía pero mirándola de reojo.

Claire echó una mirada a Marie, asintió con la cabeza y confirmando. Se despidió de sus padres.

A la mitad del pasillo Arthur amenazó.

-¡Deje en paz a Marie, pronto será mi esposa!  
¡De lo contrario me verá obligado actuar a mi manera con usted! ¡Soy más malo de lo que usted se imagina! ¡No quiero volver a verla más!.

-Arthur, no quiero llamarlo señor porque no lo es,

todo lo que tiene es fachada es engaño, pero ándese con vista conmigo, voy a sacar toda la verdad de lo que hay dentro de la gran mansión.

Arthur vino a razón.

-Un día que todo esté más tranquilo, la invito a que venga, le voy a enseñar toda la casa, rincón por rincón, y habitación por habitación, de esa manera se quedará más tranquila, aquí reina el orden.

-¿Habla en serio?- preguntó Claire sin apenas creerlo.

-¡Más que nunca! ¿Acepta?.

-Por supuesto ¿Para cuándo será?.

-De aquí a quince días. Marie y yo ya estaremos casados, la invitaremos a que tome el té con nosotros, ya se quedará tranquila.

-Lo estaré cuándo haya visitado el sótano de la gran mansión- dijo Claire clavando sus ojos en los de Arthur.

-¡No tiene ningún mérito que la lleve al sótano, allí no hay nada!- dijo sorprendido.

-Señor Montsir, en su fiesta he mirado para ver si lo veía, ahí no está ¿Dónde lo esconde?.

-¿A quién se refiere?.

-Al hechicero que ha traído de África.

-No sé de qué me está usted hablando- dijo Arthur blanco como el papel.

-Al que tiene usted escondido y que hace vudú.

-¿Qué?.

-Es un hombre de raza negra, hace magia de la mala, de manera que podría matar a distancia. Usted sabe muy bien a quién me estoy refiriendo.

-¿Quién le ha dicho eso?- preguntó Arthur con la cara transformada por la ira.

-No importa quién haya sido. Yo sólo quiero hablar con él para saber si es un hechicero bueno.

-Señora Candrier, se está metiendo en terreno movedizo, Olvide los comentarios que hacen de mí y lleve su vida al modo que le plazca.

-Gracias por su consejo- dijo Claire con ironía- Recuerde que tenemos un pacto. ¡Buenas noches señor Montsir!.

## CAPITULO -19 –

Claire llegó pronto a su casa, aún no era de noche. Metió el coche en el garaje y se dirigió a la puerta de su casa, antes de abrir miró hacía la gran mansión. Estaba iluminada por fuera y por dentro, era realmente bonita y muy lujosa.

Luna empezó con sus lloros, había oído a Claire que estaba el otro lado de la puerta, introdujo la llave y abrió. Luna se volvió loca de alegría, esperaba que Claire la cogiera en brazos y le diera mimos, cuando los tuvo se quedó más tranquila. Claire la dejó en el suelo y entró en la cocina para hacerse algo de cena. El recinto estaba caldeado, antes de irse puso dos troncos en la chimenea.

Llamaron dos veces a la puerta, Claire abrió.

-¡Buenas noches Claire!- dijo saludando Pierre.

-¡Hola Pierre, entra! Estaba haciéndome una tartilla para cenar ¿Quieres compartirla conmigo?.

-Gracias, ya he cenado. Vengo para darle el pésame por la muerte de su marido, ayer me enteré, lo estaban comentando en el pueblo.

-Gracias Pierre, te lo agradezco en el alma.

-Estará usted pasándolo mal. Es una pérdida irreparable, lo siento mucho.

-Ha sido un golpe muy fuerte para mí y para toda la familia.

-También vengo a brindarme para lo que necesite, se lo digo de corazón.

-Te creo y te lo agradezco- dijo Claire con el semblante triste - ¿Sigues viviendo en el mismo lugar.

Hubo un minuto de silencio.

-Sí- respondió algo distante.

-Veo que no te gusta seguir dónde estás. Puedes venirte aquí si te parece.

-¿Sigue aquí Marie?- preguntó con la voz agitada por la pregunta que acababa de hacer.

Claire guardo silencio antes de responder.

-Marie está viviendo en la gran mansión. Siento mucho decírtelo. Estoy segura que está metida en una trampa que es difícil de salir. Ahora vengo de la gran mansión, se está celebrando el enlace entre



Arthur y Marie, esta noche durante la cena Arthur dará a conocer que ellos dos van a contraer matrimonio dentro de quince días. Los padres de Marie estaban allí.

Pierre no respondió, miraba a los ojos de Claire buscando una respuesta que ella le diera.

-¿Cómo está Marie, es feliz?- preguntó él.

-¡No lo es!.

-¿Qué quiere decir?.

-¡Digo que Marie es desdichada!.

-¿Se lo ha dicho ella?.

-No hacía falta. Apenas he podido hablar con ella, Arthur no me ha dejado.

-¡No entiendo nada!- dijo Pierre.

-Voy a necesitar que colabores conmigo, necesito que me ayudes en esta tarea tan difícil y delicada.

-¿Para qué?- preguntó extrañado.

-¿Sigues enamorado de Marie?- preguntó Claire.

-Siempre lo estuve y lo estaré.

-Entonces, eres tú la persona que me puede

ayudar a sacarla de esa ratonera, está metida entre mala gente, me refiero al señor Montsir. Tengo mucho trabajo qué sacar de la gran mansión.

-¿Usted cree que yo soy la persona adecuada para ayudarla?.

-Estoy segura. El amor mueve montañas- dijo Claire- ¿Sabes que son los espíritus y la hechicería?.

-¿Eso qué tiene que ver?- preguntó Pierre impresionado.

-Pierre, pon oído a lo que te voy a decir. Marie está secuestrada por el señor Montsir. Ha montado una fiesta para anunciar el enlace de ellos dos. Estoy segura que tal evento no se va a celebrar, todo es un montaje de él.

-¿Por qué está segura?.

-En eso estoy trabajando y no lo dejaré hasta el final.

Pierre la miraba totalmente desconcertado.

-Mi inteligencia no da para tanto. Estoy a terrado por todo lo que está diciendo ¿Qué puedo hacer yo entre tanta magia y espíritus? ¡No sé nada de eso!.

-Te necesito a mi lado. Quiero que sepas toda la verdad. El señor Montsir es la figura del propio diablo, sus ideas son satánicas y también sus obras.

Marie está atrapada en tan maligna persona, pero hay mucho más que aún no he tocado y que lo tiene muy guardado.

-Este trabajo que está llevando usted es muy peligroso ¿No cree Claire?- dijo Pierre.

-Soy consciente de ello, pero alguien tiene que descubrir la careta del señor Montsir.

Pierre estaba aterrado.

-Claire, yo trataría ayudarla mientras esté segura que todo lo que dice es verdad, yo la creo, pero luego si no es eso, nos metemos en un buen lío. El señor Montsir, si cierto que es maligno y representa ser un señor, su inteligencia es superior a las demás.

-Eso es lo que nosotros tenemos que utilizar el cerebro cuando entremos en la gran mansión.

Pierre tenía los brazos cruzados y una rodilla encima de otra, miraba fijamente a Claire con el semblante serio.

-¿Qué te ocurre, por qué no dices nada? Tienes miedo ¿Verdad?.

-Claire ¿Usted cree que yo la puedo ayudar en este peligroso y quizá mortal rescate?.

-Estoy segura que sí y, te reto a llevar la misión más importante y peligrosa de tu vida.

-¿Por qué está tan segura? ¡ A penas me conoce!.

-Amas a Marie, con eso es suficiente.

-Estoy tratando olvidarla, ella me ha demostrado que no siente nada por mí.

-Tú lo crees de esa manera ¿Te has parado a pensar por qué no le declaraste tu amor?.

-Sentí vergüenza por si ella me rechazaba.

-Marie la noche que se quedó aquí, hablamos precisamente de eso, ella esperaba que tú te pronunciaras- dijo Claire.

Pierre se quedó pensativo sin saber qué decir.

-¿Usted cree que Marie me ama?.

-Estoy segura que sí- dijo Claire confirmándolo.

Pierre cambió de postura y sonrió.

-A Marie la conozco muy bien- dijo Pierre- El señor Montsir la ha tenido que amenazar para que ella calle, su temperamento es fuerte y no se calla por nada.

Pierre observaba a Claire, era una mujer atractiva, se parecía a una tía suya hermana de su madre. Hasta hacia poco había sido musa de un célebre pintor inglés.

-Claire ¿Cómo surgió lo suyo? Lo de médium- preguntó Pierre con interés.

-Lo mío ha sido de siempre, nací con esa facultad. No estoy orgullosa de eso, me gustaría ser cómo las demás personas, eso me evitaría mucho dolor y sufrimiento.

-¿Emprendió usted este camino tan difícil sola?.

-A la edad de cinco años me inició una anciana, estaba ciega y vivía sola en una casa pequeña. A mí me gustaba su compañía, ella me decía que yo podía ver a los espíritus, que había nacido con ese don. Me hablaba del más allá y de lo que había. Yo iba a verla a escondidas de mi madre, tenía miedo

que me sucediera algo estando con ella. La anciana se llamaba Isabelica, su compañero era un bastón negro que la ayudaba a ir por la calle. Estuve más de tres años yendo a verla, después nos cambiamos de ciudad y perdí el contacto con ella.

-Claire ¿No le daba miedo quedarte a solas con la anciana en su casa?- preguntó Pierre con interés.

-No. Isabelica era amable y muy tranquila. Por la tarde calentaba leche en la hoguera de la chimenea y merendábamos las dos junto al fuego. Ella sola lo hacía todo, iba vestida de negro y un pañuelo en la cabeza también negro. Su marido hacía años que muerto, le vino su espíritu y le dijo, que el hijo y la hija qué tenían la dejarían y se marcharían a un país extranjero, y nunca más los vería y ella se quedaría ciega. Todo ocurrió cómo él se lo dijo.

Pierre estaba sorprendido.

-Claire ¿Le gustaba a usted que le hablara de los muertos?.

-Sí, yo lo veía cómo algo natural, ella me hablaba de otros mundos y dentro de ellos estaban los espíritus que hablaban y hacían lo mismo que cuando estaban vivos en la tierra.

-Claire ¿Su madre llegó a enterarse que usted iba a ver a Isabelica?- preguntó Pierre muy interesado en el tema.

-Un día se me escapó. Era por la tarde, yo salía de casa de Isabelica, me paré en la calle para dejarle paso a dos filas de ancianas, iban vestidas de negro, en la mano derecha llevaban una vela encendida. Al llegar a mi casa, le dije a mi madre lo que había visto. Ella me preguntó que de dónde venía, yo le dije, de casa de Isabelica. Mi madre ya no me dejó salir más por la tarde.

Pierre quería todavía más, el tema le gustaba.

-Claire ¿Aparte de nosotros dos hay alguien más en esta casa?.

-Está la niña, y también otros espíritus que estoy averiguando quién son. La niña en estos momentos no quiere que la vea, pero está escuchando lo que decimos.

Pierre miraba a Claire con ojos de terror.

-¿Dice que aquí hay una niña? ¿Está muerta?.

-Sí, es la hija del señor Montsir, murió con su

madre en un accidente de coche, espera las ayude a ella y a su madre. Ese es otro enigma que quiero resolver. La niña va perdida, me pide que ayude a su madre.

-Claire, yo la admiro cómo persona y el valor que tiene para seguir adelante con todo esto.

-Estoy acostumbrada, ya nada me coge por sorpresa. Hay veces que la niña está enfurecida cuando viene de la gran mansión, la paga conmigo.

-¿Cómo lo sabe?.

-Ella me lo dice, y que no quiere a su padre, lo odia porque le está haciendo daño a su madre.

Pierre metió la mano en su pecho.

-Es una cruz que llevo de hace años, ella me protege de todo mal.

-Está muy bien que la lleves- dijo Claire.

-Claire, estoy dispuesto a llegar con usted hasta el final- dijo convencido.

-Me alegro mucho que te hayas decidido.

Él miró la hora en su reloj de pulsera.



-Son las dos de la madrugada, tengo que irme.

-Sí, es hora que nos despedamos- dijo ella.

-¿Sigue en pie su oferta?- dijo él mientras sostenía la puerta con la punta de su pie.

-¡Recuérdame qué era!- dijo ella.

-De venir a vivir aquí.

-Por supuesto, la habitación está preparada.

-Mañana es precipitado, pasado mañana traigo mis pertenencias y hablamos de precio del alquiler.

-De eso no vamos hablar, no pienso cobrarte nada, vamos a trabajar en equipo ¿De acuerdo? ¡Quiero decirte que me tutees! ¿Lo vas hacer?.

-Claire, eres tú la que mandas- dijo sonriendo.

-Poco a poco te iré poniendo al corriente de lo más importante y sin darte cuenta, estarás trabajando con energía y fuerza. Aunque parezca que no, los espíritus también ayudan a que podamos ayudarlos a ellos.

Pierre se dirigió a su coche y lo puso en marcha, se fue en dirección a Fontaine Bleau.

Claire subió a su dormitorio con luna en brazos.

## CAPITULO- 20 –

La fiesta había terminado, los invitados se fueron yendo contentos por la velada tan especial y original que Arthur había logrado hacer. Los padres, hermanos y hermanas de Marie se quedaron a dormir en la gran mansión. Para ellos era más que un hotel de 5 estrellas. Habitaciones lujosas y servicio por si pedían algo.

Marie apenas habló, sus padres no advirtieron nada, ellos estaban pendientes de la gran fiesta organizada por su futuro yerno. Pensaban que su hija era feliz al casarse con un hombre rico y poderoso.

-Señorita, estoy yo aquí para ayudarle a quitarse el vestido, lo va a desgarrar- dijo Berta con voz nerviosa.

Marie estaba enfurecida.

-¡No me ha dejado hablar con mis padres! ¿Lo oyes?- dijo con lagrimas- Mañana se van, no voy a tener la ocasión de contarle lo que me pasa.

-Sí, señorita- respondió Berta sacándole el vestido por los pies.

-¿Qué harías tu en mi lugar?.

-No lo sé, porque no lo estoy.

-¡Cada día me desespero más! ¿Me estás oyendo?.

-Sí, señorita. Yo sólo soy una doncella, si desea saber más cosas, se lo pregunta al señor.

-¡Lo detesto con todas mis fuerzas!- dijo Marie arrancando a llorar.

Arthur se hallaba en su confortable dormitorio tendido en la cama, escuchaba la conversación que Marie y Berta mantenían por un auricular de un sofisticado invento. Sonreía con ironía mientras movía la cabeza ¡No sabes lo que te espera pequeña!- dijo entre risas.

-Berta ¡Quiero ir al dormitorio dónde duermen mis padres!- pidió Marie cómo un ruego- ¡ Necesito hablar con ellos!.

-Señorita, yo no puedo hacer nada para ayudarla en lo que me pide.

-Entonces ¡Dime en qué habitación están para yo ir! ¡Tengo que hablar con ellos!.

-No lo sé. Por favor, no me pida algo que yo no puedo hacer.

-¿Quién ha preparado los dormitorios?.

-Gertrudis y yo- dijo Berta.

Marie iba detrás de Berta haciéndole preguntas, era con la única que podía hablar.

-Señorita, ya tiene la cama abierta, puede ir a dormir. Recuerde que son las cuatro de la madrugada y a las nueve se sirve el desayuno.

-¡No me acostaré hasta que haya hablado con mis padres!.

Marie fue hasta la puerta, estiró de la maneta para abrir, la puerta estaba cerrada, estiró dos veces más. Berta cogió las manos de Marie y dijo.

-Señorita, lo que está haciendo no está bien, ni el señor lo permite, se va a enfadar si lo sabe.

Marie recordó que Arthur entro por una puerta secreta que había en la pared, fue hasta allí y palpó con las manos, la puerta se abrió. Berta al verlo corrió rápido para impedir que entrara.

-¡No entre por favor! ¡Señorita, hágame caso!.

Ya era demasiado tarde. Marie al entrar, la puerta se cerró tras de ella. Sintió un gran escalofrió en su cuerpo que la hacía temblar de la cabeza a los pies.

Era un pasillo largo y estrecho, en el techo había un globo de luz de color amarillo oscuro. El suelo hacía bajada, se iba sujetando con las manos para no bajar corriendo. En el fondo del pasillo había una puerta color caoba, estaba cerrada. El cuerpo de ella seguía temblando cómo una hoja en un árbol en día de tempestad. Se dio cuenta que era preciso volver hacia atrás, empezó a subir el pasillo con dificultad, el suelo era oscuro. Había llegado hasta el final, palpaba la pared buscando la clave de la abertura, su cuerpo estaba descompuesto por el miedo que sentía, el valor la había abandonado.

-¡Berta! ¡Berta!- gritaba una y otra vez.

La puerta de abajo se abrió, Arthur estaba allí

-Querida baja- dijo Arthur con voz suave- Hazlo despacio para no hacerte daño.

Marie seguía inmóvil cómo una estatua.

-¡Querida, no seas estúpida y haz lo que te digo!.

Bajó despacio, pasó por delante de Arthur, él cerró la puerta con dos vueltas de llave.

Marie llevaba camisón blanco de satén. Arthur aspiró su perfume y dijo.

-¡Este aroma es mi preferido!.

Marie lo miraba con timidez, mantenía la cabeza baja.

-Querida, eres mi gatita, puedo hacer esta noche lo que yo quiera contigo. Tú sola te has metido en mi aposento personal. Sólo voy a pedirte que te desnudes, yo también lo voy hacer. Deseo tocar y besar tus pechos, el resto tengo que dejarlo intacto.

Marie no hacía nada para quitarse el camisón. Arthur se había despojado del batín negro, que llevaba puesto, se quedó desnudo. Se acercó a Marie y le sacó el atuendo de dormir.

-¡Maravilloso! ¡Es idéntico! ¡Parecéis gemelas!.

Arthur se disponía a besar los pechos de ella con una pasión que lo devoraba, en ese instante llamaron a la puerta.

-¡Están llamando!- dijo Marie.

-No es posible, nadie puede venir a mi dormitorio, y menos a estas horas.

De nuevo volvieron a llamar con más intensidad.

Arthur se puso el batín y abrió la puerta. Delante estaba Lumba con semblante serio, dijo.

-Señor Montsir, no puede tocarla, está reservada al señor de las tinieblas. Dígale que vuelva a su dormitorio.

-Yo sólo quería besarla.

-El señor de las tinieblas la quiere intacta, de lo contrario va acoger represarías contra usted.

-¿Cómo sabías que estábamos aquí?- preguntó Arthur.

-¿Ha olvidado que veo en la noche y que soy el guardián de ella?.

Arthur aligeró en ponerle el camisón a Marie en presencia de Lumba, se disculpó diciendo.

-Perdona este incidente, ahora acompaño a Marie a su dormitorio.

-Mejor que lo haga de esa manera por el bien de usted y también mío, usted y yo seríamos severamente castigados por el señor de las tinieblas.

A solas Berta y Marie, ella le dijo.

-Arthur es un salvaje, quería violarme.

-No me cuente nada señorita y trate ahora de dormir.

-¡Qué descansas Berta!- dijo Marie metiéndose en la cama.

Arthur estaba furioso y lleno de ira, en su interior la maldad diabólica le corrompía. Su ignorancia era inmensamente grande, se creía poderoso porque tenía mucho dinero y bienes de tierras. Deseaba desahogarse con Lumba, su



hombria se la había tirado por el suelo y su deseo de tener a Marie entre sus brazos también.

Llegó hasta la puerta del sótano, la abrió y cuando estuvo dentro la cerró.

-Buenas noches, señor Montsir- dijo Lumba.

-¿Cómo sabías que estaba detrás de ti?- preguntó Arthur con la ignorancia que lo caracterizaba.

-Sabía que vendría para vengarse por lo ocurrido.

-¡No me das miedo! ¡Tampoco tu mirada perdida en la oscuridad! ¡Te miro y todo me da igual, no asustas ni a un gato del bosque!.

-Me alegro que así sea, no es mi intención asustarlo.

-¡Si no hubieses interrumpido, la hubiese hecho mía!- dijo Arthur al oído de Lumba.

-Puede hacerla suya después que el señor de las tinieblas haya consumido una noche de amor con ella, las quiere vírgenes.

Arthur se había calmado, se acercó a la figura de Helene. Lumba intervino diciendo.

-Hasta que no esté terminada, no puede

acercarse a ella.

-Quiero que le des más brillo en la cara.

-Todavía no está acabado mi trabajo señor Montsir. Aunque ya tiene el brillo necesario.

-Quiero que le des más, soy yo quien te pago.

-No va a quedar cómo en la foto, si hago lo que me dice, no le va a gustar el acabado.

Arthur se apartó de la figura.

-¿Qué día llega el señor de las tinieblas?-  
preguntó.

-Por supuesto antes que la señorita Marie sea su esposa.

-Lumba, quiero hacer un trato contigo.

-¿De qué se trata?.

-Quiero saber lo mismo que sabes tú, de magia.

-Hable más claro señor Montsir.

-Quiero ver en la noche y oír igual que tú oyes a personas que están lejos y también verlas.

-Tiene usted que someterse a un pacto.

-¿Qué clase de pacto es ese?- preguntó Arthur.

-El que yo le imponga, el que se hace para estas peticiones.

-¡Lo acepto! ¿Para cuándo será?.

-La primera noche de luna llena, dentro de tres días.

-¿Qué se necesita?.

-Quince velas grandes y negras. Este ritual hay que hacerlo fuera de casa, lejos.

-¿Para qué se necesita tantas velas?- preguntó Arthur.

-¡Ya lo verás!.

Arthur lo miraba detenidamente, había pasado de usted a tutearlo.

-¿No te gusta que te tutee?- preguntó Lumba.

-Puedes hacerlo, pero me tenía que haber pedido permiso- dijo Arthur poco cómodo.

-Dos que trabajan para el mismo patrón es necesario que se tuteen.

-Puede ser, podría ser- dijo Arthur.

-Para esa noche, estará Tu bella y encantadora Helene esperándote con los brazos abiertos.

La ignorancia de Arthur otra vez volvió.

-Estoy deseando que llegue ese momento.

El desayuno estaba servido, el comedor bien iluminado. En una mesa larga estaba equipada con dos platos de tostadas, otros dos de magdalenas y otros dos de cruasanes calientes recién salidos de la cocina de la gran mansión. En otra mesa había té, café, leche y tres jarras de zumo de naranja.

Gertrudis era la encargada en servir el desayuno.

En la mesa del desayuno, estaba en un lado, Arthur y Marie, al otro lado, los padres de Marie, sus hermanos y hermanas.

El silencio se hacía eco escuchando el sonido de las cucharillas moviendo las tazas, y el crujir de los cruasanes al morderlos.

A las dos horas se estaban despidiendo.

-Marie hija mía, en pocos días volveremos

a vernos para vuestro enlace- dijo la madre de ella.

-Anímate, que estás muy apagada- dijo su padre.

-¡Me gustaría estar en tú lugar!- dijo una hermana.

Arthur sólo observaba a Marie sus gestos o alguna frase que pudiera decir, él saldría rápidamente para que no pudiese decir nada que impidiera lo que llevaba entre manos. Marie tenía que ser entregada al señor de las tinieblas en pago de que le devolviera a Helene.

Marie se limitó a sonreír bajo la mirada torturadora de Arthur. Los padres de ella al despedirse de él, la madre dijo.

-Ojalá pudiéramos tener nuestra casa.

-Un día no muy lejano, verán realizado su sueño.

-¿Has oído hija, lo que ha dicho tu futuro marido?.

Marie sonrió y asintió.

-Señora, es la emoción que no la deja hablar- dijo Arthur sonriendo y mostrando sus dentadura blanca y perfecta.

-Será feliz al lado de usted, estoy segura. Está usted muy pendiente de ella, eso me gusta.

El chofer de Arthur los llevó hasta la estación.

-Querida, tus padres son abrumadores- dijo Arthur acosando a Marie.

-¡No te permito que hables mal de mi familia!  
¡Ellos son todo lo que tengo!.

-¡Los he tenido que soportar dos días! ¡Me ha parecido una eternidad!.

-Arthur ¡Eres muy malo, qué pena que no te conozcan!.

-¡Tu madre cree que les voy a comprar una casa!  
¡Es más inocente que tú!.

-¡Son gente sencilla, igual que yo!.

Hacia un día soleado. Marie necesitaba respirar aire puro del monte. Arthur la acompañaba, no la dejaba sola, en ese instante Gertrudis salió y dijo.

-Señor, tiene una llamada importante de París.

La casa de Claire se podía ver desde el jardín de la gran mansión. Marie echó andar hacia esa dirección con el deseo de hablar con ella y contarle el infierno que estaba viviendo con Arthur. En esos instantes Claire salía de su casa, iba a coger su coche para ir de compras.

La voz de Arthur hizo que Marie se parara.

-¡Querida, ven aquí! ¿A dónde ibas?.

-Necesito tomar aire, hace días que no salgo.

-No seas niña y obedéceme, no tengo mucho tiempo de ocuparme de ti además, una dama no pasea por el bosque.

Marie volvió sobre sus pasos y entró en la gran mansión acompañada de Arthur. Cogió con fuerza el brazo de ella, la atrajo hacía él y con severidad le dijo.

-¡No se te ocurra escapar mientras yo no esté aquí! ¡Voy a dar la orden de que se cierre la puerta con llave!.

-¡Te estaré esperando cómo una amante esposa!- dijo ella con desprecio.

-¡No vuelvas más hablarme en ese tono!.

## CAPITULO- 21 –

Claire ponía en orden la habitación que Pierre iba a ocupar. Puso sábanas limpias, limpió el armario por dentro y fregó el suelo. El teléfono sonó, bajó rápido las escaleras y descolgó.

-¿Diga?.

-¡Hola Claire! ¿Estabas comiendo?.

-¡Buenos días Pierre! ¿Qué ocurre?.

-Te llamo para decirte que esta tarde a las cinco, hay en Nemours un concurso de cachorros, he pensado que luna da el perfil para este evento tan bonito ¿Qué te parece?.

-Sé que la quieres mucho, gracias por haber pensado en ella- dijo Claire muy agradecida.

-Ahora son las doce del medio día, te da tiempo de comer y prepararte. Nemours está a una hora de aquí.

-Está bien Pierre, no quiero desairar esta idea tan brillante que has tenido ¿A dónde se celebra el concurso?.



-En el mismo sitio de siempre, en la plaza mayor.

-De acuerdo, esta noche cuando vengas, te contaré como ha ido todo.

-Eso, hasta luego.

Claire se dio prisa a comer y preparar a Luna para presentarla en ese concurso.

A las tres de la tarde cogió el coche para tener tiempo y poder estacionar. Llegó a Nemours pasadas las cuatro. Llevaba a Luna en brazos bien peinada con un lacito color rosa en la cabecita, estaba preciosa. Claire conocía bien la plaza mayor, en dos ocasiones había estado con Gilbert para exposiciones de flores. Se acercó a la ventanilla para comprar una entrada, la mujer que las vendía esperaba a que Claire la pidiera.

-Una para el concurso de cachorros, por favor.

-Señora, el concurso de cachorros se hizo la semana pasada- dijo la taquillera.

-He tenido hoy una llamada de teléfono, me lo han confirmado- dijo Claire muy convencida.

-De aquí no ha podido ser- dijo la taquillera.

-Me ha llamado un amigo y me lo ha dicho.

-No la ha informado bien.

Claire se separó de la taquilla para dejar paso a otras personas. Salió del bullicio de gente. Un hombre vestido con traje negro, pelo negro y peinado hacia atrás, se acercó a Claire, ella no sabía qué quería y, sin mediar palabra, le arrebató a luna de los brazos.

-¡Policía! ¡Policía! ¡Auxilio!- gritaba Claire desesperada.

Un agente se acercó.

-¿Señora qué le sucede?.

-¡Acaban de robarme a mi perrita! ¡Es un hombre alto moreno, vestido de negro! ¡Por favor, que me la devuelva!.

-¡Cojan a ese hombre que lleva una perrita!- gritaba el agente al tiempo que corría.

La gente que iba y venía colaboraron. El hombre al verse acorralado, dejó a luna en el suelo y siguió

corriendo para que no lo detuvieran. El policía le entregó a Claire la perrita. Ella lloraba con luna en brazos, agradecía al policía y a la gente la colaboración, gracias a ellos había recuperado a luna, su tesoro más grande.

El policía le hizo unas preguntas.

-¿Conoce usted a ese hombre?.

-No señor, pero intuyo quién ha podido mandarlo.

-Dígame el nombre de esa persona- dijo el policía con bloc y bolígrafo en mano- Su nombre tiene que quedar registrado en comisaría.

-No voy a decir nada, todavía no estoy segura, pero cuando lo sepa, pondré una denuncia.

-Está en su derecho de hacerlo, y debe hacerlo.

El policía hizo un saludo con la mano y se fue.

Claire llegó hasta su coche y lo puso en marcha. Dejó a luna en el asiento de al lado, se acostó y se quedó dormida. En el estrecho camino que llegaba a la casa de Claire, la estaba esperando la niña con

dos espíritus más que Claire no conocía, vestía de mala manera, también los otros espíritus, era hombre y mujer, iban arrastrando los pies. Claire calculó, de debían estar muertos mucho tiempo.

La niña miraba a Claire con ojos saltones y nublados. Al llegar a su casa, Claire bajó del coche llevando en brazos a luna, la niña y los demás espíritus la estaban esperando.

-¿No sabías que el mal puede coger las formas que quiera y la voz que le plazca?- dijo la niña.

-¡Ahora quiero qué me digas quién está detrás de todo esto!- dijo Claire con la mirada llena de ira y voz despiadada.

-¡Tranquila Claire! ¡ No creas que voy a caer en la trampa! – dijo la niña- ¡También son mis deseos sacar a mi madre del sótano de la gran mansión!.

-Estoy trabajando en ello, espero el momento para entrar en la gran mansión y, romper el maleficio que hay.

-No sé cómo va acabar el espíritu de mi madre y quién se la llevará.

-Tú entras en la gran mansión y sabes lo que está

ocurriendo, tienes que decírmelo para que yo actué antes y valla a lo seguro.

La niña negó rotundamente sin dejar de mirar a Claire. Los otros dos espíritus avanzaron, extendieron las manos pidiéndole algo Claire.

-También os ayudaré a vosotros- dijo ella.

Claire entró en su casa. Medía hora más tarde llegó Pierre con su maleta para quedarse.

-Acabo de llegar de Nemours- dijo Claire- esta mañana me han llamado por teléfono imitando tu voz, para que fuera a un concurso de cachorros.

-Te voy siguiendo- dijo él- ¿Quién lo ha hecho?.

-Un mandado del señor Montsir.

-Estoy alucinado ¿Qué clase de gente vive en esa casona?.

-Todo es obra de Arthur y del hechicero, ha debido ser él, quien ha imitado tu voz, sabe tu nombre, se ha presentado como Pierre. Lo que no entiendo es, para qué quieren un cachorro. Un hombre me ha quitado de los brazos a luna y se la llevaba. La ha dejado en el suelo cuando ha visto que la gente lo iba acoger.

## CAPITULO- 22 –

En los sótanos de la gran mansión, en una mazmorra de tres metros con puerta de barrotes de hierro, discutía Arthur, Lumba y el hombre que quiso robar a luna.

-¡Eres un inútil!- decía Arthur- ¿Cómo ha podido más que tú los gritos de una mujer? ¡Lumba te va a castigar por no saber hacer bien tu trabajo! ¡No me gustan los perdedores!.

-¡Señor Montsir, pido piedad!- decía el hombre llorando.

-¡Lumba, qué tienes preparado para él!.

-La sangre de este no la quiere el señor de la oscuridad, si se la damos, sabe con certeza que nos estamos burlando de él, su venganza será terrible.

-¿Qué propones que hagamos con este? -preguntó Arthur con sarcasmo.

-Por ahora lo voy a dejar atado con cadenas, ya veré después.

-La sangre de los cachorros le gusta ¿Es cierto?.

-Sí, es por esa razón que yo quería que esta noche se le diera la del cachorro de Claire.

-¿Por qué la de ese cachorro?- preguntó Arthur.

-Porque ella es una hija de la luz. El señor de las tinieblas hubiera bebido un manjar.

El hombre estaba atado con cadenas.

-¡Deme otra oportunidad, señor Montsir!- gritaba desesperado- Esta vez le quitaré el cachorro a esa estúpida mujer.

-El estúpido eres tú y un gran imbécil. Ahora ella estará pendiente de su perrita, la conozco bien, no se deja un cable suelto, es muy astuta.

-Señor Montsir ¡Iré al bosque, allí hay muchos animales y cachorros de loba! ¡Deme esa oportunidad!.

La mirada de Arthur se cruzó con la de Lumba, los dos tuvieron la misma idea.

-No está mal lo que dice- dijo Lumba- Dentro del bosque hay madres lobas, si las cosas salen mal, una de ellas lo degollará, de esa manera nos lo

hemos quitado de encima.

Arthur propuso.

-¡No trates de huir, los ojos de Lumba te irán siguiendo toda la noche!.

-Señor Montsir, haré lo que he prometido y, le estoy agradecido por darme esta oportunidad. Antes del amanecer estaré aquí con un cachorro.

Lumba le quitó las cadenas. El hombre salió por la puerta de abajo que daba el bosque.

En el corazón del bosque había cruces de loba que habían parido, guardaba a sus cachorros con mucho esmero. Olfateaban en el aire la olor a humano. Las camadas dormían sin darse cuenta el peligro que estaban corriendo. Una madre aulló avisado que había alguien cerca de ellas. Este hombre desdichado y corrupto que eligió su vida vivirla de ese modo, terminó despedazado por dos madres cruce de loba.

Arthur había perdido la razón, sus deseos de



poder eran tan grandes que lo llevó a la locura. Había perdido toda ética y elegancia. No se daba cuenta del comportamiento que tenía hacia los demás. Lumba sólo tenía un gran deseo, terminar su trabajo e irse lejos de la gran mansión. Él que tenía tantos conocimientos y poderes, estaba viviendo una pesadilla con Arthur. Sé sentía un hechicero atrapado en sus propios poderes.

Faltaba una noche para que Lumba iniciara a Arthur en hechicero. Buscaron el lugar adecuado para la ceremonia, era el cementerio en una gran llanura. Lumba fue quién preparó todos los elementos necesarios. La locura de Arthur iba en aumento, esperaba qué su dulce Helene lo acogiera en sus brazos. Lumba dejó preparado un circulo de velas, grandes, gruesas y negras, también un bol dónde pondría sangre de un animal para que el señor de la oscuridad bebiera.

Esa noche Arthur no pudo dormir, pensando en la noche siguiente, era su gran noche. De Marie ya no se ocupaba, sólo tenía su mente puesta en su dulce y deseada Helene, de tenerla en sus brazos y pasar noches llenas de amor cómo en el pasado.

Gertrudis era la que se ocupaba de Marie.

La luna llena alumbraba el cementerio. Las quince velas ardían, el bol estaba preparado, todo apuntaba para las doce de la madrugada que se iniciara el rito de poder.

Lumba y Arthur estaban en el centro del círculo y cerca de ellos, el bol con sangre.

-Tenemos qué quedarnos desnudos- dijo Lumba.

-¿Es preciso?- preguntó Arthur.

-El señor de la oscuridad es así que lo quiere.

Arthur se desnudó, Lumba ya lo estaba. Se colocaron uno enfrente del otro. Lumba posó sus manos en el pecho de Arthur y pronunció unas frases que Arthur tenía que seguir y pronunciar. En esos instantes se oyó que el bol se vaciaba hasta no quedar sangre. Al terminar la ceremonia, Arthur lo miró y dijo a Lumba.

-¿Lo ha bebido el señor de la oscuridad?.

-Sí, ha estado presenciando el ritual.

-¿Por qué no ha dejado que lo conozca?.

-He recibido una orden de él, para que todavía

no sea, cuando esté preparado lo verás.

-¿Cuándo será?- preguntó Arthur.

-La noche que se ponga delante de ti.

-No he comprendido nada de todas esas frases que has pronunciado ¿Tienen el mismo valor aunque no las entienda?.

-El valor es el mismo. A partir de ahora tienes que llamarme hermano.

-En estos momentos no sé más que sabía antes- dijo Arthur- Quiero ser cómo tú.

-¡No seas impaciente y espera que llegue el momento!- Dijo Lumba.

Se oyeron aullidos de varios perros salvajes, y seguidamente ladridos aterradores de muerte, se estaban devorando entre sí.

Arthur mostraba gran inquietud por volver a la gran mansión, el miedo de ser degollado por algún perro salvaje, lo aterraba. Lumba lo observaba con mirada arrogante y sonrisa sarcástica, esperaba

qué llegara el momento de su venganza, el tiempo que estuvo trabajando para él, lo había tratado muy mal, igual que a un esclavo.

Arthur insistió en volver a la gran mansión.

-Mis deseos esta noche se habrán cumplido. Tendré entre mis brazos a mí querida y dulce Helene- dijo con voz excitante y llena de pasión.

La venganza de Lumba empezaba.

-Las velas del circulo tienes que apagarlas, meterlas en la caja donde venían, guardar el bol y limpiar este llano de tierra, no tiene qué quedar señales del rito satánico que hemos hecho ¡Recuerda, que tienes que llamarme hermano!.

-Las velas y todo lo demás, es cosa tuya- dijo Arthur.

-A partir de ahora, todo lo vas hacer tú. El señor de la oscuridad te ha elegido para eso, tienes qué servirlo a él y también a mí.

-¡Yo no voy hacer lo que me dices, el criado eres

Tú! ¡ Yo soy el señor de la casa!- dijo Arthur balbuceando.

-¡El señor de la oscuridad es muy malo!- dijo Lumba- ¡ si se enfada puede quitarte todas las riquezas que tienes!.

-Ahora mismo no tengo las ideas claras, algo has hecho en mi cerebro para que yo sienta miedo. No puedo responderte a lo que me dices.

Arthur hizo una llamada desesperado.

-¡Helene!....¡Helene! – dijo por lo bajo.

-¿Has dicho algo?- preguntó Lumba.

-Nada señor- contestó sin pensarlo.

-Tienes qué encargar dos ataúdes- dijo Lumba- Tú y yo vamos a dormir en el mismo dormitorio.

-Sí señor- respondió Arthur.

El hechicero reía feliz, había conseguido adueñarse de la voluntad de Arthur, ahora era él su dueño. Arthur actuaba sin darse cuenta de lo que hacía ni decía. Lumba utilizó palabras de poder para que Arthur se sometiera a él para siempre.

## CAPITULO- 23 –

Era de madrugada, Claire dormía y Luna también sobre la alfombra. Pierre se despertó, estaban golpeando la pared de su dormitorio, dio la luz de la lamparilla de noche, aunque por los cristales del balcón entraba luz de la luna llena. De pronto el armario cayó a un lado de su cama. Se levantó de un salto y empezó a gritar llamando a Claire. Luna empezó a ladrar con fuerza.

-¿Qué ocurre?- preguntó Claire levantándose de la cama.

-¡Algo extraño está pasando en mi dormitorio!- dijo Pierre gritando.

Claire se presentó en la habitación.

-¡Vamos a poner el armario derecho!- dijo ella.

Al poner el armario de pie volvió a caerse.

-Aquí en esta habitación no sucedido nada antes- dijo Claire ¿Qué te ha despertado?.

-¡Golpes en la pared, y seguidamente, el armario se ha caído sobre mi cama! ¡Esta noche no he

dormido bien, la luna entraba por los cristales! ¡He creído ver sombras en el techo que se movían de un lado a otro!- dijo Pierre muy asustado

De pronto los golpes continuaron acompañados de gritos estremecedores y lamentos que venían de la pared que ocupaba el armario. Una de las voces decía.

-¡Claire, ayúdanos! ¡El hechicero viene a por nosotros para enviarnos al infierno!.

La niña se desplazaba por el techo con la cara hacia abajo imitando una oruga. Gritaba al mismo tiempo que los demás espíritus pidiendo ayuda.

Pierre estaba abrazado a Claire murto de miedo, aunque ella lo puso al corriente de lo que pasaba, no pudo entenderlo hasta que no lo vivió.

-¡Es preciso que tiremos la pared abajo!- dijo Claire- ¡Estoy segura que vamos a encontrar de todo!.

Ella y Pierre bajaron al sótano, necesitaban encontrar las herramientas adecuadas para echar la pared abajo. Encontraron un pico y un martillo, era lo suficiente para tirar la pared. Al empezar hacerlo

los gritos cesaron. Los dos golpeaban enloquecidos, la pared iba cayendo a trozos. Pierre gritó.

-¿Qué ocurre?- preguntó Claire.

-¡Ven rápido! ¡Aquí hay una fosa y dentro huesos humanos! ¡También mechones de pelo, y un machete oxidado! ¡Aquí en esta casa se han cometido varios asesinatos!.

Claire miraba espantada ese cementerio que había dentro de su casa.

-¿Vas a visar a la policía para que investiguen estos crímenes!- preguntó Pierre.

-No voy hacer nada de eso. No se sabe el tiempo que han sucedido estos macabros asesinatos. Estoy segura que las personas que lo hicieron, están muertas. Vamos a sacar todos los huesos, le daremos sepultura en el cementerio de aquí, para que estos pobres espíritus encuentren la paz.

La niña se presentó con más espíritus.

-Todos piden ayuda- dijo Claire- Esto tiene que haberlo desembocado, el hechicero que habita en la gran mansión. Trabaja para el diablo, representa el mal.



Claire fue a su dormitorio, en el cajón de su mesita había un crucifijo, lo sacó y llegó hasta dónde estaba la niña, lo puso delante de su cara para que lo mirara, y dijo.

-Es a él, al que tienes que seguir ahora, yo aré el resto.

La niña lo entendió, bajó las escaleras, abrió la puerta de fuera, se dio la vuelta y agitó la mano para decir adiós.

Pierre estaba echado sobre una pared totalmente abatido.

-Vamos, no te derrumbes- dijo Claire.

-Algo ha sucedido pero no sé que es. Creo que he perdido la conciencia.

-Los espíritus y el mal, estaban en la casa, ya se han ido. Ahora nos queda la gran mansión.

Luna se había quedado en el dormitorio de Claire, empezó a llorar para que su dueña fuera a por ella. Cuando la tuvo en los brazos, la acorrucoó entre su pecho y le dio los mimos que luna esperaba.

## CAPITULO- 24 –

Hacía dos noches seguidas que Arthur soñaba con Helene. Lumba se lo había prometido. El encuentro entre él y ella, era amoroso, él llegaba a consumir con ella el acto sexual. Era feliz, su vida había cambiado, el trato con la gente de su servicio había mejorado, también la manera que se dirigía a Marie era mejor.

El dormitorio de Arthur ya no era el mismo, lo cambió todo por orden de Lumba que era el que mandaba en la gran mansión. Su propósito había llegado lejos, esperaba el día para que Arthur firmara para quedarse con la gran mansión y con todos sus bienes. Los muebles estilo Luis XVI que había en el dormitorio de Arthur, los hizo cambiar y llevarlos a otra habitación, en su lugar puso dos ataúdes negros, las paredes tapizadas en negro, la gran lámpara la cambió por cuatro velas negras.

Arthur había dejado de pagar al personal, eso nunca lo había hecho, en cuestión de pagos era puntual. Gertrudis era el ama de llaves, no se atrevía a pedirle nada, empezaba a faltar víveres

en la cocina, Gertrudis no llamaba al supermercado para que llevaran comida, le daba miedo de tener que enfrentarse con Arthur y con Lumba, ellos dos formaban una sola persona. Gertrudis llegó a un acuerdo con el cocinero y cocinera para que terminaran todo lo que quedaba en las despensas hasta ver qué solución le daba.

Berta seguía haciendo su trabajo como doncella de Marie. Ella no se metía en nada, ni comentaba a Marie la situación por la que estaban atravesando.

Lumba había cortado todas las líneas de teléfono para que nadie pudiese pedir ayuda.

Arthur hacía días que no iba al dormitorio de Marie, ni daba órdenes a sus empleados, era como si estuviera muerto. Sólo tenía una obsesión, Helene. Pedía a Lumba soñar con ella para pasar una noche de amor. Él le puso una condición. Tenía que hacer ir a un notario para que le pasara todos sus bienes a él. Lo hizo de esa manera.

El notario al entrar en la gran mansión, se quedó

helado al ver tanta riqueza que había en esa casa.

Los tres estaban en el despacho de Arthur.

-Señor Broderic, lo he hecho venir para anular el anterior testamento. Mi esposa y única hija, murieron en accidente de coche. Todo lo que poseo, se lo dejo al señor Lumba Jepsón.

El notario escuchaba a Arthur con el ceño fruncido, no creía lo que estaba oyendo. Conocía a Arthur desde hacía años, siempre se había comportado como un señor con cerebro, estaba seguro que Lumba lo había manipulado, no era el mismo, incluso su físico había cambiado, parecía un hombre enfermo.

-Señor Montsir ¿Es seguro que quiere hacer un testamento para dejárselo a este señor?- preguntó el notario.

Lumba se puso de pie y dijo con voz seca.

-¿Pone usted algún inconveniente?.

-No por favor, pero necesito preguntarle al señor Montsir, si esta es su última voluntad.

-Sí. Y quiero que sea cerrado para que el señor Lumba Jepsón pueda manejar mis intereses antes

y después de mi existencia.

Lumba se volvió a sentar.

El notario no estaba seguro ni tranquilo en la gran mansión. Miraba a Arthur, su mirada era la misma de Lumba. Por la espalda le corrió escalofrió, estaba deseando salir de esa casa.

Lumba fue quien dirigió al notario lo que tenía que escribir en su pequeña máquina que llevó.

Arthur aunque estaba presente, no decía nada, lo daba todo por hecho. Era un hombre sumiso a la voluntad de Lumba.

En el momento de firmar, la estilográfica se lo cayó de la mano al suelo. Lumba se agachó y se la dio.

El notario no los dejaba de vista, había varias cosas que no eran normales en ellos dos.

Lumba se quedó con el testamento firmado por Arthur.

## CAPITULO- 25 –

Lumba se había convertido de la noche a la mañana , dueño y señor de todos los bienes y riquezas que Arthur había heredado de sus antepasados. Sé había convertido en un muñeco de trapo que Lumba manejaba a su antojo. El mercedes, lo utilizaba para desplazase, todo era suyo. Arthur al dirigirse a él, le decía señor.

Arthur permanecía las 24 horas metido en su dormitorio, y dentro del ataúd.

La noche tan esperada por Lumba de entregar a Marie al señor de la oscuridad, había llegado. Entró en el dormitorio de ella por la puerta secreta.

Marie y Berta se hallaban sentadas en un sillón cada una. Lumba irrumpió con violencia, con la cara de satisfacción por ser el dueño y hacer lo que le apeteciera y le viniera en gana. Las dos rebotaron en el asiento y se pusieron de pie.

Lumba se dirigió al armario superior, abrió las

Puertas y empezó a tirar perchas con vestidos colgados y que habían pertenecido a Helene. El vestido de ella de novia lo sacó.

Marie y Berta miraban con pavor, lo que Lumba estaba haciendo.

-¡Berta, ven aquí!- dijo Lumba con exigencia.

Berta temblorosa se acercó.

-¿Qué desea señor?- dijo con voz apagada.

-¡ Esta noche a las doce, tiene que estar Marie vestida con este vestido de novia!.

-Sí señor.

Lumba sacó del bolsillo de su chaqueta, una diadema de diamantes y pendientes haciendo juego, era lo que Helene lució el día de su boda.

-¡Quiero que luzca estas joyas!- dijo Lumba.

-Sí señor- dijo Berta.

Lumba antes de salir por la puerta oculta,

echó una mirada a Marie, reía con descaro.

Marie lloraba desconsoladamente abrazada a Berta.

-¿Por qué quiere el hechicero que esta noche me vista de novia?- dijo Marie.

-No lo sé, señorita.

-¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué mis padres no están aquí y Arthur tampoco?- decía Marie llorando- ¡ Berta, dime le verdad de lo que sepas!.

-Sé lo justo, pero le prometo que no me voy a separar de usted.

-¿Crees que me va a suceder algo malo?.

-Mi intuición me dice que sí, pero prefiero morir antes de ver cómo la martirizan. Ya soy vieja y no me importa revelarme contra el hechicero malvado que ha llegado a esta casa, la voy a defender del señor de las tinieblas aunque tenga que dar mi vida.

Berta dada el perfil de mujer fría, pero no era de esa manera, estaba sujeta a su trabajo.



Arthur estaba lleno de temores hacia el exterior, le daba miedo salir fuera, sabía que estaba vigilado por Lumba. Él era quién le ordenaba y le decía lo que tenía que hacer. Se dio cuenta pero tarde, que Lumba lo había engañado y, ahora era su esclavo. Se le había ido las ganas de vivir, ya no quería seguir durmiendo en el ataúd. Había perdido mucho peso, estaba en los huesos, su semblante era pálido, los ojos hundidos. Llegó a su mente la figura del diablo, tenía la cara de Lumba.

Arthur entró en la cocina, buscó un cuchillo de cortar carne, lo escondió dentro de su ataúd, esperaba el momento de poder utilizarlo contra Lumba. La lucha sería a muerte, era consciente de ello, era mejor eso que seguir siendo esclavo del diablo. Pensaba en la fuerza física de Lumba, era un hombre que se había criado en la selva. Arthur había sido siempre un caballero, nunca tuvo que utilizar la fuerza para nada, al lado de Lumba era poca cosa.

Lumba se había dado cuenta que Arthur no era el mismo, había cambiado en pocos días. No se dirigían la palabra, sólo se veían de madrugada

cuando Lumba se iba a dormir. El dormitorio estaba las 24 horas iluminado por 4 velas grandes y gruesas.

Arthur escuchó en el momento que Lumba fue al dormitorio de Marie, quería saber por qué lo hizo. Le preguntó con miedo.

-¿Qué...idea..te..ha llevado al..dormitorio de Marie?.

-¿Desde cuándo haces preguntas? ¿Quién crees que eres? ¿El señor de la oscuridad?- dijo Lumba con voz tenebrosa.

-No .. puedo ..superarlo a él. Por nada del mundo quisiera que se enojara conmigo.

Sin que Arthur lo esperara, Lumba le dio un revés en la mejilla al tiempo que le dijo.

-¿Cómo te atreves a preguntar por cosas que solo pertenecen al señor de la oscuridad?.

-¡Quiero que me mates! ¡Pido que lo hagas!-

Decía Arthur llorando y suplicando.

-¿Te das cuenta que un tirano es más honorable que tú? ¿No te da vergüenza de arrastrarte de la manera qué lo haces?- dijo Lumba.

Arthur se llevó las manos a la cabeza, lloraba y lloraba pidiendo piedad para él.

-¡Se que mi alma está perdida! ¡Es por eso que te pido, acabes conmigo lo más pronto posible!- pedía Arthur a gritos.

-¡No te acerques a mí! ¡ No queremos a los débiles!- dijo Lumba dando un grito.

Las voces y gritos que Lumba daba se oían por toda la gran mansión. Los perros estaban alarmados, ladraban para que los soltaran y los dejaran libres.

Todo el personal de la gran mansión estaban alarmados, se esperaban en cualquier momento que pasara algo malo.

Marie esperaba vestida de novia junto a Berta.

## CAPITULO- 26 –

Claire estaba escribiendo su libro en el ordenador, en la mesa del comedor junto a la chimenea. La noche era fría, allí era dónde mejor estaba. Luna dormía encima de un sillón plácidamente. Le quedaba poco para terminar el libro. El editor la había llamado dos veces por teléfono para decirle que se diera prisa en acabarlo.

Pierre hacía rato que se había ido a dormir. La casa estaba en silencio, sólo se oía las chipas de los troncos de leña que ardía en la chimenea.

Luna se despertó, se sentó en el sillón olfateando en el aire, dio un salto del sillón al suelo, miraba el sitio determinado del salón moviendo su colita. Claire la miró extrañada. Recibió un impacto muy agradable, allí de pie estaba sonriendo Gilbert. Radiaba de luz, su belleza varonil había cogido más fuerza. Las lágrimas acudieron a los ojos de ella. Vio cómo Gilbert iba a su encuentro. Claire siempre lo vio guapo, lo era. Uno estaba frente al otro, los ojos de ella chispeaban de alegría, la voz no le salía

de su garganta, hizo el ademán de abrazarlo, cerró los ojos besando sus labios y susurrando dijo.

-Estaremos juntos hasta la eternidad.

-Allí te estaré esperando con los brazos abierto.  
¿Te queda mucho para terminar este libro?-  
preguntó Gilbert.

-Un capítulo, me han dado una semana para entregarlo.

-¿Qué vas a escribir después?.

-La biografía tuya y mía, lo necesito para estar siempre contigo.

Sé miraban cómo dos enamorados.

-Siempre está pensando en mí- dijo Gilbert- Me llamas con tu pensamiento, he venido a verte más veces pero estabas ocupada con otros asuntos que corrían más prisa.

-Es cierto, la niña entendió cuál era su camino y ahora vive en la paz del señor.

-Voy a revelarte un secreto- dijo Gilbert- Al enamorarme de ti el día que nos conocimos, me

Gustaba el don tuyo, hacía que no te creía, porque tenía miedo a que te ocurriera algo, a perderte. Ahora recuerdo nuestro pasado, tenía que haberte escuchado, tú eres la maestra y yo el discípulo. Esa noche que me fui enfadado, sólo iba pensando en ti. Conducía muy rápido, no me importaba morir, creo que esa es la razón de lo que me ocurrió.

Claire sabía todo lo que Gilbert le dijo.

Lo había amado más que a nadie, y más que a nada. Ella no se esperaba que fuera a irse tan pronto de su lado. Sabía mucho sobre los espíritus y de cómo se comportan según dónde cada uno estaba en el lugar que le correspondiera.

-He soñado noches contigo- dijo Claire- He estado esperando que llegara este momento, estaba segura que tenía que llegar.

-Ahora tengo que irme- dijo Gilbert- Siempre estaré contigo y cuidando de ti, mi amor.

Claire lo despidió con deseos de volver a verlo.

## CAPITULO- 27 –

Pierre se levantó de la cama al oír los ladridos de los perros de la gran mansión. Las luces por dentro estaban encendidas. No era normal que a las tres de la madrugada hubiera ese gran revuelo. Al llegar al comedor encontró a Claire aún con el efecto de trance, aunque el espíritu de Gilbert había desaparecido, ella seguía viéndolo, se negaba a que se fuera. Pierre se acercó despacio a ella.

-Claire ¿Me puedes oír?.

Ella iba mirándolo despacio, tardó diez segundos en responder.

-¿Qué ocurre?.

-¡Algo está sucediendo en la gran mansión!  
¿Oyes los ladridos de los perros?.

-Es cierto, ahora lo oigo- dijo ella despertando.

-¡Estoy seguro que Marie está en peligro! ¿Qué podemos hacer?.

-Voy a llamar a la policía, es lo mejor que

podemos hacer para el bien de todos los que viven en esa casa.

Claire descolgó el teléfono y marcó el número de la policía.

-Policía ¿Dígame?.

-Soy la señora Candrier. Tienen que ir rápidamente a la gran mansión que pertenece al señor Montsir.

-¿Quién ha dicho que es usted?- preguntó el operario.

-Soy la viuda de Gilbert Candrier.

-¿Para qué quiere que vallamos al domicilio del señor Montsir?.

-Está sucediendo algo grave- dijo Claire.

-¿Ha visto algo extraño en la gran mansión?.

-¡Oiga! ¿Es usted policía?- dijo Claire en tono alto.

-Por supuesto que lo soy, pero antes tengo que estar seguro de que ocurre algo para desplazarnos.



-Entonces, vallan a la gran mansión- dijo Claire.

-Señora, el señor Montsir es un hombre respetable, si nos presentamos allí sin más, nos puede caer una muy fuerte.

-¡Ustedes son la policía, hagan lo que quieran!- dijo Claire al tiempo que colgaba el teléfono.

Pierre estaba de pie escuchando la demanda a la policía. Era difícil pensar que no hicieran nada para parar algo muy grave.

-La policía tiene miedo de ir- dijo Claire.

-¿Qué podemos hacer?- dijo Pierre.

-Tenemos que estar preparados, sube al dormitorio y vístete. Estoy segura que el coche de policía, no va a tardar en llegar- dijo Claire.

Claire hizo lo mismo que Pierre, subió a su dormitorio y se cambió de ropa para estar preparada en lo que viniera después.

Los perros seguían ladrando con más intensidad, se apreciaba rabia en sus ladridos.

## CAPITULO- 28 –

Marie y Berta esperaban encerradas en el dormitorio. Aterradas oían los gritos espantosos que daba el hechicero y Arthur, estaban seguras que había una pelea a muerte entre los dos hombres.

Berta estaba preparada para cualquier desenlace. Era una mujer mayor, podía ser abuela de Marie, la iba a defender con uñas y garras. La miraba vestida de novia, aún con el sufrimiento que había padecido, estaba hermosa y bella. Berta no iba a obedecer más a Arthur ni al hechicero, lo tenía decidido. Marie seguía abrazada a ella llorando y temblando de miedo.

-Señorita, voy a quitarle el vestido y todo lo demás- dijo Berta- Es ridículo que siga vestida de esa manera, no se va usted a casar con nadie.

-Berta ¿Sabes a lo que expones?- dijo Claire advirtiéndola.

-Me da igual todo. Ya no me dejo humillar por nadie, ni que nadie me mande.

Los sentimientos y manera de ser habían cambiado en Marie. Ya no era la chica rebelde y que no se callaba por nada que le dijeran, El sufrimiento había hecho de ella una persona indulgente, vulnerable y responsable, humilde y bondadosa.

Berta colgó el vestido de novia en la misma percha que estaba antes dentro del armario.

Se escucharon golpes fuertes que venían del dormitorio de Arthur, y otro golpe en la puerta, seguidamente se presentó el hechicero en el dormitorio de Marie, encontró a las dos mujeres abrazadas. Enfureció el ver que Marie no estaba vestida de novia. Gruñó como la bestia.

-GRRR - ¡Malditas mujeres! ¿Por qué me habéis desobedecido?.

Gritaba enloquecido. Cogió el débil brazo de Berta y de un estirón la separó de Marie.

-¡Demonio! ¡No dejaré que te la lleves!- dijo Berta gritando- ¡No la vas a tocar con tus sucias manos!.

El hechicero tiró a Berta al suelo, otro empujón le dio a Marie, las dos mujeres iban a gatas para encontrarse y seguir abrazadas. Lleno de furor volvió a separarlas, cada una llegó el otro extremo del dormitorio. El hechicero la emprendió con Berta, le daba patadas para matarla. Marie lloraba a gritos que se oían por toda la gran mansión.

-¡Déjala! ¡No le hagas más daño, te lo suplico!  
¡Es una anciana!.

El hechicero pegó a Berta una patada en la cabeza, sabía que ese era el golpe mortal. Al instante, Berta dejó de respirar, quedó en el suelo como una muñeca de trapo.

-¡Vieja estúpida, has tenido lo que merecías!- dijo el hechicero gritando y mirándola con crueldad.

En ese instante se escucharon golpes y gritos que procedían de los de más criado, diciendo.

-¡Abrir la puerta, o la echamos abajo!.

## CAPITULO- 29 –

Claire y Pierre llegaron a la gran mansión en el coche de él. A ella no le cogió por sorpresa que la puerta de la gran mansión estuviera abierta y todas las luces encendidas, Los perros habían escapado rompiendo las cadenas. Claire y Pierre no sabían por dónde empezar para ir abriendo puertas y encontrar a Marie. Gritaban su nombre para que los oyera. En el piso de arriba estaba todo el personal tratando abrir la puerta del dormitorio de Marie.

-¡Abrir la puerta!- seguían gritando- ¡ La vamos a echar abajo!.

Claire y Pierre se unieron a ellos. Todos daban patadas y empujones para abrir la puerta. La voz de Claire no se oía ante tanto griterío.

-¡Quiero hablar con Marie!- decía a gritos.

Pudo coger el brazo de Gertrudis que colaboraba con sus compañeros.

-¡Señora..está ocurriendo una tragedia- decía Gertrudis alborotada a Claire.

-¿Dónde está Marie?- preguntó sofocada.

-¡Pensamos que en este dormitorio!.

-¡Esta puerta la echo ahora mismo abajo!- dijo el mayordomo.

Mientras tanto Claire gritaba.

-¡Marie! ¡Marie soy Claire!.

Antes que pudiese decir otra palabra, la puerta se abrió y apareció Lumba el hechicero. Sus frías pupilas atravesaron las de Claire suaves y aterciopeladas, dejó en ella un escalofrió muy grande. Era el mismo demonio, su semblante era serio con la cara de Satanás.

-¿Quién osa a molestarme?- dijo con voz ronca y aguda.

-¡Quiero que me des a Marie!- exigió Claire con voz firme y mirándolo cara a cara.

-¡Eres una insignificante mujer en mis manos!  
¿Cómo te atreves hablarme en ese tono? ¿No sabes  
quién soy?- dijo con palabras pero eran gruñidos.

-¡Alguien despreciable! ¡Cobarde y rastrero!.

-GRRR ¡Maldita mujer! ¿Quieres acabar cómo esa  
estúpida criada?.

El cuerpo de Berta yacía en el suelo. Marie  
había oído la voz de Claire y empezó a llamarla.

-¡ Marie! – gritó Claire- Sal del dormitorio, este  
ser inmundo no se atreverá hacerte nada, su amo  
satán se lo ha prohibido ¡No le tengas miedo!.

Marie salía despacio, pasó por delante de Lumba  
convencida que no la tocaría y la dejaría irse. Pierre  
la estaba esperando, sentía mucho amor hacía ella.  
La cogió por la muñeca y estiró de ella hasta sacarla  
al pasillo.

Arthur irrumpió en el dormitorio de Marie por la puerta oculta, buscaba a Lumba que trataba agarrar a Pierre para que no se llevara a Marie.

Arthur agarró a Lumba con rabia por la espalda.

Tenía cogido fuerte su cuello, estiraba de él hacia atrás para tumbarlo en el suelo.

-¡Maldito hechicero!- decía dándole patadas.

Lumba soltó la garganta de Pierre, se dio la vuelta con la mirada llena de odio. Él y Arthur luchaban a muerte, de esa manera salieron del dormitorio por la puerta oculta y llegaron hasta el dormitorio de ellos dándose puñetazos y patadas.

Arthur buscaba el cuchillo que había escondido en el ataúd, quería acabar con la vida miserable de Lumba el hechicero, este era mucho más fuerte. Las fuerzas se le iban acabando, Arthur ya no podía seguir, Lumba lo tenía cogido del cuello para ahogarlo. Arthur con la mano temblorosa buscaba el cuchillo dentro del ataúd, y lo encontró. Lumba al verlo trató quitárselo pero Arthur fue más rápido y se lo clavó en el vientre. Lumba tenía en su cuerpo al mismo diablo, la cuchillada que Arthur lo dio, no le hizo efecto y seguía luchando con fuerza.



Arthur le dio otra y otra, se resistía a morir, los dos iban por el suelo encharcados en sangre. Tiraron las velas, los ataúdes empezaron arder, el fuego llegó hasta las cortinas, el dormitorio ardía, ellos seguían luchando sin prestar atención que los dos estaban ardiendo. El fuego subió al piso de arriba y en poco tiempo, la gran mansión estaba ardiendo.

Claire y todos los demás salieron con tiempo de la casa y se quedaron enfrente algo lejos, miraban con pena la gran mansión cómo ardía. La policía llegó cuando todo estaba terminado. Fueron ellos que llamaron a los bomberos. No daban abasto, seguidamente llegó otro camión. El fuego era incontrolable, el tejado ardía, los balcones y ventanales, salía por la puerta principal, se extendió por el jardín y por el campo lleno de vegetación, una hora después llegó otro camión.

Tres coches de Arthur que estaban aparcados, explotaron y salieron a trozos por el aire.

Lumba el hechicero pagó caro su avaricia y ansia de poder, él creía que se había librado del señor de la oscuridad pero no era así, trabajaba para él, de eso

era consciente, cada vez cogía más fuerza.

Arthur también pagó con creces querer conseguir que su esposa Helene volviera a la vida, su ignorancia lo cegó y por supuesto tanta riqueza que poseía.

Claire vio el espíritu de Arthur salir de la gran mansión, estaba perturbado mirando como su cuerpo se quemaba, la policía y los bomberos no hacían nada para sacarlo de las llamas. Corrió hacia ellos gritándoles para que fueran a socorrerlo. Claire era testigo del horror que estaba pasando ese espíritu. Cómo nadie lo oía ni le hacía caso, llegó hasta dónde estaba Marie junto a Pierre y a Claire. Le suplicaba a ella también para que lo sacaran de las llamas. Advirtió que Claire lo veía y fue a su lado, ella le habló diciéndole.

-Arthur, has desencarnado, de nada te sirve gritar pidiendo ayuda, nadie te oye ni te ve, sólo yo.

Él no le respondió, no la creía, su deseo de venganza iba en aumento. Fue al lado de Marie

ella estaba todavía semi- inconsciente por el trauma que había vivido en la gran mansión y de ver como ardía. Arthur acarició los cabellos de ella como si aún pudiera tenerla. Al instante ella se sintió mal y empezó a gritar sacudiendo sus cabellos, decía gritando.

-¡Qué nadie me toque!.

Claire la abrazó muy fuerte diciéndole.

-No te ocurre nada, tranquilízate.

Marie terminó llorando en los brazos de ella.

En ese instante el espíritu de Lumba el hechicero, salía por el balcón ya quemado de la gran mansión. Arthur dio un salto y fue a por él con la intención de seguir matándolo. El uno perseguía al otro. Dos ráfagas de humo gris oscuro corría alrededor de Claire, Marie y Pierre por encima de sus cabezas.

Claire no podía hacer nada para evitarlo, estaba protegiendo a Marie, Arthur quería llevársela con él, ella la estrechaba contra su pecho. Pasados unos minutos, vio un rayo oscuro que se iba de allí.

## CAPITULO- 30 –

Dos días después de lo ocurrido, la policía se presentó en casa de Claire para pedirle declaración de los hechos. Ella contó desde el principio hasta el fin, empezó por la noche de tormenta y las cucarachas que corrían por las escaleras, Marie fue a la gran mansión para pedir ayuda.

La policía pidió colaboración de Marie, ella era la clave más importante de esta tragedia. Marie era imposible que declarara, el psiquiatra que llevaba su historial lo había prohibido hasta que no estuviera recuperada. Ella estaba viviendo en casa de sus padres. Claire fue a verla, la visita no duró mucho, Marie apenas quería hablar de nada. Sólo estuvo el tiempo de tomar un té con ellos y después se fue.

Había transcurrido seis meses de la tragedia, Pierre iba con frecuencia a visitar a Marie a casa de sus padres. Nunca hablaban de Arthur ni de nadie más que de ellos dos. Él estaba muy enamorado de ella y se culpaba de muchas cosas que le sucedieron

La noche que él se fue enrabiado por los celos y la dejó en casa de Claire.

Marie iba avanzando a grandes pasos, las visitas de Pierre la reconfortaba, cada vez comprendía más el error que cometió. Sólo ella era culpable de la amabilidad que le prestó a Arthur el primer día que lo conoció, no se dio cuenta que Pierre la quería.

Claire había empezado a escribir otro libro, el anterior tuvo mucho éxito. Ahora quería recogerse en su vida con Gilbert y recordar paso a paso cada momento de amor que ellos vivieron. No se iba a dejar ningún renglón en blanco, lo iba a escribir todo.

Era el mes de diciembre, el bosque estaba gris oscuro y algo desolado con los árboles sin hojas. El frío estaba presente y las grandes lluvias, qué bajaban como torrentes del monte.

La gran mansión estaba empobrecida, sólo con el esqueleto de las paredes.

Claire se había deteriorado y envejecido por el sufrimiento que le dieron los espíritus y también por la muerte repentina de Gilbert, pensaba en él constante mente y deseaba qué el día para ella llegara y reunirse con él.

Luna era feliz, había crecido pero no mucho, era un cruce de dos razas pequeñas. Había cogido el hábito de sentarse en las rodillas de Claire mientras ella escribía, se quedaba dormida. Para Claire era un alivio tenerla, tenían con quién hablar y sobre todo la compañía que le hacía. Pierre siempre llegaba a la hora de irse a dormir, tenían poco tiempo para hablar y los fines de semana iba a casa de Marie.

Llovía sin parar, la luz se fue, el salón quedó iluminado por la llama de los chopos de leña que ardían en la chimenea. Claire dejó de escribir y fue a sentarse en un sillón junto a la chimenea con luna en sus rodillas. Miraba la llama y escuchaba el chapureo de la leña quemarse. La voz de Pierre hizo que volviera la cabeza.

-¡Hola Claire! ¿Tampoco tú puedes dormir?.

-Siéntate a mi lado- dijo ella.

Pierre se sentó en otro sillón, llevaba puesto el pijama y un batín sujeto a la cintura.

-Claire, siempre he querido hacerte una pregunta.

-¿Sobre qué?- preguntó ella.

-¿Qué sabes acerca de la ouija?. Aunque pienso que es una tontería hacerte esa pregunta.

-Yo no lo creo, tú quieres saberlo ¿Por qué me lo preguntas?.

-He oído a amigos que hablan de ese tema.

-¿Qué has oído decir?- preguntó ella.

-Una vez me contó un amigo mío, que tenía costumbre de reunirse una vez al mes con otros amigos y amigas para hacer una ouija. Una noche un amigo llevó a una amiga suya para que asistiera y viera qué era porque ella no lo sabía. Uno de los asistentes empezó invocando a un espíritu. El vaso siempre apuntaba a la chica nueva que había llegado, la insultaba, le decía puta, todos se alarmaron, era la primera vez que tal cosa ocurría.

Cuando terminó la sesión, todos se fueron. El joven que había llevado a la chica, iban en moto, tuvieron un accidente, él quedó ileso y la chica murió en el acto.

-Cómo este caso yo conozco muchos- dijo Claire- La curiosidad es la peor enemiga para un espíritu. Detesta que se le observe para ver de qué manera actúa, si puede vengarse lo hace. El tema de los espíritus es peligroso, son ellos los que van a la persona, la eligen porque saben que los van a tratar con respeto, pero también ellos tienen que obedecer al médium que se dirige. El tema de los espíritus es complicado, hay que conocerlo para comunicarse con ellos.

-Claire ¿Has hecho alguna vez la ouija?.

-Cuando era más joven la hacía yo sola, nunca he querido hacerla con alguien que no supiera, tengo respeto a los espíritus- dijo Claire.

-¿Cómo te sentías al hacerla tú sola?.

-Muy bien- dijo ella riendo por la pregunta.

-¿Te atreverías hacer ahora una conmigo?.



-¿Tienes curiosidad?- dijo Claire mirándolo de frente.

-No exactamente, quiero saber qué se siente.

-Creo que estás preparado, pero no para la ouija sí no para una sesión de espiritismo- dijo Claire.

-¿No es lo mismo?- preguntó Pierre.

-La ouija es para los principiantes, es un juego que introduce al más allá, tiene que conducirlo una persona que tenga comunicación con los espíritus. La ouija se hace cuando los espíritus invocados son conocidos por el médium, sea hombre o mujer, es por eso que digo, es un juego peligroso.

-¿Crees que me voy a desvanecer si siento algo que toca mi cuerpo?- preguntó Pierre.

-Todo es empezar, es con el tiempo que te irás acostumbrando- dijo ella.

-No hay luz ¿Eso importa?- dijo Pierre.

-Es mejor sin luz. Vamos a sentarnos en la mesa, uno enfrente del otro.

Empezó a levantarse mucho viento que la lluvia

traía, azotaba los cristales aporreándolos con fuerza. La luz de un relámpago iluminó el salón y un segundo después el trueno.

-Claire, estoy preparado, dime qué tengo que hacer- dijo Pierre.

-El espíritu de Helene está todavía sin encontrar la paz- dijo Claire- Ahora es el momento de invocarla, haber si quiere manifestarse, el rayo y el trueno es bueno para los espíritus.

En ese mismo instante un rayo cayó en el monte dentro de las ruinas de la gran mansión, y el trueno lo siguió después. La casa de Claire tembló, los cristales crujieron, la puerta se abrió dando un gran golpe, el agua de lluvia entraba dentro de la casa. En el umbral de la puerta apareció Helene desmarañada y con mirada derrotada, el entorno de los ojos rojizo, los labios morados y secos. Desafiaba a Claire, avanzaba lentamente hacia ella con los pies descalzos y las manos abiertas mirando en todas direcciones para destrozar todo lo que se pusiera delante de ella.

-¡Pierre, no te muevas!- dijo Claire.

-¿Qué ocurre?- preguntó aterrado.

Helene los estaba rodeando a los dos para que ninguno escapara. Pierre estaba cerca de la chimenea mirando a Claire con cara de espanto sin saber qué sucedía.

-Pierre, coge un leño ardiendo de la chimenea y dámelo- - dijo Claire en voz baja para no extorsionar el espíritu de Helene qué cada vez la tenía más cerca.

Pierre no entendía nada de lo que estaba pasando y preguntó.

-¿Para qué quieres el leño? ¡Es mejor que vaya a cerrar la puerta, está entrando agua!.

Pierre se levantó de la silla para ir a cerrar.

-¡Pierre, no te muevas, y dame el leño ardiendo!.

Pierre creyó más conveniente ir a cerrar la puerta, tenía que pasar por delante de Helene, ella con la cara cómo un dominio, lo cogió por el cuello y lo tiró contra la pared, el fuerte golpe en la cabeza hizo que perdiera el sentido. Claire fue despacio acercándose a la chimenea, cogió un troco ardiendo

Y se encaró al espíritus de Helene. El hechicero la había satanizado. El espíritu de Helene tenía que arder para que encontrara la paz y la luz. La lucha entre ellas dos era infernal. El reloj que había colgado en la pared, voló por los aires, la mesa se estrelló contra la puerta que permanecía abierta. Luna pobrecita no sabía dónde esconderse e iba llorando por todo el recinto. Fue a refugiarse con Pierre que había abierto los ojos y miraba con pavor lo que estaba sucediendo, veía a Claire que iba de un lado a otro con el tronco encendido, era lo más parecido a una antorcha. El espíritu de Helene sabía que pronto iba a desaparecer para encontrar la luz. Había enloquecido, gritaba, se estiraba del pelo, se maldecía y maldecía a Claire. Se tiró a una pared para salir por ella, los berridos que daba eran infernales, parecía la vestías rugiendo, se había metido dentro de ella, si no salía pronto ardería y sería destruida. Claire estaba muy cerca con el fuego del tronco tocando ese espíritu maligno, de pronto se dio la vuelta, la cara le empezó arder y de ahí todo el cuerpo, de ese espíritu no iba quedando nada. Cuando se quemó todo, se quedó en un punto de luz, al igual que un rayo, salió por la puerta, Claire lo siguió, quería saber el rumbo qué

tomaba, iba atravesando los árboles, subió por el monte y se perdió en la noche oscura.

Claire entró en su casa y cerró la puerta, llegó hasta la chimenea y dejó el tronco de leña ardiendo dentro. Pierre se había recuperado, estaba de pie con luna en brazos. Aún no sabía qué había sucedido, y preguntó.

-¿Quién ha entrado en casa?.

-El espíritu de Helene con el mal dentro-  
respondió Claire con el semblante aún descompuesto.

-¿La has visto?- preguntó él con inocencia.

-Sí, es horrible el mal que Lumba el hechicero ha hecho con ella en el momento que hacía su figura para darle vida.

-¿Qué hacías con el troco encendido entre tus manos?.

-Darle muerte a la vestía y dar vida al espíritu de Helene, ahora es un punto de luz en el firmamento.

-Me gustaría tener esa energía de médium que tienes tú, aunque si te soy sincero, he pasado mucho miedo. Ahora me doy cuenta que también la ha tomado conmigo esa vestía infernal, tenía la fuerza de 50 hombres juntos, un poco más y me mata. Me da rabia de ser cómo soy, poco espabilado, me guio por mis instintos y siempre me equivoco.

-Yo estoy segura que tú también eres médium.

-Claire ¿Has visto al espíritu de Arthur?.

-No, debe estar en las ruinas de la gran mansión, allí tenía sus bienes, los estará custodiando cómo oro en paño. La gente rica cuando muere, sigue en el lugar que poseían sus riquezas, el espíritu de ellos no descansa.

Pierre por los cristales de la ventana del comedor, miraba lo que quedaba de la gran mansión, preguntó.

-¿El espíritu del hechicero está con él?.

-Es muy probable, estará persiguiéndose el uno al otro queriendo darse muerte.

-Es difícil entender el mundo de los espíritus.

## CAPITULO- 31 –

La relación entre Pierre y Marie había llegado a un buen término. Habían hablado de boda, ella se dio cuenta que Pierre era el hombre de su vida, desde que pasó el desastre él, le había demostrado que la quería y mucho.

El psiquiatra le dio el alta a Marie ella entendió que los mal tratadores que le hicieron tanto daño, estaban muertos y ya nada podía temer de ellos. Sí le quedó el recuerdo de la pobre Berta, dio su vida para salvar la de ella. Marie hacía una vida normal, trabajaba en una tienda de zapatos, quería terminar de pagarse sus estudios, también pensaba en su boda con Pierre y en hacer muchas cosas, tenía grandes proyecto en mente, era una mujer muy valiente y decidida.

Claire quería hacerles un gran regalo para la boda de ellos, nunca se olvidaba de ninguno de los dos y les deseaba mucha suerte y larga vida.

Una mañana muy temprano, Claire salió de su casa,

llevaba con ella a luna, iba para todo el día a París en su coche. Llevaba las cenizas de Gilbert para echarlas al río Sena, las había tenido con ella más de dos años, ya era el momento que regresara al lugar donde él quería estar. Se despidió pero no con lágrimas, sus palabras iban llenas de amor y de pensamientos buenos hasta que se encontraran en el más allá.

Pasó un rato en casa de sus padres y también en los de Gilbert, desde su muerte no se habían visto. Seguidamente fue al piso que había ocupado con Gilbert, desde que ella se fue no había ido. Vació los armarios de toda la ropa de él, y la llevó a una parroquia para los pobres. Dejó el piso limpio para poder ocuparlo de nuevo. Sus recuerdos estaban allí con el hombre que la hizo inmensamente feliz.

Navidad había llegado, el campo, la pradera y el monte estaba cubierto de nieve, era bonito el manto que había. Dentro de la casa de Claire no hacía frío, la chimenea estaba encendida las 24 horas, la imagen que había fuera era de postal, el campo blanco y los árboles también cubiertos de nieve.



Claire no quiso ir a casa de la familia alegando que allí estaba bien y además, faltaba Gilbert, las fiestas para ella habían acabado, su refugio era su casa en plena naturaleza y luna que la llenaba de alegría, sólo le faltaba hablar.

El día uno de Enero hacía un sol radiante, los campos aún conservaban la nieve de días atrás. Desde los cristales de la ventana del salón, Claire observaba el esplendor de la nieve que el sol dejaba. Bebía una taza de café humeante. Sus cabellos algo canoso los había peinado ligeramente. Llevaba el pijama puesto y encima el salto de cama. Luna dormía encima de un sillón cerca de la chimenea, de vez en cuando echaba una mirada a Claire para asegurarse que seguía detrás de los cristales. El teléfono sonó, Claire no se lo esperaba, soltó la taza de café encima de la mesa y descolgó.

-¿Diga?.

-¡Claire, feliz año!- era la voz de Pierre.

-¡Feliz año Claire!- era la voz de Marie.

-¡Feliz años a vosotros!- contestó Claire- ¿Cómo estáis?.

-¡Bien, bastante bien!- dijo Marie- Hemos pensado Pierre y yo de ir esta tarde hacerte una visita. Sabemos que estos días no te has movido de la casa, también queremos darte una sorpresa que sabemos te va a gustar.

-Estoy encantada de recibirlos, sois parte de mi familia- dijo Claire.

-Iremos pronto, después de comer- dijo Marie.

-Yo también tengo otra sorpresa para vosotros.

-¡Tengo gana de saber qué es!- dijo Marie muy contenta.

-¡Hasta luego!- se despidió Claire.

Claire subió al piso de arriba y entró en el cuarto de baño, preparó la bañera con agua caliente, le echó sales minerales perfumadas para relajarse, de esa manera calentaría los huesos y le daría vigor a su cuerpo.

Esperaba por detrás de los cristales la llegada de Pierre y de Marie. Pensaba en el camino estrecho y pendiente que había hasta llegar a su casa. Hacía tiempo que no cogía el coche, el camino debía estar cubierto de nieve.

El sonido del claxon hizo que Claire mirara por los cristales, fue abrir la puerta.

Marie estaba al lado de Pierre los dos sonrientes y felices.

Claire era muy expresiva, los recibió con los brazos abiertos para abrazarlos y estrecharlos contra ella.

-Entrar dentro, que fuera hace frío- dijo ella.

Las facciones de Marie seguían igual de bellas pero con más firmeza en su mirada y cuando sonreía.

-¿Hago café?- ofreció Claire sentada en un sillón y ellos en el sofá.

-Nosotros ya hemos tomado- dijo Marie.

Pierre no perdía detalle de lo que Marie decía o los gestos que hacía. A su vez Marie le echaba miradas

de complicidad. Los dos estaban muy enamorados.

-Claire, hemos venido para estar un rato contigo y darte una grata noticia- dijo Marie con su sonrisa habitual.

-¿Decirme de qué se trata?- respondió Claire con la amabilidad que la caracterizaba.

-Nos casamos Pierre y yo dentro de tres meses.

-¿Sabéis la fecha?.

-El veinticinco de abril- dijo Pierre- Tenemos que darnos prisa para encontrar un apartamento.

Claire los miraba con cariño, recordaba los tiempos que ella y Gilbert eran novios y el día que se casaron. Ella se levantó del sillón y fue junto a la chimenea, en una punta colgaba dos manojos de llaves, uno era de ella y el otro de Gilbert del piso de ellos de París. Se acercó a Pierre y a Marie y les dijo con el temple habitual de ella.

-Estas son las llaves del piso de París, es mi regalo de boda para vosotros hasta que podáis compraros uno. No tengáis prisa, ir ahorrando, el piso por ahora no lo necesito, quizá cuando hayan pasado

algunos años y quiera volver a París.

Pierre y Marie tenían los ojos como platos y la boca abierta sin poder asimilar el gesto tan generoso de Claire.

-¡Venga, coger cada uno un manojo! Espero que los muebles os gusten, los elegimos entre Gilbert y yo- dijo Claire entregando las llaves.

Marie fue la primera en decidirse en coger un manojo, seguidamente lo hizo Pierre. La emoción rebosaba el semblante de los dos. Se pusieron en pie y abrazaron a Claire.

-¿Te esperabas esto?- preguntó Pierre a Marie.

-No. Tú y yo sabemos que ella es muy esplendida, pero nunca podíamos imaginar que nos iba a ceder su apartamento por el tiempo que queramos y hasta que podamos comprarnos uno.

-¡Esta era mi sorpresa!- dijo Claire.

-¿Cuánto tiempo piensas que darte en esta casa?- preguntó Pierre.

-Por ahora este es mi lugar, la naturaleza es mi casa, estoy rodeada de árboles, de flores en el tiempo que les toca, de romero, tomillo y jara.

Los tres volvieron a sentarse.

-Hemos pensado Marie y yo, que fueras la testigo de nuestra boda.

-Muy complaciente lo seré y, os deseo mucha felicidad y que tengáis hijos tan guapos como vosotros.

En los ojos de Marie aparecieron lágrimas de felicidad. Se dirigió a Claire diciéndole.

-Guardo un secreto que nunca he querido decirte.

-Me gustaría que lo dijeras ahora- dijo Claire.

Marie hizo una pausa y tragó saliva.

-El primer día que te vi, pensé y me hubiera gustado que hubieras sido tú mi madre. Me gustan las mujeres con personalidad, con valor y decididas, cómo eres tú. Gracias a ti estoy viva y hoy puedo decirte lo mucho que representas para Pierre y para mí en nuestras vidas.

-Me alegra mucho que me hayas contado ese secreto que guardabas- dijo Claire.

-Hay veces que pienso como puedes vivir sin Gilbert a tu lado- dijo Marie.

-Es muy difícil para mí seguir mi vida sin su amor y sin su presencia física pero, él siempre está conmigo, noto como acaricia mi cabeza, mis hombros y mis manos, siento sus besos en ellas.

-¿Lo has visto alguna vez?.

-En dos ocasiones, estaba igual de guapo que siempre. Me casé muy enamorada y aún lo sigo estando, en mi vida nunca más podrá entrar el amor de otro hombre, no podría hacerlo feliz porque siempre estaría pensando en Gilbert.

-Perdona Claire por lo que te voy a preguntar- dijo Marie- ¿Gilbert fue buen amante?.

-Estoy segura que de los mejores. Yo sólo conocí a él como hombre. Él tenía veinte años y yo dieciocho, los dos juntos descubrimos el amor. Nos estuvimos amando hasta el último día, la noche que pasó aquí, fue una noche de amor para no olvidarla.

-Cariño, no hagas más preguntas sobre Gilbert- dijo Pierre.

-¡No importa Pierre! Esto sirve para recordarlo.

El escribir me distrae y pienso en los personajes que voy conociendo y que ocupan mi mente.

-Me hubiera gustado conocerlo- dijo Marie-  
Tendría que ser un hombre muy interesante.

-Sí, lo era, aparte amable, jovial y muy gracioso, siempre me estaba haciendo reír con sus bromas.

Había pasado la tarde y se hizo de noche. Luna estuvo todo el rato sentada a un lado del sofá junto a Pierre, lo quería mucho y jugaba con él.

-Voy a daros la dirección del piso de París- dijo Claire con una nota en la mano para entregársela a ellos, Pierre leyó.

-Numero 105, rue Le Blanc, distrito 16- París.

-Es un ático con mucha luz y un barrió tranquilo. A la vuelta del bloque ponen mercadillo todos los sábados- dijo Claire como referencia.

Pierre y Marie tenían que despedirse. Los tres se abrazaron hasta la próxima vez que se vieran, el día de la boda de ellos dos.



## CAPITULO- 32 –

Marie resplandecía vestida de novia. El atuendo sencillo, un vestido de raso blanco immaculado hacía resaltar su belleza angelical. Un escote redondo sin adornos, el vestido entallado a la cintura y ligeramente acampanado tapando los pies, dónde sólo podía verse la punta de los zapatos blancos. Una pamelita campestre de encaje blanca dejaba ver el rizo de sus cabellos color dorado claro. Sus labios estaban retocados de un color rosa pastel. Para ella era el día más feliz de su vida, sonreía a todos los asistentes de una forma natural.

La boda se celebraba primero por lo civil a las 9 de la mañana, y por la iglesia a las once.

Pierre estaba guapo. Vestía un traje color marrón claro, camisa blanca y pajarita de seda negra, zapatos marrones con brillo, se había peinado hacia atrás. Los dos hacían una pareja maravillosa.

El órgano de la iglesia tocaba la marcha nupcial al tiempo que Marie entraba cogida del brazo de su

orgullosa madre que miraba a los invitados transmitiéndoles el día tan feliz que era para su hija y para toda la familia.

La elegancia de Claire resaltaba en lo clásico. Lucía un vestido estilo princesa color gris perla a media pierna. Calzaba mocasines marrón claro. Esta vez había recogido su largo cabello, atrás en la nuca.

Fue una boda sencilla pero apoteósica.

Al día siguiente, Pierre y Marie hicieron un viaje de una semana a las islas de gran canarias, España. Él solo tenía ojos para ella, era una belleza de mujer. Se ponía algo celoso si un hombre la miraba, era normal, que incluso le dijeran un requiebro. Había veces que Marie tenía que sujetarlo para que no se discutiera con su rival.

El apartamento que Claire les dejó para un tiempo, lo estaban disfrutando mucho. Al año de estar casados, Marie se quedó embarazada.

## CAPITULO- 33 –

La primavera había llegado, los campos estaban vestidos de las más bellas flores. El jardín de Claire parecía el paraíso. Venían aves de diferentes especies para posarse en los árboles cubiertos de grandes hojas y florecillas. Por la mañana temprano empezaba con su despertar el trino de las aves y de los pajarillos. Verías ardillas habitaban muchos de los árboles, bajaban para coger frutos del huerto de Claire. Luna tenía diversión con las ardillas, corría detrás de ellas tratando cogerlas para jugar.

Claire había acabado de escribir el libro de su biografía con Gilbert. Le llevó más de dos años en terminarla. No se dejó nada, escribió día a día la vida de ellos dos, sólo tenía qué entregarla para que fuera editada.

La puerta de la casa estaba abierta, el sol entraba dentro, luna estaba sentada en la entrada tomando el sol. Claire había empezado otro libro y se hallaba sentada delante del ordenador con la tercera página empezada, este libro que estaba

escribiendo relataba lo ocurrido en la gran mansión con Arthur, Lumba y Marie, ella había querido colaborar para que se supiera toda la verdad.

Luna se levantó del suelo contenta moviendo su colita como si estuviera viendo a alguien que llegaba. Claire le echó una mirada, no esperaba a nadie, el contento de la perrita cada vez se hacían más grandes. Claire se levantó de la silla y fue hasta la entrada de la puerta. Luna daba unos pequeños ladridos mostrando su alegría por alguien que había llegado y que ella conocía.

-¿Cómo está mi amor?- escuchó la voz de Gilbert y en pocos instantes vio su espíritu brillando delante de ella.

-Sigo viviendo con tu recuerdo- dijo ella.

-Amor, vengo a decirte que dejo este lugar para subir a otras esferas superiores pero, siempre estaré contigo. Nunca me olvides para que yo pueda verte.

-¡Qué el amor te conduzca al lugar que te

mereces! - dijo Claire con los ojos llorosos- Nunca podré olvidarte y siempre serás mi gran amor.

-Allí donde vaya te estaré esperando- dijo por último, Gilbert.

Claire se acercó al espíritu de Gilbert, en ese instante desapareció de su visión. Luna iba siguiéndolo corriendo y moviendo su colita. Claire la llamó para que volviera, la perrita se quedó a la mitad del camino y miró hacia atrás.

-¡Luna, ven conmigo!- dijo Claire dándole un grito.

La perrita volvió junto a Claire.

-¿Tú también lo has visto? ¿Querías irte con él y dejarme sola?- dijo Claire cogiéndola en brazos y besándola.

Las dos entraron en la casa, Claire dejó a luna sobre un sillón frente a ella, y siguió escribiendo el libro en su ordenador. Tenía a su lado todos los apuntes que Marie le había dejado. Ella estaba curada totalmente del hecho tan horrible que vivió.

Habían pasado seis mese, el libro tubo mucha venta y se hizo en varios idiomas.

La gran mansión seguía en ruinas, los visitantes que pasaban a verla eran muchos, se hizo un lugar famoso, iban gente de todos sitios a verla por dentro. Muchos acampaban muy cerca, la casa de Claire siempre estaba llena de gente y le hacían preguntas sobre el hecho macabro ocurrido. Le pedían quedarse en su casa ocupando las dos habitaciones que tenía libres, ella accedía, todos ellos habían comprado su libro y lo llevaban para que ella lo firmara con una dedicatoria.

Había pasado quince años. Luna estaba muy viejecita, cuando salía al jardín era acompañada de Claire, se había quedado ciega a causa de la diabetes que padecía y problemas de corazón. El veterinario que llevaba su enfermedad, no le daba mucho tiempo de vida, sólo días, para Claire suponía mucho dolor la perdida de la perrita que estuvo a su lado 17 años viviendo todas las penalidades juntas, lloraba con ella abrazada. Luna a pesar de su edad, mantenía su carita de cachorro.

Era un ángel que habían mandado del cielo para que cuidara de Claire y le hiciera compañía.

Una mañana al despertarse Claire, miró en la camita de luna, estaba dormida, la fue a coger y vio que se había ido para siempre. Lloraba con ella en brazos y la seguía besando como siempre lo hacía.

Luna fue incinerada, Claire esparció sus cenizas por el jardín entre rosales y romero.

Pasados tres meses, iba un hombre joven atravesando el campo frente a la casa de Claire, lo seguía dos cachorros blancos con manchitas marrones, al pasar por delante, se paró en la puerta de Claire.

-¡Buenos días señora!- dijo el joven saludando.

-¡Buenos días tengas! – respondió ella.

-Me manda una señora del pueblo para que se quede con uno de estos dos cachorros, el que más le guste.

Claire cogió a los dos, uno en cada mano, se parecían mucho a luna.

-¿Puedo quedarme con los dos?- preguntó Claire.

-Por supuesto que sí, es macho y hembra, me envía la señora de la tienda, dice que usted necesita compañía.

-Está en lo cierto. Le dices que le estoy muy agradecida.

-Señora me marcho- dijo el joven.

Claire estaba muy emocionada, entró en la casa con los dos cachorros, tenía que ponerles un nombre. Al macho le puso, sol y a la hebra, alma.

Con la llegada de sol y de alma, empezó una nueva vida para los tres.

CLARA EISMAN PATÓN